JT
COH

T. 22574 C.

ARCANOS

de la

Sagrada Eucaristía

por

Antonio Martínez Sacristán

Canónigo Electoral de la S. I. Catedral
y Prefecto de Estudios del
Seminario Conciliar
de Astorga

LEÓN:
Imp. de Maximino A. Miñón
1907

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Licencia del Ordinario

Hay un timbre que dice: = Gobierno Ecco. (S. P.) del OBISPADO DE LEON

Nos el Dr. D. Tomas Muniz y Pablos, Presbítero, Provisor y Vicario General del Obispado de León y Gobernador Eclesiástico del mismo (S. P.)

Por la presente y por lo que á Nos toca concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada ARCANOS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA *escrita por el Muy Iltre. Sr. D. Antonio Martinez Sacristán, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Astorga y Prefecto de Estudios del Seminario Conciliar de dicha Ciudad; mediante que de orden del Ilustrísimo y Rvdmo. Sr. Obispo de esta diócesis ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.*

León veintitrés de Agosto de mil novecientos seis.

Dr. Muniz,
G. E.

Por mandato de S. Sría.,
Lic. Miguel Alvarez,
V. Srio.

PRÓLOGO

Cristo, nuestro bien, predicando á las turbas, después de haberlas alimentado en el desierto con cinco panes y dos peces, les habló del pan de vida, bajado del cielo, y agregó que, quien comiere de este pan, vivirá eternamente; aludiendo, sin duda, al pan que nos había de dar en el augusto sacramento del Altar; que es su misma carne, la cual daría para la vida ó salvación del mundo. Y á los que se extrañaban de este lenguaje, les dijo: "*En verdad, en verdad os digo que, si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros..... Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Asi como el Padre, que me ha enviado, vive y yo vivo por el Padre: así quien me come, también él vivirá por mí* [1].

¡Qué misterios tan grandes, qué doctrina tan sublime y consoladora encierran estas palabras! Lo que los Angeles no pueden mirar sin cubrir sus rostros, esto se

1 Joan. VI, 54 y sig.

dá en comida al hombre. Por algo se lee en el Oficio divino del dia Corpus Christi esta estrofa de una grandeza y sublimidad incomparables: «*Panis angelicus fit panis hominum—Dat panis caelicus figuris terminum:—O res mirabilis, manducat Dominum:—Pauper, servus et humilis*». Sí, se ha dado al hombre pan del cielo, el pan de Angeles se hace pan del hombre: come al Señor el pobre, el siervo y el humilde. Nunca como en nuestros tiempos ha sentido el hombre sed devoradora de riquezas, placeres, honras y dignidades, que le abrasan las entrañas; nunca tanto como ahora se proclamó igualdad y fraternidad; y en vano se pretende hallar el oportuno remedio fuera de Cristo. Porque Jesucristo es el más grande de los tesoros del Paraiso, el más grande de los bienes, que tiene la humanidad desolada, según hermosa frase de Pio X.

La Eucaristía es un foco de luz divina capaz de disipar las nieblas que entenebrecen á nuestra sociedad materialista y descreída, y de inflamar el corazón del hombre que no quiera mostrarse sordo á los amorosos llamamientos del Corazón amantísimo de Jesús que nos dice desde el Sagrario: «*Venid á mí todos los que andáis agobiados con los trabajos y cargas; que yó os aliviaré*» [1]. «*Conmigo están las riquezas y la gloria y la opulencia... para enriquecer á los que me aman, é hinchir sus tesoros*» [2]. Y de la Eucaristía habla el real Profeta, cuando dice: «*Comerán los pobres y serán hartos... Comieron... todos los ricos*

1 Mat. XI, 28.
2 Proverb. VIII, 18 y 21.

de la tierra» [1]. «*Todos los que tenéis sed*, había anunciado por Isaias, *venid á las aguas, y los que no tenéis plata, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero, y sin ninguna otra permuta vino y leche*» [2].

En la sagrada Eucaristía se come á Jesucristo, todo entero, Dios y hombre, y se dá á toda clase de personas; ya nobles, ya plebeyos, ora ricos, ora pobres; y quien tiene á Dios ¿qué le puede faltar? ¿qué puede apetecer? Comer á Jesucristo, incorporarse á él y hacerse miembro suyo; ¡qué abismo tan grande de grandeza! Vivir su propia vida ¿cabe mayor dignidad para el hombre? ¿Puede darse mayor fraternidad é igualdad que hacerse todos un mismo cuerpo? «*Porque muchos*, dice el Apóstol, *somos un cuerpo, todos los que participamos de un pan*» [3], del pan de bendición ó sea del cuerpo de Jesucristo. En el Sacramento, según expresión de un escritor de nuestros días, quedan abolidas todas las diferencias, desaparecen todas las distinciones, se destruyen las murallas que separan al Redentor de los redimidos, quedando solo el infranqueable muro de la diversidad de esencia, si bien empequeñecido por la participación de los divinos dones, que hace á los hombres ser otros tantos dioses.

La sagrada Eucaristía encierra misterios tan grandes, que las fuerzas creadas no alcanzan á explicarlos. Jesucristo, oculto bajo las especies sacramentales,

1 Salm. XXI, 27 y 30.
2 LV, 1.
3 I Corint. X, 17.

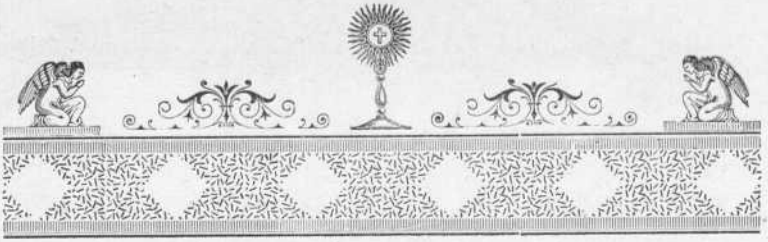
causa en el que le recibe dignamente tales efectos en esta vida y en la otra, que su sola enumeración llena de consuelo extraordinario á las almas verdaderamente cristianas.

Poner de manifiesto á los fieles las maravillas que obró Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y las riquezas de amor que nos legó en el augusto sacramento del Altar, es nuestro propósito, al publicar este librito; cooperando así con nuestra pequeñez á que se propague más y más la devoción al Santísimo Sacramento, cuya recepción frecuente recomendó con tanta eficacia el actual Romano Pontífice al Congreso Eucarístico celebrado en Roma á principios de Junio de 1905, y respondiendo de este modo al llamamiento que el bondadoso Pio X hizo á los sacerdotes por estas palabras: «*Y en particular me dirijo á vosotros, mis queridos sacerdotes, para que Jesús el más grande de los tesoros del Paraiso, el más grande de los bienes que tiene la humanidad desolada, no sufra la vergüenza de verse cobardemente olvidado de una manera tan ingrata: debemos de hacer en nuestra pobreza que Jesucristo reciba los homenajes de nuestra gratitud; y entonces se abrirá el cielo sobre nuestras cabezas; y descenderán sus gracias escogidas, que son la paz, la caridad, el bien universal*» [1].

Al observar el aumento de la frecuencia de sacramentos, que se nota en nuestros dias por parte de los fieles, y al ver que el Vicario de Cristo en la tierra recomienda con tanto ahinco la recepción frecuente y, si

1 «El Mensajero del Corazón de Jesús», número de Agosto de 1905.

puede ser, cotidiana de la sagrada Eucaristía, nuestro corazón se ensancha y cobra fuerzas, para escribir algo que pueda dar gloria á Dios, y que aliente á nuestros hermanos en la fe, para recibir con mucha frecuencia á nuestro buen Dios, oculto en nuestros sagrarios. Denos fuerzas el Señor, para apuntar algunas reflexiones acerca de ese tan grande misterio, y paciencia al lector, para llegar hasta el fin de nuestro pobre trabajo. Esto le pedimos por la intercesión de su Santísima Madre, á cuyo sacratísimo Corazón dedicamos nuestra humilde obra.



1.ª PARTE

De la gracia sacramental ó efecto propio de la Sagrada Eucaristía

No nos proponemos escribir un tratado completo del Santísimo Sacramento del Altar, y sí únicamente, como indicamos en el prólogo, poner de manifiesto algunas de las maravillas que obró Jesucristo y las riquezas de amor que nos legó en aquél y que son poco ó nada conocidas por gran parte de los fieles. Supuesta, pues, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y que ésta es uno de los siete sacramentos de nuestra santa Madre la Iglesia, en esta primera parte trataremos de su gracia sacramental, y en la segunda de los ricos é inestimables bienes que dicha gracia reporta al hombre en esta vida y en la otra.

CAPITULO I

¿Qué sea gracia sacramental?—Doctrina de los teólogos sobre la del Sacramento de amor.

Todo sacramento, á más de la gracia santificante ó aumento de ésta, confiere otra que le es propia y peculiar y por la que se diferencia específicamente de los demás; así, por ejemplo, el Bautismo confiere la gracia llamada regenerativa, porque nos reengendra en la pérdida por el pecado original, y la Confirmación la roborativa, por robustecernos en la fe recibida en el Bautismo.

Esta gracia propia de cada Sacramento y que solo él y no otro confiere, es la que se dice gracia sacramental. De consiguiente, cuando tratamos de inquirir cuál sea la de la Eucaristía, se trata de averiguar cuál es la que ésta confiere y ningún otro y por la que se diferencia específicamente de todos los demás Sacramentos.

Los teólogos están conformes en que es unitiva. Santo Tomás dice que, cuando Cristo se nos dá en comida, se dá, no para separación, sino para omnímoda unión [1]; y el Doctor Eximio, aunque partidario de que el Sacramento de amor sólo produce aumento de gracia, sin embargo, reconoce y

1 Opusc. 58 del Sacramento, cap. V.

confiesa que ésta es principalmente unitiva. Haciéndose cargo y resolviendo la dificultad que contra su opinión pudiera objetarse, de que la gracia ó aumento de ésta la confieren otros Sacramentos, y, por tanto, que nada especial conferiría la Eucaristía, contesta: «en primer lugar, no decimos que éste sea el propio efecto de la Eucaristía y sí sólo que es efecto de ella. Por otra parte, aun en esto tiene algo de especial la Eucaristía; porque los demás Sacramentos de vivos no tienden *per se*, principal y directamente á nutrir la caridad por sola la mayor perfección de ésta y mayor unión con Cristo.....; mas este Sacramento está ordenado *per se* y principalmente á perfeccionar *la unión con Cristo y con su cuerpo*, según el dicho del Apóstol: *somos un cuerpo los que participamos de un pan* y *de un cáliz:* el cual efecto, según S. Agustín y S. Cipriano, está significado en las mismas especies sacramentales, las que se confeccionan de muchas cosas unidas. Y por esta causa dicen los SS. Padres que los demás alimentos se convierten en substancia del que los come á quien se hacen semejantes; mas esta comida convierte en sí al hombre que la come, porque le hace más santo y puro, más semejante y unido á sí» [1].

Si bien es doctrina verdadera y cierta que el efecto propio de la Sagrada Eucaristía es unirnos con Jesucristo, no lo es qué clase ó especie de unión produce. Sobre este particular difieren los teólogos en términos que uno califica de más probable, lo que otro tiene por improbable y aun absurdo: tal sucede entre Vázquez [2], Suárez [3] y Cienfuegos [4]; lo que no debe admirarnos, teniendo en cuenta que este punto de doctrina no se trató de propósito, sino incidentalmente y

1 In 3.am partem, q. LXXVIII, art. VIII, disp. LXIII, sect. I.

2 In 3.am partem, q. LXXIX, art. II, n. 7.

3 In 3.am partem, q. LXXIX, art. VIII, disp. LXIII, sect. III.

4 *Vita abscondita*, disp. VIII, sect. I, § II.

de soslayo hasta el cardenal Mendoza. Este Eminentísimo purpurado, Arzobispo de Burgos fué, según luego veremos, quien, con motivo de un sermón, que predicó, del Sacramento, dió ocasión á que se tratase más seriamente dicha cuestión, aunque no con la extensión y claridad que era de desear. Que nosotros sepamos, el único que ha escrito sobre el particular con alguna extensión, es el Eminentísimo Cardenal Cienfuegos en su tan apreciable como desconocida obra *Vita abscondita*. Esto tampoco debe de sorprendernos, porque con muchas verdades reveladas ha sucedido lo propio, y en expresión de Vázquez los teólogos ni debieron disputar de todo ni les fueron conocidas todos las sentencias de los SS. Padres [1].

1 Lugar citado, c. V., n. 45, al fin.

CAPITULO II.

Opiniones de los teólogos acerca de la clase ó especie de unión que la Eucaristía produce entre Cristo y quien le recibe dignamente.

TRES son las conocidas hasta el presente. La primera sostiene que no es real, sino puramente espiritual, mística ó afectiva. Según esta opinión la Eucaristía causa un aumento especial de gracia y de caridad, con lo que hace que nos unamos á Cristo con un amor más íntimo. Esta doctrina ha sido comunmente aceptada por las escuelas, según Vázquez, hasta la época del Emmo. Card. Mendoza. Éste, según el mismo Vázquez, (lugar citado), dijo en un sermón que, recibiendo dignamente la Eucaristía, nos uníamos realmente al cuerpo y carne de Jesu-Cristo, y habiendo sido calificada su doctrina de poco ó nada conforme con la fe, escribió un tratado en que, con testimonios de S. Escritura y SS. Padres, probaba su aserto; lo que dió lugar á que muchos teólogos españoles se declarasen partidarios de la doctrina del Eminentísimo Purpurado, Arzobispo de Burgos, extendiéndose por las escuelas de otras naciones en tanto grado que fué apoyada por cerca de treinta teólogos gravísimos.

No hemos podido proporcionarnos el escrito del Eminentísimo Mendoza; pero según Vázquez, Suárez y Cienfuegos, dicho purpurado y cuantos siguieron su parecer afirman que la unión real con el cuerpo de Cristo, efecto de la Eucaristía, no es inmediata, sino mediante las especies sacramentales, y que corrompidas éstas, desaparecía dicha unión, y ésta es la opinión segunda sobre el tema que nos ocupa.

La tercera es del Emmo. Card. Cienfuegos, quien, considerando que la unión mística y la real, defendida por Mendoza, están muy distantes de corresponder y satisfacer á las enseñanzas divinas sobre la Eucaristía, y dando por supuesto que, corrompidas las especies sacramentales, desaparece de quien comulga dignamente, el cuerpo, pero nó el alma de Jesu-Cristo, sostiene que «El efecto más principal de todos y peculiar de la S. Eucaristía es la unión y conjunción real, destruídas las especies, del alma de Cristo, (y, por tanto, del Verbo Divino), como motor asumente con el que comulga con las disposiciones debidas, como móvil asumido» [1]. Y explicando más abajo su tésis dice: «Esto sentado: nuestra afirmación es: que, en quien recibe la Eucaristía de un modo singularmente digno y con una disposición excelente, corrompidas las especies en el estómago... y faltando el mismo cuerpo y sangre de Cristo..., de ninguna manera deja de existir con el cuerpo y la sangre el alma beatísima de Cristo, sino que en el mismo momento asume... á aquel justo» [2].

Conviene á nuestro propósito anotar aquí que esta doctrina de Cienfuegos fué autorizada con la aprobación de tres eminentes teólogos, Generales, Procuradores é Inquisidores; y lo que es más, por el Reverendísimo Maestro del Sagrado Palacio Apostólico en el Vaticano, y que la aprueban con

1 *Vita abscondita*, disp. VIII, sect. II.

2 Lugar citado, n. 26.

palabras muy laudatorias y deseando que se extienda y sea conocida de todos. Y el Card. Belluga en el juicio crítico, que de ella hizo á petición del mismo Cienfuegos, dice «confieso ingenuamente que al ver los términos, en que estaba concebida (dicha doctrina) á primer golpe de vista engendró en mí gran dificultad; pero tan pronto como principié á examinar los argumentos tan sólidos, con que la corrobora (su autor) inmediatamente conocí que podía recorrerla sin temor alguno». Esto dice Belluga en los primeros párrafos de su juicio crítico. Y el último le encabeza con las siguientes frases: «quedando tan probada esta doctrina que, á nuestro juicio, no puede ofrecer duda alguna de su firmeza, conviniendo en el mismo parecer, según dijimos al principio, con sumo placer subscribimos á ella, juzgando sin ningún género de duda, que no ha de haber nadie que, examinando dichos fundamentos, no juzgue juntamente con nosotros, que la referida doctrina merece ser abrazada por todos, y que no puede ser desechada por nadie, sin que, al mismo tiempo, se separe del riguroso significado de las palabras de Cristo, y sin que sienta menos rectamente del ardentísimo y máximo amor para con nosotros, manifestado en el augustísimo Sacramento, así como también de la Omnipotencia de Cristo. Y por si alguno dudase asentir á aquella porque no la ha oído en las escuelas en los mismos términos, aunque de lo dicho queda respondido á este escrúpulo, sin embargo, nos place agregar algunas cosas, con las que cesará toda ambigüedad. A nadie, pues, se le oculta que, aun en materias dogmáticas, ha sucedido que con un examen más diligente y con mayor estudio ciertos dogmas, con el trascurso del tiempo, fueron ilustrados y esclarecidos» [1]. Hasta aquí el dictamen de Belluga sobre la doctrina de Cienfuegos.

1 *Vita abscondita*, Edicion hecha en Roma el año 1728: juicio crítico.

Hemos dicho que son tres las opiniones conocidas acerca de la especie de unión que produce la Eucaristía; pues, aunque Vázquez parece sostener otra diferente de las anteriores, realmente no se distingue de la mística y afectiva. Dicho eminente teólogo se propuso demostrar que la unión entre Cristo y quien le recibe dignamente, podía decirse real, y lo era, á pesar de que Cristo desaparecía, se ausentaba de quien había comido dignamente su carne, corrompidas las especies sacramentales. Y, después de muchos esfuerzos, termina por confesar que dicha unión es espiritual y afectiva, pues concluye su trabajo diciendo: «del contacto de la carne de Cristo (mediante las especies) se dice que nuestra carne se hace una con aquélla... con cierta unión mística y moral» [1]. Y no podía menos de hacer dicha confesión; pues, querer demostrar que estamos unidos á Cristo, estando éste ausente y separado de nosotros, es pretender un absurdo; que equivale á decir que Cristo estaba y no estaba con nosotros, que estaba realmente unido y al mismo tiempo separado.

Vistas y expuestas las opiniones hasta el presente sostenidas acerca de la clase de unión que produce la Eucaristía procede que examinemos sus fundamentos y veamos qué tengan de verdad.

1 In tertiam partem, q. LXXIX, art. II, dist CCIV, c. V, n. 47.

CAPÍTULO III

Propónense y se refutan las razones en que se apoyan los partidarios de la unión mística y afectiva

ESTA opinión no tiene fundamento alguno en la revelación divina; pues, Suárez, defensor acérrimo de ella, seguramente procuraría recoger el mayor número de testimonios y los más fuertes que le favoreciesen, y sólo cita uno de Sagrada Escritura y de tres SS. Padres, que distan mucho de probar lo que él intenta.

De Sagrada Escritura aduce aquel pasaje del capítulo VI de S. Juan en que Cristo dijo: «Las palabras, que yo os he hablado, son espíritu y vida» [1]. Es cierto, ciertísimo que estas palabras las dijo Jesu-Cristo refiriéndose nó á la unión que produce el Sacramento de amor, y sí á la manera conque habíamos de comer su carne; pues las dijo para contestar á los que, habiendo oído que nos había de dar su carne en comida y su sangre en bebida, se escandalizaron. De donde se deduce; que no vienen al caso, ni prueban lo que intenta Suárez; y que no tienen ni pueden tener el sentido que éste las dá; pues, de tenerle, seguiríase el absurdo de que Cristo había enseñado que no comeríamos realmente su carne, sino mística y espiritualmente, como quieren los herejes sacra-

1 In 3.am partem, q. LXXIX, a. VIII, disp. LXIV, sect. III.

mentarios. Por eso Tirini exponiendo las referidas palabras de Jesu-Cristo dice: «*el espíritu es el que vivifica*, esto es, mi divinidad unida á mi carne, dá toda la vida de que he tratado, y la potencia de vivificar: pues sóla mi carne nada aprovecharía para ésto. Así Cirilo, Leoncio, Ruperto: De donde, las palabras, *que os he hablado de comer mi carne*, no se han de entender de mi carne desnuda, como separada de mi espíritu ó divinidad, (como vosotros imagináis), sino de mi carne, según que á la vez es espíritu, ó hipostáticamente unida á la divinidad; pues así y no de otra manera es vida y vivifica. Y por consiguiente, no deben de entenderse mis palabras de dar á comer mi carne de una manera carnal, como si hubiera de partir pequeñas fracciones de este mi cuerpo visible y dároslas á comer; así S. Agustín,... sino que deben de entenderse de una comida que se ha de dar de una manera espiritual ó acomodada al espíritu, esto es, en que se comerá invisiblemente todo mi cuerpo vivo é ileso bajo las especies de pan y vino, pero, sin embargo, real y substancialmente» [1]. Como Tirini las exponen Toledo, Maldonado, Santo Tomás con S. Agustín [2] y todos los expositores sagrados.

Si nada favorece al Eximio Doctor y sus colegas el testimonio de Sagrada Escritura que aduce, menos aún los que cita de S. Cipriano, el Damasceno y S. Cirilo de Jerusalén. Y para no desvirtuar en nada su fuerza las copiamos del mismo Suarez, en el idioma que están escritos y con las reflexiones que él hace. Después de las palabras referidas de Jesu-Cristo, continúa diciendo: «*Unde Cyprian serm. de Cœna Dom. Fidei nostrae (inquit) infirmitas edocetur visibilibus sacramentis inesse vitae aeternae effectum, et non tam corporali quam spirituali transitione Christo nos unire, et infra, Sicut in persona Christi humanitas videbatur, et latebat divi-*

1 In Joannem, c. VI, v. 64.

2 Tertia pars, q. LXXV, a. I, ad 1.um

nitas, ita sacramento visibili ineffabiliter divina se infudit essentia, ut esset religioni circa sacramenta devotio, et ad veritatem cujus corpus sacramenta sunt, sincerior pateret accesus ad participationem spiritus, non quod usque ad consubstantialitatem Christi, sed usque ad societatem germanissimam ejus haec unitas pervenisset, et infra. Nostra et ipsius conjunctio nec miscet personas, nec unit substantias, sed affectus consociat, et confederat voluntates. Damascenus, etiam libro 4 cap. 14 *post verba superius citata subjungit: Hoc sacramentum appellari communionem, quia per illud cum Christo commercium habemus, et carnem ipsius et divinitatem percipimus, atque adeo nos inter nos communicamus atque coppullamur, quoniam enim ex uno pane participamus, omnes unum Christi corpus et unus sanguis, et alii aliorum membra aefficimur, Christique comcorporei existimus, Infra vero hanc unionem declaraus, addit. Nam, si omnino hoc affert istud sacramentum, ut et Christo, et alii aliis uniamur, non est dubium quin omnibus, qui nobiscum illud percipiunt, animo ac voluntate copullemur, ex voluntate quippe conjuntio haec existit, non autem citra animi nostri setentiam; omnes enim (ut Apostoli verbis utar) unum corpus sumus quoniam ex uno pane participamus. Quibus verbis satis explicat Damascenus hanc unionem solum esse affectivam et spiritualem. Nec disimilia sunt, quæ tradit Cyrilus Hierosolimitanus catech. 4 mistag. cum. dicit. Sumpto corpore et sanguine Christi effici nos comparticipes Corporis et sanguinis et addit, sic christofori erimus, cum ejus corpus et sanguinem in membra nostra receperimus, atque ita, ut Beatus Petrus dicit, divinae naturae consortes efficiamur. Ubi praeter sacramentalem susceptionem, non agnoscit aliam unionem, praeter spiritualem, quae fit per gratiam*» [1].

De estos testimonios, que aduce Suárez, más bien se deduce que la unión, efecto de la Eucaristía, es real y no mís-

1 In tertiam partem, q. LXXIX, a. VIII, disp. LXIV, sect. III.

tica y afectiva; tan es verdad, que Cienfuegos se sirve de ellos para probar su doctrina. Efectivamente, S. Cipriano, como se desprende del contexto de sus palabras, lo que principalmente se propuso, no fué decir si la unión era mística ó real, y sí que no era substancial, y que fuera tal que nos hiciera una persona con Cristo. En lo que ya significa que dicha unión es real, á más de que lo expresa terminantemente, cuando dice que no es tanto corporal como espiritual; y cuando afirma que la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, es hermanísima de la consubstancial.

Sin duda que el Doctor Eximio, para aducir en su favor á San Cipriano, se fijó en que dice que la unión, efecto del Sacramento, no es tan corporal como espiritual, y que une el afecto y las voluntades; y no advirtió que San Cipriano, al decir esto, no se refiere á la unión y sí al fin que Cristo se propuso, al unirse tan íntimamente con nosotros, que fué comunicarnos su espíritu, su vida, como bien lo significó cuando dijo: así como yo vivo por mi Padre, él que me come, vivirá por mí, y cuando dijo las palabras que yo os he hablado, son espíritu y vida.

El Damasceno y S. Cirilo en las palabras citadas enseñan aún más claramente que S. Cipriano, que la unión, efecto de la Eucaristía, es real, toda vez que terminantemente dicen que nos hacemos un cuerpo con Cristo, y unos, miembros de los otros; á más de que enseñan esto mismo con palabras más claras y terminantes en otros pasajes que citaremos al tratar de la unión real. En vista de todo esto aparece que dichos SS. Padres más perjudican que favorecen á Suárez y sus colegas.

Pero aun cuando les favorecieran terminante y claramente, tendrían en contra una gran falange de SS. Padres, que el mismo Suárez cita, si bien procura eludir la fuerza de sus testimonios explicándolos mística é hiperbólicamente,

pero sin fundamento, como veremos luego en este mismo capítulo.

Los argumentos de razón, que aducen, sobre ser indirectos, no tienen fuerza alguna por salirse de la cuestión y no venir al caso. Según pueden verse en Vázquez [1], el mismo Suárez [2], y Cienfuegos [3] enumeran las distintas clases de unión real, que se conocen en Filosofía ó en la naturaleza, y afirman que ninguna de estas se dá entre Cristo y quien dignamente comulga; por tanto, dicen ellos, la unión entre éste y Cristo tiene que ser mística, espiritual y afectiva.

¿Quién no vé al primer golpe de vista que estas razones no vienen al caso, y que dichos teólogos se salen de la cuestión al presentarlas? Es doctrina cierta y verdadera, reconocida por todos los teólogos, incluso el mismo Suárez y los que con él opinan, que la unión, efecto del sacramento de amor, es una cosa sobrenatural, porque sobrenatural es el efecto de todo sacramento. Por tanto, aunque en la naturaleza no se dieran otras especies de unión real, que las por ellos referidas, de ésto no se seguiría que la Eucaristía no nos unía realmente á Cristo. Para que su argumento proceda y venga al caso, necesitaban demostrar que es intrínsecamente imposible que, ni obrando Dios de potencia absoluta, pueden darse otras especies de unión real, que las que ellos refieren; lo que no demuestran, ni podrán demostrar; pues es de fe que en el orden sobrenatural se dan varias uniones reales, que no se conocen en la naturaleza; tal es la unión hipostática de las dos naturalezas en Jesu-Cristo; y el mismo Suarez [4] admite como probable que puede darse, y Ca-

1 Lugar cit. cap. I.

2 Lugar cit. sect. III.

3 Lugar cit., sect. I. n 14 y 15.

4 In tertiam partem, q. LXXV, a. I, disp. LXVII, sect. III.

yetano afirma que se dá cierta unión real entre el cuerpo de Jesu-Cristo y las especies sacramentales, y que llaman inefable é incomprensible, ó lo que es lo mismo, sobrenatural. ¿Y si tal unión puede darse entre las especies sacramentales y Jesu-Cristo, no será posible entre éste y quien dignamente comulga?

Insisten diciendo que, de darse unión real entre Cristo y quien comulga dignamente, ésta sería, ó mediante las especies, mientras éstas duran, ó después de corrompidas. No puede ser lo primero, porque en este caso la gracia sacramental de la Eucaristía no sería estable y permanente, toda vez que las especies se corrompen pasado algún tiempo. No puede ser lo segundo ó después de corrompidas las especies, porque, corrompidas éstas, Cristo desaparece; ¿y qué unión real puede haber entre nosotros y Cristo existente en el Cielo? [1] Este argumento adolece algún tanto, sino todo, del vicio que los dialécticos llaman ignorancia del elenco y petición de principio. Es indudable que al sentar y sostener que la unión, efecto de la Eucaristía, es real, incluye que tiene que ser estable y permanente, y, por tanto que Cristo debe quedar de algún modo en quien comulga con las disposiciones debidas, después de corrompidas las especies; pues, como dice muy bien Suárez, no puede darse unión real entre nosotros y Cristo existente en el Cielo; luego, al afirmar el Doctor Eximio y los que con él sienten, que, corrompidas las especies desaparece Cristo, ó ignoran lo que se cuestiona, ó suponen como cierto lo mismo que se trata de probar.

Debían no afirmar y sí demostrar que, corrompidas las especies, Cristo desaparecería, lo que no hacen, ni conseguirían, aunque lo intentasen; pues el Card. Cienfuegos prueba, que, al menos, queda el alma de Jesu-Cristo en quien comulga dignamente, después de corrompidas las especies;

1 Suárez in 3.am partem, q. LXXIX, a. VIII, desp. LXIV, sect. III.

y lo hace con tal multitud de testimonios de Sagrada Escritura y SS. Padres, que hacen prueba plena según opinión de Belluga. Cierto que Suárez y sus colegas eluden la fuerza de dichos testimonios diciendo que no tienen sentido literal y sí místico é hiperbólico, empeorando su causa, porque incurren en graves inconvenientes.

Reservando para el capítulo XVIII demostrar que los aludidos testimonios tienen sentido literal, y que tal deben de entenderse, ahora sólo trataremos de los inconvenientes que se siguen de darles sentido místico é hiperbólico.

Interpretar mística é hiperbólicamente las palabras de Jesu-Cristo «quien come mi carne permanece en mí y yo en él; quien me come, vivirá por mí, y los testimonios de Santos Padres y teólogos, en que se dice que, comiendo á Cristo, nos mezclamos, ingerimos, invisceramos, coencarnamos y hacemos un cuerpo con él, es dar motivo fundado á los herejes sacramentarios, para que interpreten de una manducación espiritual y mística y no real las palabras de Jesu-Cristo «mi carne es verdaderamente comida, y los pasajes de Santos Padres y teólogos en que afirman que en la Eucaristía comemos real y verdaderamente el cuerpo de Jesu-Cristo; se les dá motivo más que suficiente, para que nos acusen de poco lógicos y nada consecuentes, al interpretar místicamente unos pasajes y literalmente otros, cuando versan sobre una misma materia, y fueron dichos con el mismo motivo en una misma ocasión, en un mismo sermón y por una misma persona.

Interpretar mística é hiperbólicamente las palabras de Jesu-Cristo. «Yo les he dado la claridad que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad» es abrir la puerta de par en par á Arrio, para sostener que la unión del Verbo con su eterno Padre es

mística y no sustancial. San Hilario fundado en las palabras citadas de Jesu-Cristo, como veremos en otro lugar, sienta como verdad que la unión entre Cristo y nosotros efecto de la Eucaristía, no es de sola voluntad, sino real, y de aquí deduce que también lo es la del Padre con el Hijo. Interpretar, pues, místicamente estas palabras de S. Hilario, en expresión de Vázquez sería hacer frívolo su argumento, y darlas sentido hiperbólico sería hacerle necio [1].

Interpretar místicamente los testimonios citados de Sagrada Escritura y SS. Padres, en nuestro leal entender, sería ir de algún modo contra el parecer de la Iglesia, quien, al definir, que en la Eucaristía real y verdaderamente comemos la carne de Jesu-Cristo, ha entendido literalmente las palabras del Verbo encarnado «mi carne es verdaderamente comida, y los testimonios de SS. Padres y teólogos que de esto tratan; con lo que parece, sino significar, al menos insinuar, que también tienen sentido literal todos aquellos en que se trata del efecto ó unión, que produce el sacramento de amor, porque las razones son las mismas, según queda ya demostrado.

Por último, de ser verdad la doctrina de Suárez y de los que con él opinan, el sacramento de los sacramentos, el que fué tan ponderado por el autor de todos ellos y ensalzado por la Iglesia, nada nos daba, que no pudiéramos conseguir por cualquier obra buena, hecha en amistad de Dios. Seguiríase que el sacramento, en quien personal y sustancialmente reside el autor y principio de todo bien, no tendría gracia especial, ni se distinguiría específicamente de todos aquellos, en que se nos confiere la gracia santificante, ó aumento de ésta; lo que es contrario á la doctrina corriente en las escuelas, según la que todo sacramento se diferencia específicamente de los otros. Y no se salva este inconveniente di-

1 In 3.am partem, q. LXXIX, a. II, desp. CCIV, cap. III.

ciendo que la Eucaristía confiere mayor aumento de gracia, porque, según axioma filosófico, el más y el menos no muda la especie; ni con decir que la gracia del sacramento de amor es roborativa; porque roborativa es la de la Confirmación. No satisface tampoco, lo que dice Lexio [1], que se salva la unión efecto de la Eucaristía, por el nuevo modo de residir en nosotros la divinidad, por el nuevo aumento de gracia; porque todo esto, como queda dicho, se consigue por otros sacramentos y por cualquier buena obra, hecha en amistad de Dios, y porque la unión, que Cristo prometió á quien comiera su carne, es distinta de la de la gracia santificante, mediante la que está su divinidad; pues prometió estar Él mismo, y Cristo, á más de Dios es también hombre.

De todo lo dicho dedúcese que la opinión de Suárez y de los que con él sienten acerca de la unión, que el sacramento de amor produce, no tiene fundamento alguno en las Sagradas Escrituras, SS. Padres y razón teológica, y que incurre en graves inconvenientes; y, por tanto, que parece no ser aceptable.

1 De perfect. divin. Lib.° 12, Cap. XI, n.° 75.

CAPITULO IV

Refútase la unión real, mediante las especies sacramentales

Advertimos por segunda vez que no hemos podido proporcionarnos el escrito del Card. Mendoza, y, por tanto, que al atribuirle esta opinión como las razones en que la funda, lo hacemos basados en lo que hemos visto y leído en Vázquez, Suárez y Cienfuegos.

Partiendo de este supuesto decimos que la opinión de dicho Eminentísimo purpurado y de los que como él opinen, es menos admisible que la de Suárez ó sea, la de la unión mística y afectiva, por parecernos menos fundada, y que incurre en mayores inconvenientes; pues, sobre no tener fundamento alguno en la S. Escritura, SS. Padres y teólogos, está en abierta oposición con éstos.

La unión con Cristo, mediante las especies sacramentales, es breve y trasmitoria, toda vez que se corrompen en corto plazo; más la unión, efecto del sacramento, según Jesu-Cristo, es estable y permanente «quien come mi carne, dijo, permanece en mí y yo en él»; esto mismo afirman los SS. Padres y teólogos, y es doctrina verdadera y cierta, según ya hemos dicho, porque el efecto de los sacramentos es de suyo estable y permanente.

Donde no hay trabazón y enlace de partes, no hay unión verdadera y real, y mientras duran las especies sacramentales en el estómago, no están enlazadas y trabadas con nosotros, pues sólo, cuando se corrompen, las asimilamos; y no estando unidos con las especies, menos lo estamos con Jesu-Cristo; de donde, según la doctrina de Mendoza, no hay sino contacto, y Cristo estaría en nosotros como lo está en el sagrario.

De aquí se seguiría que Cristo estaba en nosotros, pero nó nosotros en Cristo, como no lo está el copón; no sería mútua la permanencia, y, por, tanto, no sería verdad lo que Cristo enseñó, cuando dijo «quien come mi carne, permanece en mí y yo en él.»

Seguiríase que no eran verdad las enseñanzas de los SS. Padres y teólogos, que el mismo Mendoza cita, y según los que nos incorporamos, ingerimos, mezclamos é inviscéramos con Cristo. La unión, mediante las especies sacramentales, se opone clara y terminantemente á la doctrina de varios teólogos, que afirman ser inmediata con el mismo Cristo, Alberto el Grande dice, hablando de la unión, efecto de la Eucaristía. «Es cierta espiritual y óptima generación divina, por la que el hombre es engendrado en cuerpo y miembro de Cristo; esto se verifica teniendo unión *indisoluble* é INMEDIATA con el curpo...» [1] La unión, mediante las especies sacramentales, y mejor diremos, el contacto, sería, ó con sóla aquella parte que toca nuestro cuerpo, ó con todo Jesucristo y nosotros, más no puede ser ni lo uno, ni lo otro. Nó lo primero, porque no hay razón plausible, ni es admisible que Cristo se uniera únicamente con aquella parte de nuestra carne que tocan las especies sacramentales y á más de ésto no nos mezclaríamos, ni coencarnaríamos con Jesucristo, según acabamos de decir. No puede ser lo

1 De Echaritt., dist. 3.ª, tít. 1.º, cap. 4.º, n.º 5.º, tom. 21.

segundo, esto es, que todo Jesucristo se una con todo nosotros, porque en este caso habría que decir que, ó las especies se extendían por todo nuestro cuerpo, lo que no es admisible, ni hay razón para que suceda, ó dè no extenderse, Cristo estaría sin ellas en alguna parte de nuestro cuerpo, y en este caso se hace inútil la doctrina de Mendoza, pues de estar Cristo sin las especies en alguna de las partes de nuestro cuerpo, lo mismo lo puede estar en todas.

Finalmente; si el efecto de la Eucaristía fuera unirnos con Cristo, mediante las especies sacramentales, seguiríase el absurdo de que producía el mismo efecto en el digno como en el indigno suscipiente, toda vez que aquellas lo mismo tocan al estómago de uno que al del otro. Y no se salva este inconveniente diciendo que hay notabilísima diferencia, que en el digno produce aumento de gracia, lo que no hace en el indigno; porque esto equivale á decir que el efecto de la Eucaristía ya no era la unión, mediante las especies, y sí la gracia ó aumento de ésta; con lo que vendríamos á parar en la primera opinión, ó sea, á la unión mística ó espiritual. Por estos inconvenientes y por carecer de fundamento fué relegada al olvido la doctrina de Mendoza.

CAPITULO V

Refútase la opinión de la unión real con sola el alma de Jesucristo

Esta doctrina de Cienfuegos, como las anteriores, no tiene fundamento en la revelación divina, y parécenos poco lógica y racional. No tiene fundamento, porque ni explícita ni implícita ó virtualmente está contenida en la S. Escritura y tradición. Léanse cuantos testimonios aduce dicho purpurado en confirmación de su sentencia, y no se encontrará uno, en que clara y terminantemente se diga que, comiendo dignamente la Eucaristía, nos unamos con sola el alma del Verbo hecho carne. Para muestra citaremos dos testimonios de S. Escritura, que él pone en primera línea, y sobre que principalmente basa su doctrina, y que están tomados de aquellas palabras de Jesucristo, «quien come mi carne..... permanece en mí y yo en él», y de cuando dijo «así como me envió mi Padre que vive y yo vivo por mi Padre, así el que me come, él vivirá por mí» [1]. Salta á la vista que no se menciona para nada el alma de Jesucristo. Cuando una doctrina está expresamente contenida

1 *Vita abscondita* disp. VIII, sect. II, § II, n.° 28 y § III, n.° 32.

en algún escrito, á lo sumo será necesario explicar sus términos, para conocer ésto, más nunca lo será formar un verdadero silogismo, y Cienfuegos, sobre todos los testimonios que aduce, para de ellos deducir su doctrina, necesita hacer una argumentación ó silogismo parecido al que hace al formar el epílogo de cuanto ha dicho sobre las palabras de Cristo arriba citadas, y que es el siguiente: «Cristo, Nuestro Señor, en algún verdadero sentido queda real y permanentemente en quien de una manera digna recibe la Eucaristía. Es así que ésto no puede ser quedando sóla la divinidad, ó toda la Trinidad, ni sólo el Verbo: ni todo íntegro Jesucristo, destruídas las especies... Luego necesariamente tiene que ser quedando sola el alma con el Verbo. La mayor consta de las palabras de Jesucristo, «quien come mi carne...» La menor queda probada con lo dicho arriba; luego la consecuencia es legítima» [1]. Sería legítima, si las razones, que dice haber dado arriba, probasen efectivamente que no puede quedar todo íntegro Jesucristo en quien comulga con las disposiciones debidas, después de corrompidas las especies; pero, como no prueban ésto, dista mucho de ser verdadera su consecuencia. Para convencernos, bueno será que veamos las razones que alega. «No puede quedar todo Jesu-Cristo, dice, esto es, su cuerpo, porque sería ó mediante las especies, ó corrompidas éstas; no puede ser lo primero, porque entonces no sería estable su permanencia; tampoco lo segundo, porque en este caso estaría en muchos lugares á la vez, ó circunscriptiva, ó cuasi definitivamente, á la manera que está oculto bajo las especies; no puede estarlo circunscriptivamente, porque esto sería un milagro apenas creible, pues, según muchos, es imposible; no puede estar difinitiva ó sacramentalmente, porque sería un milagro que repugna en la actual providencia, según la que, en sentir de

1 Lugar citado, n.° 3, al fin.

los teólogos, no es posible la presencia sacramental sino por conversión de una substancia en otra ó sea en cuerpo de Cristo» [1].

Dejando aparte lo que dice de permanecer Jesucristo con las especies sacramentales, doctrina que dejamos ya combatida, vengamos á las dificultades que presenta, para que quede, destruídas aquéllas. En primer lugar, no es verdad lo que dice de la imposibilidad de que el cuerpo de Jesucristo, ó un cuerpo cualquiera, esté circunscriptivamente en muchos lugares á la vez, pues son muchos los que están por la posibilidad, y el mismo Cienfuegos la reconoce al decir que sería un gran milagro; lo que basta á nuestro intento. Porque, si milagro grande fuera que el cuerpo de Jesucristo estuviera á la vez en muchos lugares, no sería menor que lo estuviera su alma y sin el cuerpo; pues, en este caso, se daría un milagro equivalente á dos, y milagro por milagro debemos de optar por aquel que es menor, más lógico, racional y natural; cual sería la permanencia de todo Jesucristo y nó sola su alma sin el cuerpo. Esto mismo cabe contestar al segundo miembro de su disyuntiva, ó sea, del milagro de quedar el cuerpo de Jesucristo *per modum substantiae*. Y esto bastaría para anular sus razones. Pero hay más, y es que la razón, en que se funda para probar la imposibilidad del segundo miembro de su disyuntiva, no viene al caso, se sale de la cuestión. Cierto que los teólogos afirman que en el orden actual de la providencia es imposible la presencia sacramental de un cuerpo, á no ser por conversión de una sustancia en otra, pero esto se refiere á la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, lo que es cierto, ciertísimo, pues tal fué establecido por Dios.

Mas una cosa es la presencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía y otra en aquél que comulga dignamente;

1 Lug. cit. n.° 31.

ésta es efecto de aquélla, y bien pudiera suceder que Jesucristo confiriera á la Eucaristía la virtud de hacerle presente y permanente, nó por transustanciación, y sí por traslación ú otro modo cualquiera. De ésto nada dicen los teólogos, ni lo toca Cienfuegos confundiendo dos cosas que son muy distintas; debiera de haber probado que Jesucristo no confirió al sacramento de amor tal virtud. Por lo demás, que absolutamente hablando puede Jesucristo ponerse sacramentalmente en muchos lugares á la vez sin la conversión de una sustancia en otra, lo admiten muchos, todos aquellos, entre los que se cuentan Suárez y Vázquez, que sostienen que Cristo pudo quedarse en la Eucaristía, no por transustanciación, y sí permaneciendo con él la sustancia de pan. Pero de todo esto volveremos á ocuparnos en los dos capítulos siguientes, en donde más claramente aparecerá el ningún fundamento del argumento de Cienfuegos.

Antes de las razones, que acabamos de refutar, presenta otras. Después de decir que es imposible la permanencia del cuerpo de Jesucristo, porque entre éste y el nuestro no se dá unión real alguna de las conocidas en la naturaleza, lo que ya refutamos en otro lugar, afirma que sería inútil y perjudicial. Inútil, porque nada influiría en nosotros; perjudicial, porque se opondría al fin que Jesucristo se propuso al quedarse en quien le come dignamente, que fué comunicarle su vida. Á más de que un cuerpo vivo no puede asumir á otro, para transformarlo en sí. Finalmente, dice que dicha unión no sería de suyo estable y permanente, toda vez que, al menos, se rompería con la muerte [1].

¡Inútil y perjudicial la unión con el cuerpo de Jesucristo! Esto pudiera concederse, aunque mal, dado que estuviera sólo, pero estando como está inseparablemente unido á la divinidad, nos aprovecha mucho, según San Agustín,

1 Disput. VIII, sect. I, § II, n.° 14, y sect. V, § II, n.° 88.

Santo Tomás, [1] y todos los SS. Padres, que llaman á la carne de Jesucristo vivificatriz, vivificadora, y los que dicen que el Verbo encarnado tocaba á los enfermos para significar que su cuerpo, como instrumento de la divinidad, tenía gran virtud curativa; y si tal virtud tenía cuando era pasible y mortal, ¿cuál no tendrá ahora, que es impasible é inmortal, sutil, ágil y espiritualizado en expresión del Apóstol?

Si nuestra alma, mediante el cuerpo craso, influye en la de otros comunicándoles sus pensamientos, sus pasiones y, como si dijéramos, su propia vida; ¿qué no podrá hacer en la nuestra la de Jesucristo, mediante su cuerpo, sutil y espiritualizado? Quien nos santifica por los sacramentos, cosas sensibles, elementos flacos, ¿no nos podrá santificar mediente su carne? y quien dió al tronco de árbol la virtud de vivificar á la púa en él ingerida, ¿nó podrá comunicarnos su vida estando como ingeridos en su cuerpo? Y con ésto contestamos á la dificultad de que un cuerpo vivo no puede asumir á otro para trasformarle en él ó comunicarle su vida. Efectivamente, ó el leño del tronco asume al de la púa en él ingerida, ó nó; si le asume, no es verdad, como dice Cienfuegos, que un cuerpo vivo no pueda asumir á otro y comunicarle su vida; pues vida tiene el leño del tronco en que fué ingerida la púa, y á la que se la comunica. Si la unión del ingerto no es asuntiva, resulta que no es necesario que un cuerpo vivo asuma á otro para comunicarle su vida; y en cualquiera de las hipótesis queda por tierra la dificultad que Cienfuegos opone á la unión con todo Jesucristo. Por último, al objetar que esta unión no sería estable y permanente porque, al menos, se rompería con la muerte, sin duda se olvidó que él llama estable y permanente la unión con sóla el alma de Jesucristo, á pesar de que sostiene que esta unión se suspende ó rompe en el alma que va al purgatorio, volviéndose á reanudar cuando de éste salga. Si, pues, á pesar

1 3.ª pars. q. LXXV, a. 1.º ad. 1.um

de esta suspensión ó interrupción, la llama permanente, permanente sería la unión con el cuerpo de Jesucristo, aunque se rompiese ó suspendiese con la muerte, y tanto más, cuanto que, si separaba el cuerpo, el alma continuaría unida, no siendo, por tanto, completa la separación. Consta, pues, que las razones, con que Cienfuegos dice haber probado la menor de su silogismo, no tienen valor ni fuerza alguna, y por tanto, que su consecuencia no es verdadera, por no serlo las premisas; siguiéndose de aquí que ni en virtud del raciocinio su doctrina se deduce de la revelación divina, y, como consecuencia natural, que ni aún implícita ó virtualmente está contenida en los testimonios de Sagrada Escritura y Santos Padres que cita en su favor.

¿Y cómo estarlo, si todos le son abiertamente contrarios, y muy especialmente S. Cirilo, S. Hilario, Biel, Bibién, Taulero, Torquemada, Salmerón, Toledo y otros muchos que aduce y que nosotros trascribimos en los capítulos siguientes? Por eso el Eminentísimo purpurado advierte repetidas veces que no tienen sentido literal, y que no deben entenderse tal como suenan las palabras de dichos SS. Padres y teólogos [1]; incurriendo en el mismo defecto é inconvenientes, que él tantas veces echa en cara á los partidarios de la unión mística, y que nosotros expusimos en el capítulo III. Más claro y breve: la obra de Cienfuegos flaquea por la base; sus argumentos descansan en terreno falso, los funda en la inutilidad de unirnos al cuerpo de Jesucristo y en que es imposible ó poco menos que imposible que éste permanezca á la vez en muchos lugares, en muchos hombres; cosas que no prueba y que nada tienen de verdad, según queda en parte demostrado y probaremos más extensamente en los capítulos VII y VIII.

1 Disp. VIII, sect. I, § II, n.º 14.

Finalmente, la opinión que combatimos, nos parece poco lógica y racional en su mismo concepto. De ser verdad, como quiere Cienfuegos, que permaneciese el alma de Jesucristo en quien comulga dignamente, parece más lógico y natural que quedase todo Jesucristo; toda vez que su cuerpo y su alma están hoy inseparablemente unidos. Cierto que Cienfuegos con bastante extensión y abundancia de argumentos prueba que, obrando Dios de potencia absoluta, puede replicarse el alma de Jesucristo y permanecer sin el cuerpo en muchos hombres. Nosotros no habremos de discutir esto, ni tenemos porqué, pues nos basta saber que Dios no obra sin razón suficiente, y no lo son, como queda demostrado, las que alega Cienfuegos, para que, obrando Dios de potencia absoluta, quede en quien comulga con las disposiciones debidas, el alma de Jesucristo sin su cuerpo, y prueba de ésto, como de todo lo que dejamos dicho refutando su opinión, es que, después de bastantes años de haber publicado su doctrina, no tiene partidarios y yace en completo olvido.

CAPÍTULO VI

Una consecuencia, que parece deducirse de lo dicho anteriormente; explícanse sus términos y se dan otras varias nociones referentes al asunto

Antes de pasar más adelante, conviene hacer un breve resumen de lo que hasta aquí hemos dicho, para de ello deducir una consecuencia. Es doctrina verdadera, reconocida como tal por los teólogos, que el efecto de la Eucaristía es unir con Cristo de una manera estable y permanente al que la recibe con las disposiciones debidas. Así mismo queda probado que no le une con unión meramente espiritual, mística y afectiva, ni mediante las especies sacramentales, ni con sola el alma; luego el efecto del sacramento de amor ha de ser unir con todo Jesucristo, esto es, con su cuerpo, alma y divinidad al que la recibe dignamente con unión real, inmediata y de suyo estable y duradera.

¿Será legítima y verdadera esta consecuencia? El lector dirá, y para que pueda juzgar con mayor conocimiento de causa, á más de las pruebas indirectas, que hasta aquí hemos dado, habremos de confirmar dicha consecuencia con argumentos directos, tomados de la S. Escritura, SS. Padres y razón teológica.

Mas antes, bueno será explicar los términos en que está concebida dicha consecuencia ó tésis, para la mejor inteligencia de lo que sobre este particular habremos de decir.

Al llamar real la unión, efecto de la Eucaristía, queremos significar que entre Cristo y quien comulga dignamente hay cierto enlace y trabazón inefable é incomprensible, sí, pero verdadero, y mediante el que Cristo influye en nosotros comunicándonos su vida; «quien me come, vivirá por mí» dijo. De modo que entre Cristo y quien le recibe dignamente, se establece un comercio parecido al que existe entre el Verbo divino y su humanidad, y al del alma con el cuerpo. Por lo que, si bien dicha unión no es personal y sustancial, sin embargo, se aproxima cuanto es posible á éstas. La unión, efecto del sacramento de amor, se dice de suyo estable y permanente, significando que, á no mediar pecado mortal, persevera hasta en la eternidad. Pues, aunque al morir nuestro cuerpo queda separado del de Jesucristo, el alma continúa unida, y en virtud de esto, el día de la resurrección general, al informar de nuevo al cuerpo, éste vuelve á unirse al de Jesucristo tan íntimamente, como lo estaba al morir. Finalmente, decimos que la unión es con todo Jesucristo, esto es, con su cuerpo, alma y divinidad. De tal modo que, en expresión de S. Cirilo, nuestro cuerpo se mezcla con el de Jesucristo, á la manera que se mezclan dos trozos de cera derretidos; y nuestra alma, según Taulero, se abisma en la del Verbo encarnado, como una gota de agua infundida en una gran basija de vino. Y todo esto se verifica sin que de ello nos demos cuenta, y sin que nuestro cuerpo aumente de espesor y de volúmen, como no aumenta el de las especies sacramentales, ni aumentó el de las paredes ó puertas por donde penetró Jesús en el cenáculo, después de resucitado; y esto por dos razones: la primera, porque el cuerpo de Jesucristo es ágil, sutil, glorioso y espiritualizado: la segunda y principal y que importa mucho tener presente para nuestro objeto, es, porque el cuerpo de Jesucristo se pone, queda y permanece en quien comulga dignamente

del mismo modo que está y permanece en la Eucaristía; esto es, *per modum substantiae*, ó lo que es mismo, se pone y queda solo la esencia, la sustancia del cuerpo del Hijo de María, prescindiendo de su gravedad ó peso, y de la extensión en orden al lugar. Y ahora conoceremos más fácilmente, cómo puede ser que, en expresión de S. Cirilo, todo el cuerpo de Jesucristo se mezcle con el nuestro sin confundirse, ni destruirse, no de otro modo que lo está en todas y en cada una de las partes de la hostia consagrada.

Resulta, pues, que, según la doctrina propuesta, conservando Cristo su personalidad y naturalezas, y quien le come dignamente la suya, se unen tan íntimamente que forman como un principio de acción; de tal modo que todas las obras buenas, que haga el hombre, proceden de los dos, y más de Cristo, como causa altísima y principal, avalorando así, casi hasta el infinito, el mérito de nuestras obras; y todo esto, sin que perdamos nada de nuestra libertad, como no la perdemos á pesar del concurso de Dios en todos nuestros actos.

Aunque tenemos por suficientemente explicado nuestro pensamiento, sin embargo, no estará de más que lo aclaremos con un símil, que es el del Apóstol y del que se sirve el docto Salmerón para este mismo objeto, y está tomado del ingerto.

Es á todas luces cierto y salta á la vista, que la púa, ingerida en un tronco, está real é íntimamente unida á éste; pero sin confundirse y conservando cada quien su propia naturaleza; de tal modo que, si la púa es de acebuche y el tronco de olivo, éste continúa siendo olivo y aquélla acebuche. Pero, á pesar de conservar cada uno su propia naturaleza, en virtud de la unión entre ellos establecida, el acebuche vive y se nutre de la sávia de la oliva, pudiendo decirse que vive olivarmente; contribuyendo así los dos á la formación del fruto; el uno suministrando la sávia, y el otro elaborándola y transformándola.

De una manera semejante, Cristo, uniéndose realmente á nosotros, ó mejor dicho, nosotros á él, obra en nosotros y con nosotros de una manera intrínseca é inmediata. De donde la unión, efecto de la Eucaristía, pudiera decirse verdadera inserción sobrenatural del hombre en Jesucristo; como la llaman varios SS. Padres, y tal se deduce de las enseñanzas del Verbo hecho hombre, según veremos en los capítulos siguientes.

Esta inserción ó unión del hombre con Cristo, según ya indicamos, es sobrenatural, inefable y misteriosa y, por tanto, incomprensible, no pudiendo conocer como se verifica, ni cual sea la acción ó lazo que tan íntimamente nos ligue con Jesucristo; así como ignoramos cómo nuestra alma está unida al cuerpo y obra en él; y para poner un ejemplo del orden sobrenatural sirva la unión íntima y estrecha de la gracia santificante con nuestra alma.

Aunque poco importa á nuestro objeto saber en virtud de qué acción y cuándo el sacramento de amor produce su efecto, sin embargo diremos algo sobre este particular, emitiendo nuestro leal parecer. Es cierto é indiscutible que la Sagrada Eucaristía, como los demás sacramentos de la nueva ley, produce su efecto, *ex opere operato*, ó sea, por virtud, que en ella puso el autor de la gracia, Jesucristo.

Dando esto por supuesto, lo que aquí tratamos de inquirir, es, si la Eucaristía pone el cuerpo de Jesucristo en aquél que la recibe dignamente, de alguno de los modos, que, según el vario sentir de los teólogos, se puede poner bajo las especies sacramentales; esto es, si por transustanciación, creación, conservación, reproducción, aducción, etc.

Desde luego afirmamos y es absolutamente cierto que no le produce por transustanciación, porque ni la sustancia del cuerpo de Jesucristo, ni la del nuestro se destruye, aniquila, ni se convierte la una en la otra.

Dejando á un lado la cuestión de si puede hacerlo por creación, conservación, reproducción, etc., opinamos que es por traslación; esto es, haciendo que el cuerpo de Jesucristo, en ella ya existente, pase á nosotros, porque esto lo creemos más lógico, natural y propio de la conducta de Dios en sus obras, y más digno del mismo Jesucristo. Para confirmarlo, discurrimos así: Todo sacramento dá y confiere lo que como tal contiene; ahora bien, si el sacramento de la Eucaristía pusiera en nosotros el cuerpo de Jesucristo por creación, reproducción, etc. y no por traslación, aunque real y sustancialmente nos confería lo mismo que está bajo las especies sacramentales; sin embargo, no podría decirse con todo rigor que nos daba lo mismo que ella contenía.

Dios, como no falta en lo necesario, no abunda en lo superfluo, y parécenos superfluo que, existiendo real y sustancialmente el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, para que ésta produzca su efecto, cree ó reproduzca de nuevo á aquél. Por otra parte, si el cuerpo de Jesucristo existente en la Eucaristía no se trasladase de ésta á quien la recibe dignamente, seguiríase que, al corromperse las especies sacramentales, ó perdía un modo de ser, ó se trasladaría al cielo, ó á otro lugar, como quieren algunos. Si lo primero, aunque nada sustancialmente perdía Cristo, sin embargo, accidentalmente perdía un modo de estar, lo que, en sentir de varios teólogos, argüiría alguna imperfección ó privación, aunque accidental. Y por esto, sin duda, la Iglesia tiene sumo cuidado y manda que se consuman las hostias reservadas en el tabernáculo, antes de que se corrompan las especies sacramentales. Si lo segundo, de trasladarse, nos parece más propio, natural y lógico que se traslade del sacramento á quien lo recibió dignamente. Por estas razones y otras, que indicaremos en el capítulo siguiente, decimos que la Eucaristía produce su efecto por traslación.

¿Y cuándo y en qué momento? Sobre este particular no están de acuerdo los teólogos. Lo están en que lo produce en el mismo instante y momento, en que real y verdaderamente se nos haya administrado y hayamos recibido el sacramento de amor, pero, como este, á diferencia de los demás sacramentos, consiste en una cosa permanente, de aquí que los teólogos se dividan al determinar cuál sea ese momento, si al deglutir ó pasar la hostia, ó al depositarse ésta en el estómago, ó al corromperse en éste las especies sacramentales. Esto último nos parece más conforme con lo que acabamos de decir del modo de producir su efecto. Porque, al corromperse las especies sacramentales, es cuando el cuerpo de Jesucristo deja de estar en ellas, y, por tanto, parece el momento propicio de trasladarse al que le recibió dignamente. Por otra parte, los demás sacramentos, á no ser informes, producen su efecto en el mismo instante que marca la línea divisoria é imperceptible de su ser y dejar de ser; y este momento en la Eucaristía parece ser aquel en que se corrompen las especies sacramentales.

Mas esta cuestión como la anterior, en nada se opone, según ya dijimos, á lo que pueda tener de verdad la doctrina propuesta, como no se oponen á la real presencia de Jesu-Cristo en la Eucaristía tantas cuestiones que los teólogos agitan acerca de varios puntos.

No se nos oculta que algunos tendrán por nueva esta doctrina, y que la impugnarán por no haber sido enseñada en las escuelas, y que no faltará quien la califique de temeraria. Nada tiene de nuevo, si no es la forma de tratarla, pues, en cuanto á la sustancia, según nuestro leal entender, fué ya enseñada por Jesucristo, algunos SS. Padres y teólogos, según luego probaremos. En cuanto á lo segundo, ó que no ha sido enseñada en las escuelas, y á lo de temeraria, contestarán por nosotros Vázquez y Cienfuegos. Tratando

de esto mismo, dice el primero: más no es de admirar que ninguno de los antiguos escolásticos hiciesen mención de esta unión; pues no debieron disputar de todas las cosas, ni les fueron conocidas todas las sentencias de los Padres [1]; y Cienfuegos, previniendo las censuras que recaerían sobre su doctrina de la unión real con sola el alma de Jesucristo, escribe: «No pocos secretos de la Eucaristía, ni de poca importancia, y que poco antes estaban *sub judice*, y eran inciertos, fueron dilucidados por los escritos de Sto. Tomás y de otros esclarecidos teólogos; y con tal claridad, que hoy se encuentran entre los dogmas; cuando poco antes eran desconocidos, de fe dudosa ó sospechosos» [2]. Esto dice en el prólogo, y termina su obra con estas palabras: «por tanto, descubrir nuevos arcanos, ó trabajar con este fin, indudablemente es glorioso». Ciertamente, muchísimas veces, bajo el aparente ó fingido pretexto de huir de la novedad, ó de doctrina no enseñada expresísimamente por los Padres, se oculta la negligencia, si no es la ignorancia. Ricardo Victorino; en el prólogo de la exposición de Ezequiel, dice: «algunos, bajo el pretexto de reverencia de los Padres, no quieren tratar de lo omitido por éstos, para no parecer presumidos; pero ocultando bajo este velo su negligencia, se entregan al ocio, y se burlan del trabajo de los demás en la investigación é invención de la verdad... Bien preveo, que este nuestro tratado eucarístico ha de parecer durísimo á muchos; pero dura pareció también á gran parte de los discípulos la institución y explicación de este gran misterio..... No será, pues, nuevo, ni de admirar que oigamos quizá censuras, notas y quejas durísimas... Pero nada importa, con tal que el escrito é intención del escritor agrade al Autor de tan escondido misterio..., y con tal que liberrísima y humildísimamente todo

1 In tertiam part., q. LXXIX, art. II, disp. CCIV, cap. V, n.° 45.

2 *Vita abscondita*, disp. VIII, en el prólogo.

lo someta á la Iglesia Santa é infalible, dispuesto á la menor insinuación de ésta, á quemar y destruir lo escrito» [1]. Hasta aquí el Eminentísimo Cardenal Cienfuegos, cuyas palabras en todo aceptamos y hacemos nuestras.

Finalmente, aprobada, según dijimos, la doctrina del Cardenal Cienfuegos por varios y eminentes teólogos, y visto el juicio crítico, que de ella hace Belluga, la propuesta por nosotros nada tiene de temeraria. Pues, admitido que quien comulga dignamente, se une al alma de Jesucristo con unión real, y de suyo estable y permanente hasta en la otra vida, no será temerario sostener que también se une al cuerpo, como parece lógico y natural.

1 Lug, citado, disp. IX, sect. III, § II.

CAPÍTULO VII

No envuelve contradicción alguna, no es absolutamente imposible que nos unamos al cuerpo de Jesucristo con unión real, de suyo estable y permanente hasta en la otra vida.

EXPLICADOS los términos de la tésis propuesta, y hechas las advertencias que nos parecieron oportunas, pasamos á demostrarla; y siguiendo riguroso método escolástico, resolveremos primeramente las dificultades que pueden oponerse; y como las mayores versan, á no dudar, acerca de la unión con el cuerpo, y probada ésta queda probado que la unión puede ser con todo Jesucristo, por eso nos limitamos á probar la posibilidad de la unión con el cuerpo.

Es un hecho indiscutible, de fe, para todo buen cristiano, la encarnación del Hijo del Altísimo; y si fué posible que se unieran con unión hipostática cosas que distaban infinitamente entre sí, y si fué posible que el Verbo se hiciera carne ¿no lo será que esta misma carne se una íntimamente á la nuestra?

Según Cayetano, expositor de Sto. Tomás, y otros varios teólogos, el cuerpo de Jesucristo está unido á las especies sacramentales con unión inefable é incomprensible, pero

real; y siendo ésto así ¿no había de poder unirse á nuestra carne? Quien confirió á las palabras del sacerdote la virtud de producir dicha unión ¿no podrá El, existiendo en la Eucaristía, mediante ésta, producir igual unión con el hombre? Quien dió á la naturaleza esas fuerzas de atracción que en ella se observan, ¿no podrá El atraer y unir íntimamente consigo al que le recibe dignamente? La naturaleza une íntimamente la púa al ingerto; el arte quirúrgico la carne viva de un cuerpo á la de otro cuerpo vivo: y ¿el autor de la naturaleza y del arte no podrá unir nuestra carne á la suya?

La mayor dificultad no está en que nos unamos al cuerpo de Jesucristo, y sí el que éste esté á la vez en muchos hombres. Pero esto tampoco envuelve imposibilidad. Es doctrina corriente, admitida y reconocida por filósofos y teólogos, que no es absurdo, que no envuelve contradicción alguna el que un cuerpo esté á la vez en muchos lugares. Oigamos á este propósito el parecer de algunos. Los escotistas, con otros varios, sostienen que puede estar aun circunscriptivamente.

El eximio Suárez, después de referir gran número de teólogos, que sostienen la posibilidad absoluta de que un cuerpo esté natural y circunscriptivamente en varios lugares, dice: «Es, pues, esta opinión, no solo más apta para responder á los herejes, y defender la verdad católica, sino que también, en mi juicio, se deduce de aquella tan necesaria y tan evidentemente, que siempre me pareció admirable que la opinión contraria pudiera sostenerse por gravísimos teólogos» y pasando en seguida á las pruebas, en el cuarto argumento, arguyendo de mayor á menor, sentando la real presencia de Cristo en la Eucaristía, y, por tanto, en muchas hostias consagradas, deduce la posibilidad de que esté á la vez, aun circunscriptivamente, en muchos lugares, por parecerle ésto más fácil que lo primero; pues concluye su cuarto argumento

en esta forma: «De donde no solamente parece que estas cosas son igualmente posibles, sino que también ésto, de que tratamos, es mucho más fácil y posible» [1]. De modo que, según el Doctor Eximio, es más fácil que un cuerpo esté circunscriptivamente en varios puntos, que el que lo esté *per modum substantiae.*

Sea de esto lo que quiera, lo que no ofrece duda es la posibilidad de que un cuerpo esté á la vez en muchos lugares, prescindiendo de su extensión cuantitativa. Si bien nos es desconocida la esencia del cuerpo, sin embargo, todos convienen en que, el estar localizado le corresponde por su extensión cuantitativa; y aunque á ésta se la considera como el sostén ó sujeto inmediato de los accidentes del cuerpo, ella también ha de ser accidente; toda vez que afecta á los sentidos como los demás, de olor, color, sabor, sonido, etcétera. De tal modo, que si el argumento llamado de inducción tiene fuerza y valor, en ningún caso como en el presente. No siendo, pues, esencial al cuerpo su extensión cuantitativa en orden al lugar, obrando Dios de potencia absoluta puede hacer que esté sin ella.

Nuestro insigne filósofo Balmes abunda en este parecer: «¿Qué es la extensión? se pregunta: en realidad es un conjunto de relaciones de los séres que entran en la composición de lo extenso. Estas relaciones no son intrínsecamente necesarias...; luego Dios puede alterarlas... Estar en un lugar tal como lo entendemos ahora, es hallarse con la extensión propia, en la forma ordinaria, y con las relaciones ordinarias también con respecto á la extensión de otros cuerpos. Si se supone un cuerpo con la extensión sometida á otras condiciones sin relación ordinaria á la extensión de los demás, falta el supuesto en que hacemos estribar la imposibilidad de estar un cuerpo á un mismo tiempo en muchos lugares» [2],

1 In tertiam. part., q. LXXV, art. I, disp. XLVIII, sect. IV.

1 *Filosofía fund.*, lib. III, cap. XXXIII.

Los hechos vienen en confirmación de esta misma doctrina. Dejando aparte lo que se refiere de la bilocación de algunos Santos, vengamos á la real presencia de Cristo en la Eucaristía. Es un hecho, un dogma de fe, y por tanto cierto y verídico, que el cuerpo de Jesucristo está real y sustancialmente en el augusto Sacramento del altar, y, por tanto, que lo está á la vez en todas y cada una de las hostias consagradas, que actualmente se reservan en los tabernáculos del mundo católico. Y como de *facto ad posse valet consecutio*, de este hecho dedúcese cierta é infaliblemente que el cuerpo de Jesucristo puede estar á la vez en muchos lugares, y de consiguiente en muchos hombres: pues la razón del lugar lo mismo se verifica en las especies que en el cuerpo humano. Y es un hecho que, siquiera por breves instantes, lo está á la vez en todos cuantos comulgan al mismo tiempo; y estándolo mediante las especies sacramentales y por breves instantes, lo mismo lo puede estar sin éstas y de una manera permanente: pues la imposibilidad de que esté á la vez en muchos lugares, no depende de el mayor ó menor tiempo, ni de que sea éste ó aquel lugar. Finalmente, quien dió á los sacerdotes la virtud de poner su cuerpo á la vez en cuantas hostias aquellos consagran, ¿no podría conferir á la Eucaristía la de hacer que su cuerpo, existente ya en ésta, quedase y permaneciese en aquel que comulga con las disposiciones debidas? pues, ¿qué diferencia hay entre uno y otro caso con relación á la posibilidad?

A esto podrá objetarse que, si bien en absoluto es posible, no lo es en nuestro caso por las razones siguientes. Según la doctrina propuesta, el cuerpo de Jesucristo queda realmente unido á quien comulga dignamente y está sin la extensión cuantitativa; lo que envuelve contradicción, toda vez que dos cuerpos no pueden estar realmente unidos, sin estar circunscriptivamente el uno en el otro. Esto podrá ser

verdad, cuando están naturalmente unidos, pero no cuando lo estén de un modo sobrenatural; ó en otros términos, cuando los cuerpos unidos conservan su extensión cuantitativa, entonces ciertamente tiene que estar circunscriptivamente el uno en el otro, pero no cuando los dos ó uno de ellos está sin la extensión cuantitativa, como decimos que lo está el cuerpo de Jesucristo en aquel que lo recibe dignamente; á la manera que, según varios teólogos, está unido á las especies sacramentales, sin estar circunscriptivamente en ellas.

Siendo esto así, repondrá alguno, Jesucristo estará sacramentalmente en aquel que ha comulgado con las disposiciones debidas; y esto se opone á la doctrina sostenida en las escuelas, según la que sacramentalmente sólo lo está en la Eucaristía. Es bien sabido que la palabra sacramento y, por tanto, el adverbio sacramentalmente tiene varias acepciones. Unas veces significa cosa sagrada, oculta, espiritual y sobrenatural, y en este sentido no hay inconveniente alguno, ni lo impugnan los teólogos, decir que Cristo está sacramentalmente en aquel que comulga con las disposiciones debidas. Otras veces, y es como comunmente se entiende en las escuelas, significa una cosa sensible, que, por institución divina, tiene la virtud de significar y producir la gracia ó aumento de ella, y en este sentido únicamente puede decirse de la sagrada Eucaristía, que en ella está sacramentalmente Jesucristo.

Santo Tomás, tratando de cómo Cristo se pone en la Eucaristía, dice: «Pues ninguna cosa puede estar allí donde antes no estaba, sino por mutación de lugar, ó por la conversión de otra cosa en ella, así como en una casa de nuevo principia á estar el fuego, ó porque se le lleva allí, ó porque allí se engendra. Mas está claro que el cuerpo de Jesucristo no principia á estar en este sacramento por movimiento local. Primeramente, porque seguiríase que dejaba de estar en el cielo, pues lo que se mueve localmente no llega de nuevo á lugar alguno, sin dejar el primero. Segundo,

porque todo cuerpo movido localmente, pasa por todos los medios; lo que no puede decirse aquí. Tercero, porque es imposible que un mismo cuerpo movido localmente con un movimiento se dirija á la vez á diferentes lugares, siendo así que el cuerpo de Jesucristo bajo este sacramento comienza á estar á la vez en muchos lugares, síguese por tanto, que el cuerpo de Jesucristo no puede principiar á estar de nuevo en este sacramento de otro modo, sino por conversión de la sustancia del pan en él» [1].

Esta doctrina de Santo Tomás está en abierta oposición con la propuesta, según la que el cuerpo de Jesucristo se pone y queda en quien le recibe dignamente; lo que no puede ser por transustanciación, único modo, según el angélico Doctor, de ponerse el cuerpo de Jesucristo allí donde no está.

Absolutamente en nada se opone la doctrina de Santo Tomás á la por nosotros propuesta, antes bien se cumplen exactamente las razones que alega y se allanan las dificultades que pone, para que Jesucristo no se ponga en la Eucaristía por traslación, y si solo por transustanciación. Efectivamente, para ponerse y quedar Jesucristo, en quien recibe dignamente la Eucaristía, no tiene que abandonar el cielo, y sí las especies sacramentales, en las que ya está; ni tiene que pasar por lugares intermedios, al trasladarse de las especies al que las recibió, porque, estando aquellas intimamente unidas á éste, no hay lugares intermedios; ni con un solo movimiento el cuerpo de Jesucristo tiende á distintos lugares ó sea á distintos hombres, sino que tiende á estos con tantos movimientos distintos, cuantas son las formas consagradas que se les ha administrado. Con esto queda suficientemente probado no sólo que en nada se oponen á la doctrina propuesta las razones ó dificultades de Sto. Tomás,

1 Summa Teol. 3.ª p. q. LXXV. art. 2.º in corp.

sino que además se confirma lo que dijimos acerca del modo de producir la Eucaristía el efecto de unirnos á todo Jesucristo, de hacer que quede en nosotros su cuerpo, haciendo que de las especies se traslade á nosotros, pues de no ser así, tendrían lugar las dificultades que presenta el angélico Doctor. Y aún cuando la doctrina de éste nos fuera contraria, tendríamos de nuestra parte á varios teólogos, principalmente Cayetano, Vázquez, Suárez y Billuart, quienes sostienen que Cristo pudo ponerse en la Eucaristía, no por transustanciación, y si de otro modo. Por eso explican de varias maneras las palabras citadas del Ángel de las escuelas. Pero esto importa poco á nuestro objeto; pues, aun entendidas tal como suenan, en nada nos perjudican, según queda probado.

Última instancia. Quedando y permaneciendo todo Jesucristo en aquel que le recibe dignamente, en la forma dicha, seguiríase que el hombre tenía en sí y llevaba consigo dos cuerpos y dos almas.

Cierto, y en esto ¿qué inconveniente ó absurdo hay? Absolutamente ninguno, toda vez que es un hecho que, siquiera por breves instantes, mientras no se corrompen las especies sacramentales, cuando comulga tiene en sí y lleva consigo el cuerpo y alma de Jesucristo; y en la misma naturaleza vemos á cada paso ejemplos de esto: tal es una madre en todo aquel tiempo que tiene y lleva unido consigo el fruto de sus entrañas.

No hay, pues, dificultad, imposibilidad alguna en que el sacramento de la Eucaristía tenga la virtud de hacer que el cuerpo de Jesucristo quede y permanezca en quien comulga con las disposiciones debidas, y que se unan entre sí con unión real la más íntima posible.

CAPITULO VIII

La unión real del que comulga dignamente con Jesucristo, y de suyo estable y permanente, no es inútil, y sí utilísima al hombre; ni indigna, sino dignísima de la bondad, omnipotencia y sabiduría de Dios.

Es tan clara la verdad enunciada en la tésis precedente, que apenas necesita demostrarse. Por esto, y porque en la segunda parte, al tratar de los fines, que Jesucristo se propusiera al unirse tan íntimamente al hombre, hemos de volver á ocuparnos de este asunto con mucha más extensión, aquí sólo habremos de referir, enumerar brevemente los ricos dones, los bienes inestimables, que nos reportaría la unión con Cristo.

Muchos son, en verdad, y admirables; unidos á Jesucristo en la forma dicha, no solamente nos haríamos, cuanto es posible, una cosa con él y en él nos transformaríamos, y viviríamos de su misma vida; sino que la filiación adoptiva, que tenemos por la gracia, se perfeccionaría y crecería de tal modo, que de alguna manera participaríamos de su filiación natural; siendo, por tanto, en cierto modo y cuanto era posible, hijos naturales de Dios, y de la Vírgen Santísima. Tendríamos la inefable dicha y consuelo de tenerle

siempre con nosotros, y darle gracias por los beneficios recibidos, abrazarle frecuentemente, exponerle todas nuestras necesidades, y pedirle cuantas cosas necesitáramos con grandísima confianza de obtenerlas. Finalmente, nuestras obras tendrían mayor eficacia, más fuerza de obligar á Dios y mayor mérito; puesto que participarían mucho del valor, dignidad, eficacia y virtud del mismo Cristo.

Esto en esta vida, y en la otra nos comunicaría, cuanto era posible, su misma gloria.

Pero, si grandes é inestimables bienes reportaría al hombre la unión con Cristo, no sería menos gloriosa para el mismo Dios; pues en esta obra, como en la de la encarnación é institución del augusto sacramento, brillarían su inmensa bondad, omnipotencia y sabiduría infinita.

Grande fué el amor de Dios cuando, haciéndose hombre, tomando carne de las purísimas entrañas de la Virgen María, ensalzó la naturaleza humana divinizándola; pero este amor llegaría al colmo uniéndose á todos cuantos comieran dignamente su carne, asumiendo, no ya una carne purísima, sino la tuya y la mía, corrompida y manchada con la culpa del pecado; asumiéndola, para permanecer y estar en tí de un modo admirable, así como de otro modo admirable la naturaleza humana de Jesucristo permanecía en el Verbo, y el Verbo en ella; y todo esto, para comunicarnos su propia vida, su grandeza, trasformarnos, cuanto es posible, en él, según queda dicho y probaremos en otro lugar.

Mucho amó Jesús á los suyos, cuando en la última cena instituyó el sacramento de amor, quedando con ellos hasta la consumación de los siglos; pero este amor rebasa toda medida al darse en alimento, para, de este modo, unirse intimamente y hacerse una misma cosa con nosotros, á la manera que el alimento se transforma en quien le come.

Al encarnar el Verbo divino en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima, agotó intensivamente su omnipotencia y sabiduría infinita; pero, al unirse al hombre, por la comunión renueva á cada instante y momento, y perpetúa hasta la consumación de los siglos la obra de su brazo omnipotente, su encarnación; pues, al unirse tan íntimamente al hombre, como que encarna de nuevo; por esto se considera la Eucaristía como la extensión de la encarnación del Verbo divino.

Se dice, y la Iglesia canta en su oficio, que la Eucaristía es el compendio de las maravillas del Señor; y efectivamente, tal es, como que en ella se suspenden, se derogan las leyes de la naturaleza; pero se renuevan, se multiplican y perpetúan hasta la consumación de los siglos, y mejor dicho, hasta la eternidad, al unirse Cristo á quien le come dignamente con unión real la más íntima, después de la hipostática, permaneciendo así hasta en la gloria.

CAPITULO IX

La gracia sacramental, el efecto propio del sacramento de la Eucaristía es unir con Jesucristo á quien le recibe dignamente con unión real, la más íntima posible.

Visto que dicha unión es posible, útil al hombre y digna de Dios, resta probar que esto, que fué posible, útil y conveniente, Cristo lo llevó á vías de hecho, lo realizó confiriendo al sacramento de amor la virtud de producir tal unión. Y siendo una cosa sobrenatural, invisible y de la libre voluntad de Dios, únicamente nos puede constar por la revelación divina, contenida en las Sagradas Escrituras y tradición. Veamos, pues, qué nos dicen éstas sobre el particular.

Ponderando Cristo, nuestro bien, cuán cierto era que nos había de dar su carne en comida, dice: «En verdad, en verdad os digo que, sino comiéreis la carne del Hijo del hombre..., no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne..., tiene la vida eterna» [1]. Estas palabras expresan necesidad absoluta de comer la carne de Jesucristo, para tener en nosotros la vida de que trata; tal se deduce del énfasis y aseveración

1 S. Joan. VI, 54, 55.

con que fueron dichas, y de compararlas con aquellas otras del mismo Jesucristo: «Si no hiciéseis penitencia, todos pereceréis» [1]; en las que ciertamente significó la necesidad absoluta de la penitencia para el perdón de los pecados. Mas no es necesario con necesidad absoluta ó de medio comer la carne de Cristo para obtener la vida de la gracia santificante; porque ésta se obtiene por otros sacramentos; luego la vida de que habla Jesucristo, y para obtener la cual es necesario comer su carne, no es la vida de la gracia, y sí el mismo Jesucristo, á quien, únicamente comiéndole en la Eucaristía, tenemos en nosotros y con nosotros, y quien, repetidas veces, de sí mismo dijo que era vida. En esto convenimos con Sto. Tomás, quien, exponiendo las palabras citadas, escribe: «dice Cristo vida eterna, y ésto, porque el que come este pan, tiene en sí á Cristo, que es verdadero Dios y vida eterna» [2]; lo mismo afirma Maldonado [3], y mejor que todos lo explica el mismo Jesucristo, quien á renglón seguido de las palabras citadas, continúa diciendo: «Pues mi carne es verdaderamente comida..... quien come mi carne..... permanece en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre, que vive y yo vivo por mi Padre: y el que me come, vivirá por mí» [4].

Resulta, pues, que según las enseñanzas divinas, Cristo permanece en quien come su carne, y éste en él, para que viva de la misma vida del Verbo divino, hecho carne. Ahora bien, dos cosas que mútuamente están y permanecen la una en la otra, y que viven de una misma vida, tienen que estar unidas hipostática é informativamente, ó con la unión más íntima posible después de éstas; ésto dicta la razón y enseña la experiencia.

1 S. Luc. XIII, 3.
2 In cap. VI, Joan.
3 In cap. VI, Joan.
4 S. Joan. cap. VI, 56, 57, 58.

No pudiendo unirnos á Cristo, comiendo su carne, con unión hipostática é informativa, tiene que ser con la más íntima después de éstas. Y ésto significó claramante, al semejar el vivir del que come su carne por él, al vivir de él por su Padre; pues sabido es que Cristo, en cuanto Dios, vive por la unidad de esencia con el Padre, y, en cuanto hombre, por la unión de la naturaleza humana con la persona divina. Esta interpretación es del Angélico Doctor, quien, comentando el pasaje citado, dice «así como Cristo recibía la vida espiritual por la unión con Dios, así también nosotros la recibimos en la comunión del sacramento..... El que se une á Cristo, tiene vida. Y prueba esto con esta semejanza, que es tal: El Hijo, por la unidad, que tiene con el Padre, recibe vida del Padre; luego, el que se une á Cristo, recibe vida de Cristo; y esto es lo que significó diciendo, así como me envió mi Padre.....» [1].

Como el Doctor Angélico las interpreta Maldonado: «Pues la misma vida (dice) sempiterna y divina, que Dios tiene por su naturaleza, Cristo, como hombre, la tiene por la unión hipostática con la divinidad..... pero nosotros la tenemos por esta unión, por la que, tomado el cuerpo y sangre de Cristo, nos hacemos una cosa con él» [2].

Conforme con esta doctrina el Cardenal Toledo escribe: «Es como si dijera Cristo: Así como yo, que soy Hijo de Dios, viviendo la misma vida que el Padre, sin embargo, hecho hombre, doy la vida como Dios á mi humanidad por la unión, así por mi carne daré la vida al que me come; porque se une y junta á mí» [3].

Orando Cristo, nuestro bien, después de la última cena; pidiendo á su eterno Padre que sus apóstoles y los que en él

1 In. cap. VI, Joan.

2 In. Joan VI, 57.

3 In Joan VI.

hubieran de creer, estuviesen unidos, dice: «Que todos sean una misma cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en tí, para que y ellos sean una misma cosa en nosotros» [1].

Es indudable que la unión, que Cristo quiere que sus discípulos tengan entre sí, y con él y su Padre, es la mayor posible; ya porque dice que sean una misma cosa, como lo son ellos; ya porque, según luego veremos, quiere que sean consumados en la unidad. Y ¿cuál es el vínculo que tan íntimamente les ha de unir? es el mismo Cristo; pues, continúa diciendo: «Y yo les he dado la claridad, que me diste; para que sean una misma cosa, como los somos nosotros. Yo en ellos, y tú en mí: á fin de que sean consumados en la unidad» [2]. En estas palabras expresa Jesucristo el vínculo, que había de unir á sus discípulos entre sí y su eterno Padre, y que era él mismo, el estar él en sus discípulos mediante la claridad, que les había dado. Pues se vale del axioma y principio tan conocido y verdadero, «cosas iguales á una tercera son iguales entre sí»; porque, explicando rectamente las palabras de Jesucristo, vienen á decir: les he dado la claridad, que me diste, y, mediante ésta, estoy unido á ellos, y como tu Padre, lo estás á mí, resulta que ellos lo estarán entre sí y con nosotros. Y ¿cuándo dió á sus Apóstoles su claridad? no fué cuando dijo «tomad y comed, este es mi cuerpo»; sí, y sólo comiéndole en la Eucaristía, está en nosotros y nosotros en él.

Por eso S. Hilario, fundándose en el pasaje referido, afirma que, comiendo la carne del Cordero sin mancha, nos unimos á él, no por concordia de voluntad, sinó por verdad de naturaleza, y deduce contra Arrio de esta unión de Cristo, con quien come su carne, la unidad de esencia entre

1 S. Joan. XVII, 21.

2 S. Joan XVII, 22 y 23.

Cristo y su eterno Padre [1]. Á esta unión tan íntima aludía el Apóstol, cuando dijo: «vivo yo, más no yo, sinó que vive Cristo en mí» [2]. Comentando estas palabras, escribe el Angélico Doctor. «Aquellas cosas se dicen propiamente que viven, que son unidas por un principio intrínseco. El alma, pues, de Pablo estaba constituída entre Dios y el cuerpo; y el cuerpo era vivificado y movido por el alma de Pablo; pero el alma de éste por Cristo. Luego, en cuanto á la vida de la carne, vivía Pablo..... pero, en cuanto decía relación á Dios, Cristo vivía en Pablo» [3].

1 Libro octavo de Trinitate.

2 A los de Galacia, cap. II, 20.

3 In Galatas, cap. II, lect. VI.

CAPITULO X

Confírmase la misma doctrina con otros varios testimonios de SS. Padres y teólogos.

San Dionisio á la unión, efecto de la Eucaristía, la llama unión altísima y divina [1]; y S. Cirilo escribe: «Digamos necesariamente que Cristo, por la unidad sustancial que tiene con el Padre, quiso que de una manera semejante, cuanto es permitido á nuestra naturaleza, nos uniésemos entre nosotros en la unidad de la Trinidad consustancial» [2]. Santo Tomás afirma que, cuando se dá Cristo en comida, se dá, no para separación, sino para omnímoda unión [3]; y Taulero dice: «Esta comida vital se une con el hombre de una manera admirable, y trae á sí al mismo y le trasforma en sí; de tal modo, que no se puede pensar *unión más íntima*, ni *trasformación más verdadera y perfecta*; puesto que el alma se une aquí á Dios de una manera más verdadera que una gota de agua infundida en una gran vasija se muda en vino» [4]. Según S. Agustín, quien está en el cuerpo de Cristo, vive del espíritu de Cristo, y, quien come la carne de Cristo,

1 De eccles. hierar., cap. III.

2 Libro XI, in Joanem, cap. XXVI.

3 Opusc. 58 del Sacra., cap V.

4 In sermón 3. in festo Sacram.

está en el cuerpo de Cristo [1]: Luego, según el gran Obispo de Hipona, quien come la carne de Cristo, vive del espíritu de Cristo; pero, para que una cosa viva del espíritu de otra, tiene que estar realmente unida á ésta. Por eso S. Hilario llama unión perfecta á la producida por la Eucaristía; dice, pues, «que estamos en Cristo por el sacramento de la carne y sangre, él mismo lo testificó, diciendo: y este mundo ya no me vé, más vosotros me veréis; porque yo vivo y vosotros vivís; porque yo en mi Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros. Que *esta unidad es natural* en nosotros, él mismo lo confirmó, diciendo: quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él..... Ya antes había enseñado el modo misterioso *de esta unión perfecta* diciendo: Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por el Padre; así el que come mi carne, vivirá por mí. Vive, pues, por el Padre; y como vive por el Padre, de la misma manera viviremos por la carne de él» [2]. Como S. Hilario opina el Crisóstomo, expresándose casi en los mismos términos [3].

El sapientísimo Salmerón, interpretando las tan repetidas palabras de Cristo, «permanece en mí y yo en él», escribe: «Y yo en él por el espíritu, que yo doy: por tanto me hago su huésped. Y porque las acciones son ó proceden del espíritu de Cristo, y Cristo vive en él, se dice que el hombre vive por esta comida»; y explicando aquellas otras, «él vive por mí», continúa diciendo: «el que me come, vivirá por mí, porque recibirá en sí á mí, que soy vida en cuanto Dios, y vivificador, ó que tengo carne vivificatriz, en cuanto hombre; y por tanto, tendrá vida eterna y divina..... Por eso había dicho antes: así como me envió mi Padre, que vive y yo vivo por el Padre. De donde la unión del Padre, que

1 In can. Christus panes est, 57 de consec., dist. 2.

2 Lib. VIII de Trinit. hacia el medio.

3 Homil. 46, in Joan.

vive, es causa de que él, enviado, esto es, hecho hombre, viva por el Padre: así como en la partícula siguiente significa que el comerle es causa de que alguno viva por él... Ilustremos esto con un ejemplo: Así como el acebuche, ingerido en una buena oliva, se nutre del mismo jugo, ó sávia vital que la oliva, y puede decirse que vive olivarmente; así vosotros, *ingeridos* á mí por la comida espiritual en el sacramento, viviréis la misma vida, que yo vivo y se dirá que tenéis vida por mí» [1]. Y el mismo sabio jesuita, en uno de sus sermones, dice «que la Eucaristía es como cierta imagen de la unión hipostática» [2].

«Indicio sobre manera grande de caridad, exclama el Doctor Gabriel Biel, cuando aquella suma magestad unió á sí en unidad personal nuestra flaqueza humana. Pero unió á sí no la mía ni la tuya, sinó cierta purísima, tomada de la Virgen. Parece ser algo mayor, cuando en esta comida (Eucaristía) saludable se digna *intimarse* á mí y á tí, aunque inmundo y pecador..... y *trasformar* en si á cualquiera de nosotros» [3].

Esto mismo enseña el Doctor Miguel Bibien: «El Hijo de Dios, dice, no debió unirse personalmente á cada una de las humanidades; en la Encarnación tomó la humanidad, á la que nos unimos en el sacramento *con unión tan perfecta que imita la indisolubilidad*, ya de la humanidad de Cristo con el Verbo divino, ya la del Hijo con el Padre eterno en la Trinidad» [4]. Tan perfecta, dice Bibien, que es la unión con Cristo, efecto de la Eucaristia, que imita á la unidad ó unión de la humanidad de Cristo con la divinidad, y á la del Hijo con el Padre; mas esto no sería verdad, si aquella no fuera real y lo más intima posible.

1 In Evang. historicum, tom. VIII; tract. 26.

2 De serm. in Coena, tract. 21, tom. 9.

3 Serm. 1.° in Coena Domini.

4 In suo Tertuliano praedicante, tom. 1.° conc. V, de Euchar., § Dei filius.

Finalmente, el Concilio de Trento, hablando del efecto de la Eucaristía, afirma que Cristo «quiso además que este sacramento se tomase como comida espiritual de las almas, con el cual se alimentan y confortan viviendo por la vida de aquél, que dijo; El que me come, él vivirá también por mí» [1]. Y ya hemos dicho que, para vivir de la vida de otro, es necesario estar unido realmente á él.

1 Ses. 13, cap. 2.º

CAPITULO XI

Trúebase la misma doctrina con varias razones teológicas

Según ya hemos visto, Cristo dijo que su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida; por lo que los SS. Padres y teólogos con el Concilio de Trento, enseñan que la Eucaristía es un verdadero convite. Con esto significan que el cuerpo de Jesucristo produce en nuestras almas, lo que el alimento material en nuestros cuerpos. Doctrina que el concilio de Florencia enseña en palabras terminantes: «y todo efecto, dice, que el alimento y comida material obran en cuanto á la vida corporal, eso mismo obra el sacramento (Eucaristía) en cuanto á la vida espiritual» [1]. Por eso eligió Cristo, como materia del sacramento de amor, el pan y el vino. Ahora bien; el alimento material, para producir sus efectos, tiene que unirse realmente con el que le toma, y ser animado y vivificado por el alma de éste; por tanto, entre Cristo y quien le recibe dignamente, ha de haber una unión parecida, sino tan íntima, por lo menos real.

San Agustín [2], Sto, Tomás [3] y el Doctor Seráfico [4] con-

1 In decret. Eugenii.

2 Lib. 7, Confess.

3 Opusc. 58, cap. 20.

4 In quarto Lib. Distinct. IV, art. 1.°, quest. 2.ª

firman esto mismo, señalando la diferencia de que en la comida eucarística sucede lo contrario que en la material. Esta, dicen, se trasforma en el comedente; pero aquella trasforma á éste en sí, esto es, en Cristo, por ser éste infinitamente más digno y causa más perfecta y activa que el hombre.

Si la unión, que produce la Eucaristía, no fuera real y sí únicamente mística, en cuanto que produjera en nosotros la gracia ó aumento de ésta, resultaría que el principal de los sacramentos, y que es como el foco, en expresión del Angélico Doctor, *do convergen* todos los demás, no tendría ó conferiría gracia sacramental propia, ni se distinguiría específicamente de los otros sacramentos, según ya probamos. Y no solo ésto, seguiríase además, el absurdo de que el sacramento, en quien reside esencial y personalmente el autor de todos ellos, tendría menos virtud, sería de menor eficacia que los otros sacramentos; toda vez que éstos, á más de la gracia santificante ó aumento de ésta, producen otra, que es propia y peculiar de cada uno de ellos, y que es la llamada sacramental.

No se ocultaron estos inconvenientes á la clarísima inteligencia del Angel de las Escuelas; por eso dejó escrito; "Mas la razón de por qué conviene que el mismo Cristo esté contenido en este sacramento (Eucaristía)..... es, porque Cristo *no se uniría á nosotros tan perfectamente*, si sólo tuviéramos aquellos sacramentos, en los que Cristo se une á nosotros por virtud participada en aquellos sacramentos. Y, por tanto, conviene que haya algún sacramento, en el que esté contenido Cristo, no participativamente, sinó por su esencia, para que *la unión* de la cabeza con los miembros *sea perfecta*» [1].

La sabiduría eterna del Padre nada hizo supérfluo, según el axioma teológico, que Dios, así como no falta en lo

1 In 4.º Distinct 10; art. 1.º

necesario, no abunda en lo supérfluo; y supérflua hubiera sido, en cierto modo, la recepción del sacramento de la Eucaristía, si en ésta sólo se nos confiriese la gracia santificante ó aumento de ésta, cosa que podemos conseguir mediante los otros sacramentos

Finalmente, que Cristo vive y obra en quien comulga con las disposiciones debidas, se vé esperimentalmente en aquellas almas, que con frecuencia se acercan dispuestas ordenadamente á la sagrada mesa, quienes, por lo heróico de sus virtudes, más parecen almas divinas que humanas, y en quienes como que se refleja el mismo Jesucristo, á la manera que en la humanidad de éste se reflejaba su divinidad.

Terminaremos este capítulo consignando una de las diferencias, que nos separa del Cardenal Cienfuegos.

Este Eminentísimo Purpurado, en su obra «Vita abscondita», y según ya vimos al exponer su doctrina, sostiene que es necesario acercarse á la sagrada mesa con disposiciones extraordinarias y con virtudes heróicas, para que la Eucaristía produzca en nosotros la unión real con Cristo [1].

En ésto no estamos, ni podemos estar conformes con el Eminentísimo Cardenal; antes por el contrario afirmamos y sostenemos que, para que el sacramento de amor produzca dicho efecto, basta recibirle en estado de gracia santificante, aunque sea en su ínfimo grado. Es más, no tememos afirmar que la Eucaristía produce su efecto en todos aquellos, en quienes, según los teólogos dicho sacramento produce la primera gracia, ó sea, la santificante. Sostenemos esto, fundados en las razones siguientes; y que, en nuestro leal entender, son solidísimas y fuertes.

Es doctrina admitida por todos los teólogos, incluso el mismo Cienfuegos, y apoyada por la Iglesia, que todo

1 Disp. VIII, sec. II, § 1.°, n.° 26.

sacramento produce su efecto, recibido con las disposiciones ordinarias, ó con la última necesaria: es también cierto que, para recibir dignamente la Eucaristía, basta estar en gracia, aunque sea en su ínfimo grado; luego es cierto, ciertísimo que, si el efecto del sacramento de amor, como afirma Cienfuegos y nosotros con él, es unir realmente con Cristo, debe de producir dicho efecto en todos aquellos, que le reciben en gracia santificante, aun en su ínfimo grado, y por tanto, que no son necesarias disposiciones extraordinarias, ni virtudes heróicas.

Hemos dicho que también produce la unión real en aquellos que, sin estar en gracia, se acercan á la sagrada Eucaristía en aquellas condiciones, en que, según los teólogos, los sacramentos, llamados de vivos producen la primera gracia, ó sea, la santificante. La razón de ésto también nos parece demasiado clara, puesto que tiene los mismos fundamentos que la anterior.

Lo que sí hay, y conviene tener muy presente, es que la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, admite grados; será tanto mayor é íntima, cuanto mayores sean las disposiciones, con que uno se acerque á la sagrada mesa; cuanto más encendida esté su alma en amor de Dios; no de otro modo que dos trozos de cera, tanto más se unen y mezclan entre sí, cuanto más líquidos estén. Pues, estando el Sacratísimo Corazón de Jesús abrasado en amor hacia nosotros, si el nuestro lo está á la vez en el de Jesucristo, es indudable que estos dos corazones se refundirán, por decirlo así, en uno, al encontrarse en el sacramento de amor.

Llegados aquí, permítase un desahogo á nuestro corazón. ¡Oh hombres, que os desvivis por adquirir honras, dignidades, riquezas y placeres! ¿Cómo es que los buscáis en donde jamás los encontraréis? Venid, venid y comed el pan celestial; venid y comed al que es rey de reyes, y señor de los que dominan; al que es la alegría de los ángeles, y

comiéndole os transformaréis en él, y adquiriréis y poseeréis cuanto amáis y deseáis.

Gracias, amorosísimo Jesús de mi vida, gracias mil por tanta fineza de amor. ¿Qué es el hombre para que así lo ensalcéis? ¡Oh con cuanta verdad pueden exclamar tus hijos, tus siervos: No hay pueblo, no hay nación tan grande que tenga dioses que se aproximen á ella, como nuestro amadísimo Jesús se aproxima á su pueblo, á su Iglesia, haciéndose una misma cosa con ella en la Eucaristía! ¿Y qué te daremos, Jesús mío, en recompensa de tan grande don? ¿Qué? Pues, lo que Vos mismo nos pedís, cuando dijisteis: Venid á mí todos los que os halláis, atribulados y afligidos y yo os fortificaré. Me acercaré, sí, á vuestra sagrada mesa y os comeré con las mejores disposiciones, cuantas veces pueda. Pero, para conseguir esto, necesito de vuestro auxilio, que os pido y suplico por la intercesión de mi Madre y vuestra Madre la Virgen Santísima, á quien hicisteis digna habitación vuestra.

CAPÍTULO XII

La unión real entre Cristo y quien le recibe dignamente, es de suyo estable y permanente hasta en la otra vida

REPETIDAS veces y de varios modos enseñó Cristo esta doctrina; lo anuncia ya en las palabras con que principió el sermón eucarístico: «procurad, dijo, no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará» [1]. Pero el alimento, que nos había de dar, era su propia carne, pues continúa diciendo: «y el pan que yo daré, es mi carne..... Pues mi carne es verdaderamente comida» [2]. ¿Será necesario exponer estas palabras tan claras y terminantes para ver que en ellas prometió Cristo permanecer hasta en la eternidad en quien le comiera? No, y tratar de explicarlas sería oscurecerlas; bastará repetirlas, «procurad, no el alimento, que perece, sino el que permanece hasta en la vida eterna y que el Hijo del hombre os dará; y el pan que os daré, es mi carne, pues mi carne es verdaderamente comida»

Previendo Cristo, como sabiduría eterna, que muchos difícilmente creerían una verdad, tan grande y consoladora, por parecerles imposible, insiste de nuevo, diciendo con aseveración «en verdad, en verdad os digo que si no comiéreis

1 S. Joan VI, 27.
2 S. Joan VI, 35, 52 y 56.

la carne del Hijo del hombre..... no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, tiene la vida eterna» [1]. Y ¿por cuánto tiempo tendrá en sí la vida eterna, quien come la carne del Hijo del hombre? ¿Será por breves instantes, por algunos días, meses ó años? ¿Quién será capaz de poner plazo á dicha estancia, cuando no lo puso la misma sabiduría eterna, hemos dicho mal, cuando ésta dice que permanecerá hasta en la eternidad?

¿Pero, á qué reflexiones y discursos? Continuemos escuchando al que tiene palabras de sabiduría eterna: «El que come mi carne, dice, permanece en mí y yo en él» [2]. ¿Y sería esto verdad, si corrompidas las especies sacramentales, desapareciese Cristo y no continuase permanentemente en nosotros á no haber cometido pecado mortal? De ninguna manera. Y para que nadie pudiera dar á sus palabras otro sentido y remover toda cavilación y tergiversación, insiste de nuevo y continúa diciendo: «Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por el Padre; así el que me come, él vivirá por mí» [3]. Ahora bien, Cristo, en cuanto Dios, vivía por la unidad de esencia con el Padre: y, en cuanto hombre, por la unión estable é indisoluble de aquella humanidad sacratísima con la persona del Verbo; luego, si ha de proceder la comparación, estable y permanente ha de ser la suya con quien le recibe en el sacramento. Por otra parte, diciendo Cristo que el que come su carne vivirá por él, es indudable que significó viviría mientras el hombre no matase en sí esta vida, ó por lo menos que había de vivir por él siquiera algunos momentos, y fuerza es confesar que en estos momentos Cristo y quien le come están unidos, y una vez unidos, ¿quién romperá esta unión? ¿Cristo? imposible; toda vez

1 S. Joan VI, 54 y 55.
2 S. Joan. VI, 57.
3 S. Joan. VI, 58.

que sus delicias son estar con los hijos de los hombres, y que de su parte jamás abandonó lo que una vez tomó. ¿Se romperá dicha unión con la corrupción de las especies sacramentales? tampoco; porque éstas no son más que el vehículo de que se sirve el Hijo del Altísimo para venir y unirse á nosotros. El hombre y solo el hombre es quien la rompe por el pecado mortal.

En suma, para que yo viva por Cristo, es necesario que esté en mí todo el tiempo que haya de vivir por él; como necesario es que mi alma esté en el cuerpo, mientras éste haya de vivir: y como quiera que Jesucristo afirma en absoluto que quien come su carne, vivirá por él, y á más de esto enseña que el pan que nos había de dar permanecería hasta la vida eterna, y que este pan era su carne, dedúcese clara y terminantemente que permanece en quien le recibe con las disposiciones debidas de una manera estable y duradera hasta en la otra vida.

Esto significó, cuando, según ya dijimos, pidiendo á su eterno Padre que sus discípulos estuvieran unidos con ellos y entre sí, alegaba, como razón, el estar él en sus discípulos, en virtud de haber comido su carne; dando á entender con esto que el vínculo que les había de mantener unidos, era el mismo. Más, al pedir que sus discípulos fueran una misma cosa, es indudable que pedía que lo fueran siempre, en el tiempo y en la eternidad. Por tanto el vínculo que los unía, tenía que ser también estable y permanente; de lo contrario Cristo hubiera pedido un efecto sin causa; esto es una unión estable y permanente sin serlo el vínculo que había de mantener unidas las partes.

Todos convienen en que está expresa la permanencia de la Santísima Trinidad en el justo duradera hasta en la otra vida en estas palabras de Jesucristo «Si alguno me ama,

guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansión en él»[1]. El mismo sentido tienen las palabras del discípulo amado «Quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él» [2]; luego también deben de significar permanencia de suyo estable las de Jesucristo «Quien come mi carne, permanece en mí y yo en él»; pues la razón es la misma.

Finalmente, otro de los efectos de comer la carne de Cristo es el ser resucitado, por él mismo: «Quien come mi carne, dijo, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» [3], significando que la razón y modo de resucitar al que comiera su carne, era distinto de la de los demás. Pues de otro modo pudiera objetársele ¿qué mucho que resucites al que comió tu carne, cuando has prometido resucitar á todos los muertos, cuando dijiste «vendrá la hora en que todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios, y resucitarán» [4]. Y en qué estará la diferencia? En nuestro leal entender estará, en que á los que no comieron su carne, ó que habiéndola comido, pecaron después mortalmente y murieron sin haber vuelto á comulgar, los resucitará con el imperio de su voz, á la voz del ángel, como dice el Apóstol; mientras que á los que la comieron y no cometieron después pecado mortal, los resucitará él mismo en persona, y no con su voz, sino obrando inmediatamente en los cuerpos de aquellos, en cuanto que, estando unido á sus almas, al unirse éstas con sus cuerpos, éstos á la vez se unen con Cristo y los vivifica.

Por esta razón el Angélico Doctor, con S. Agustín, exponiendo las palabras citadas «quien come mi carne, yo le

1. S. Joan. XIV, 23.
2. S. Joan. Epis. I. cap. IV, 16.
3. S. Joan. VI, 55.
4. S. Joan. V, 28.

resucitaré», dice: «El Verbo resucita á las almas; pero el Verbo, hecho carne, resucita á los cuerpos [1]. Y S. Ireneo «Nuestros cuerpos, dice, comiendo la Eucaristía, ya no son corruptibles, teniendo la esperanza de la resurrección» [2], y S. Ignacio, mártir, llama á la Eucaristía medicina de la inmortalidad [3].

1. In Joan. Lect. 7.ª
2. Lib. IV adversus hereses. cap. 34
3. Eps. 14 ad Ephesios.

CAPITULO XIII

Pruébase la misma doctrina con testimonios de los SS. Padres y teólogos escolásticos

El águila de Hipona, señalando la diferencia de recibir la Eucaristía en estado de gracia ó en pecado mortal, escribe «Por tanto, esto es comer aquella comida y beber aquella bebida, permanecer en Cristo, y tener á éste *permanente* en sí. Y por esto, quien no permanece en Cristo y en quien Cristo no permanece, sin duda alguna, ni come espiritualmente la carne de éste, ni bebe su sangre» [1]. Y en otro lugar insistiendo, sobre el mismo punto, dice: Expuso, Cristo, el modo de tal atribución y de su don, como daría á comer su carne, diciendo quien come mi carne... permanece en mí y yo en él. La señal de haber comido, esta es: si *permanece* y es permanecido; *si habita* y es habitado; *si está adherido para no ser abandonado.* Por tanto, esto nos enseñó con místicas palalabras, para que estemos en su cuerpo bajo la misma cabeza, en sus miembros, comiendo su carne, no abandonando su unidad» [2].

1. Trat. 26 in Joan.
2. Trat. 27 in Joan.

Son terminantes las palabras de S. Agustín y expresan claramente la unión real y de suyo estable de Cristo con quien dignamente come su carne.

«Si pues, escribe S. Hilario, verdaderamente el Verbo se hizo carne, y nosotros verdaderamente comemos al Verbo, carne, en la comida dominical, ¿Cómo no se ha de tener por verdad que *permanece* naturalmente en nosotros?.... Por tanto, todo el que ha de negar que el Padre está naturalmente en Cristo, niegue primero que él está naturalmente en Cristo, ó Cristo en él... Cuan natural sea en nosotros esta unión, él mismo lo testificó diciendo, el que come mi carne..., permanece en mi y yo en él: no estará, pues, en él, sino aquel en quien él esté, teniendo unida en sí la carne del que haya comido la suya» [1]. S. Cirilo de Alejandría, después de ponderar la unión de dos trozos de cera derretidos y mezclados entre sí, concluye, diciendo: «del mismo modo, el que recibe la carne y sangre del Señor, se une con él de tal manera, que Cristo se encuentra en él, y él en Cristo» [2].

«Esta mesa, dice el Crisóstomo, es fortaleza del alma y vínculo de confianza: por tanto, si sales de esta vida mortal, confortado con esta comida, con gran confianza subirás al aula celeste..... Llevas, pues, contigo al mismo Señor de los cielos, á cuya vista los ángeles te acompañarán y te conducirán al trono de éste» [3]. Según el Crisóstomo, el que sale de esta vida, confortado con el pan eucarístico, lleva consigo al Señor de los cielos; ó sea á Jesucristo; luego, según él, la unión, efecto del sacramento de amor, persevera aún en la otra vida; y, como allí no se ha de romper, dedúcese que de suyo es estable, permanente y perpétua.

Después de los SS. Padres, enseñaron con no menos claridad la misma doctrina los teólogos escolásticos, y entre

1. Lib. VIII de Trint.
2. Lib. IV in Joan cap. XVII.
3. Hom. 24 in I ad Corhi.

ellos, el príncipe de los escuelas, Sto. Tomás. Hablando en persona del mismo Jesucristo, dice; «El que come mi carne, se une á mí; es así que el que se une á mí, tiene la vida eterna; luego el que come mi carne, tiene la vida eterna» [1]. Según este clarísimo y concluyente silogismo del Doctor Angélico, el tener la vida eterna, quien come la carne de Cristo, nace de la unión con éste; luego ésta ha de durar tanto, cuanto dure en aquel la vida eterna, y siendo ésta estable y perpétua, perpétua y estable tiene que ser la unión con Cristo.

Este silogismo, que acabamos de hacer, es del mismo Sto. Tomás, quien exponiendo las palabras «vivirá eternamente», escribe: «Dice vida eterna, y esto, porque el que come este pan, tiene en sí á Cristo, que es verdadero Dios, y vida eterna... El que come este pan, vivirá en mí y yo en él; pero yo soy la vida eterna; luego el que come este pan, como debe, vivirá eternamente» [2]. Pero ¿á qué raciocinios, para demostrar que tal sea la doctrina del Angélico Doctor, cuando él terminantemente lo dice? Oigámosle: «así como *permanece siempre en nosotros* la causa de la salud eterna; así aquél efecto de la manducación» [3].

Esta doctrina la aprendió, sin duda, de su Maestro, el Gran Alberto, quien, exponiendo las mismas palabras de Cristo, «quien come este pan», escribe: «Como si dijera, vivirá eternamente, cuanto depende del efecto del pan comido; porque él vivifica eternamente» [4]; y en otro lugar dice que, quien come la carne de Cristo, se une á este con unión indisoluble [5].

1. In cap. VI Joan. vers. 57.
2. In cap. VI Joan.
3. Opusc. 58 cap. XIV.
4. In. cap. VI Joan Anotat. ad vers. 59.
5. De Euchart. dist. III, tit I, cap. IV n°. 5. tom 21.

Mucho antes había enseñado ya esta misma doctrina S. Pascasio «Dios, dice, es la verdad, y Cristo es la verdad, porque es Dios. Por tanto, oh hombre, si es la verdad, crée que la carne y sangre de Cristo es vida: y por eso la verdad protesta· el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene en sí vida permanente: permanente en verdad, no transeunte» [1]. Y S. Lorenzo Justiniano afirma que comiendo el cuerpo de Jesucristo tenemos con él un corazón, coligado inseparablemente [2]. Por último, el Venerable Padre La Puente, parodiando al Apóstol, escribe «¿y quién hará división entre el manjar y el que le come, después que de los dos se ha hecho uno? Pues, si Cristo en la comunión me ha hecho uno consigo, ¿quién hará división entre los dos?» [3].

1. Lib. de Corp. et Sang. Dom. cap. 19.
2. Lib. Recomend. div. amoris.
3. Perfec. del cristiano trat 4.° cap. VII § 3.°.

CAPITULO XIV

Trúbase que la unión real con Cristo, efecto de la Eucaristía, es de suyo estable y perpétua, con varias razones teológicas, y resolviendo algunas dificultades.

La gracia sacramental de los otros sacramentos es de suyo estable, permanente; y si esto es verdad y doctrina corriente y admitida por SS. Padres y teólogos ¿no lo ha de ser respecto de la gracia sacramental de la Eucaristía: para cuya institución, como que agotó Cristo todo su poder y sabiduría infinita, suspendiendo y derogando las leyes que rigen y gobiernan al universo mundo? ¿Había de obrar tantas maravillas, el compendio de todas ellas, para producir un efecto transitorio y de pocos momentos? ¿Y el que es el sacramento de los sacramentos, el centro á do todos los demás convergen, y en quien reside esencial y personalmente el autor de éstos, había de producir un efecto efímero y transitorio, cuando todos los demás le producen estable y permanente? No, y mil veces no. Y tanto más debemos de creer esto, cuanto que el mismo Cristo, de modos varios y con él muchos SS. Padres y teólogos, enseñan y afirman que el efecto del sacramento de

amor había de durar hasta la vida eterna; cosa que no dijeron tan terminantemente de los otros sacramentos,

Estos no son otra cosa, que los medios é instrumentos de que Cristo se sirvió, para comunicarnos dones y gracias en múltiples formas; ahora bien, es evidente que, aunque se destruya ó perezca el instrumento de que uno se sirvió para producir un efecto, éste no se destruye ó perece: así, aunque se destruye el pincel, la imagen, con él trazada en el lienzo por el hábil pintor, continúa. Del mismo modo los sacramentos pasan, pero su efecto permanece. Y esto, que decimos de los sacramentos en general, es más aplicable al de la Eucaristía. Las especies sacramentales no son más que el vehículo que Cristo eligió, para venir á nuestra morada, á nuestro pecho; por tanto, aunque aquellas se destruyan, no por eso deja de permanecer Cristo en nosotros; como destruido el coche, en que uno se trasladó á la casa del amigo, no por esto deja de estar con éste.

Hemos demostrado que el efecto propio y principal de la Eucaristía es unir con Cristo, al que la recibe dignamente, con unión real, la mayor posible; ahora bien, cosas, que en esta forma están unidas, no se separan á no mediar otra fuerza ó causa que las divida. Unidos, pues, á Cristo ¿quién nos separará? Cristo? no, porque, según ya dijimos, sus delicias son estar con los hijos de los hombres, y jamás dejó lo que una vez tomó. Nos separará la tribulación, la angustia, el hambre, el peligro, la persecución, la espada? Nada, absolutamente nada nos puede separar; ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni criatura alguna podrá ya separarnos de Cristo, romper la unión que con él tenemos; solo el pecado mortal. Y es de advertir é importa no olvidarlo, que perdida ó rota la unión con Cristo por el pecado, no revive aunque uno se ponga otra vez en gracia de Dios; es necesario volver á comulgar para que se restaure.

Por lo demás que el efecto ó gracia sacramental de la Eucaristía es de suyo estable y permanente lo reconocen los teólogos; pues la división entre éstos no versa sobre este particular, y sí únicamente sobre la especie de unión que aquella produce.

A ésto podrá objetar alguno que, siendo estable y permanente la unión con Cristo, para que la comunión frecuente y aún diaria como recomienda el actual Pontífice, Pío X; bastará comulgar una sola vez y repetirla únicamente en el caso de haber cometido pecado mortal. Esta observación no tiene fuerza alguna, pues, de tenerla, iría también contra la frecuente recepción del sacramento de la Penitencia. La unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, admite grados, y se debilita y entibia por los pecados veniales, y por tanto es conveniente comulgar con frecuencia, para aumentarla y robustecerla. Y aun cuando fuera verdad, como quieren algunos, que la unión real no admite grados, lo que pudiera ser cierto en la unión natural, más no en la sobrenatural, de que tratamos, aún así sería útil comulgar con frecuencia, para conseguir otros muchos efectos, como son el aumento de gracia y de caridad, mayor fervor y fortaleza para vencer las tentaciones y aplacar los ardores de la carne, remisión de los pecados veniales, de la pena temporal debida por éstos y la de los mortales ya perdonados. Y como antídoto contra los defectos diarios y como sustento, que nos fortalezca para ejercitar las virtudes, para conservar y sustentar la vida de la gracia, recomienda el actual Pontífice, Pío X, no solo la comunión frecuente, sino diaria, como se pide en la oración por él aprobada. Por tanto, aunque Cristo permanezca en nosotros después de haber comulgado dignamente, comulguemos con frecuencia y, si puede ser todos los días, para aumentar en nosotros la vida de Jesucristo, á fin de que vivamos más y

más por él; como diariamente comemos, para sostener, robustecer y desarrollar la vida del cuerpo; comulguemos diariamente y más en estos tiempos de lucha y porque lo desea nuestro Santísimo Padre y lo recomienda, con lo que ha desvanecido ciertas preocupaciones, resabios, quizá del jansenismo.

Sea permanente, repondrá alguno, la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, mientras vivimos en esta tierra de peregrinación, en donde nos puede ser muy útil, más ¿para qué es necesaria en la otra vida, en donde cesó ya todo mérito y demérito, y donde el hombre ya no necesita de consuelos, favores y auxilios? Cierto que para nada de esto es necesaria en la otra vida la unión con Cristo, pero tiene otro objeto más grande y noble, cual es el aumento de gloria y bienaventuranza; pues, como demostraremos en la segunda parte, los que salen de esta vida unidos á Cristo, por esta unión tienen en el cielo una gloria, una aureola especialísima, que no tienen los que partieron de este mundo adornados con sola la gracia santificante.

El Eminentísimo Cardenal Cienfuegos en su obra, que tantas veces hemos citado, opina que la unión, efecto del sacramento, se suspende en las almas que van al purgatorio, volviendo á entablarse, cuando salen de este lugar. Pues no parece decoroso, dice, que Cristo esté presenciando las penas que él mismo impuso, y por carecer de objeto en el purgatorio dicha unión, toda vez que en él no pueden las almas representar á Cristo [1].

Estas razones, en que el Eminentísimo Purpurado funda su opinión, en nuestro leal entender, no tienen valor alguno, pues, de tenerle, se deduciría que se suspendía en dichas almas el estado de gracia santificante, mediante la que son imagen y semejanza de Dios, y la Santísima Trini-

1. Disp. 9, sect. I, § 1.°, n.° 6 y 7.

dad habita en ellas; porque sino es decoroso que Cristo presencie las penas que él impuso, tampoco lo será que las presencie la Santísima Trinidad. Y si en el purgatorio las almas no pueden representar á Cristo, ni ser su imagen, tampoco podrán representar á Dios, ni ser su semejanza.

Sobre no tener fuerza las razones alegadas por Cienfuegos, su opinión se presta á una gran dificultad, y es la siguiente: Si se suspende en el purgatorio la unión con Cristo, ¿en virtud de qué se restaura después? Por virtud del sacramento de la Eucaristía no será, porque su eficacia ya pasó; habrá, pues, que recurrir al poder y voluntad de Dios, y en este caso puede Cristo unirse con quien quiera y sin necesidad del sacramento; y no habremos de recurrir al poder extraordinario de Dios, sino cuando de otra manera no se puede explicar la cosa. El Eminentísimo Cardenal hace esfuerzos supremos por exponer el cómo se restaura dicha unión, según él, suspendida; pero que, en nuestro humilde juicio, no satisfacen, como puede verse en el lugar arriba citado. No se suspende, pues, en el purgatorio la unión real con Cristo; porque no es indecoroso, que éste presencie las penas que en aquél lugar padecen las almas, puesto que las presencia el mismo Dios, ni es indecoroso que las almas sufran en el purgatorio, pues no lo es que satisfagan á la justicia divina. Ni carece de objeto la unión con Cristo en las almas que están purgando, como no carece el que estén adornadas de la gracia santificante; porque, si de esta necesitan para ser glorificadas en el cielo, de aquella necesitan para ser coronadas de una aureola especial.

CAPÍTULO XV

¿La unión real y permanente, efecto de la Eucaristía, será con todo Jesucristo, esto es, con su cuerpo, alma y divinidad?

Llegamos al punto más importante y especial de la primera parte de este opúsculo. Que la unión, efecto de la Eucaristía, es real y permanente y con el alma de Jesucristo, según hemos visto, ha sido ya defendido por algunos; pero que sea con todo Jesucristo, no sabemos que se haya defendido en tratado alguno especial. Por esto proponemos la tésis en forma de pregunta; y por la misma razón nadie extrañará que cuidemos de reforzarla acumulando testimonios de Sagrada Escritura, SS. Padres y teólogos escolásticos; y muchos de los argumentos que aduciremos, son los mismos de que se sirven los teólogos para probar la real presencia y permanencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, haciendo sobre ellos el mismo raciocinio, lo que anotamos, para que mejor se vea la fuerza de las pruebas ó argumentos.

Recordarán nuestros lectores que de una manera indirecta queda probada nuestra tésis en los primeros capítulos,

al refutar las opiniones habidas sobre este particular, y allí prometimos hacerlo de una manera directa, lo que vamos á cumplir.

Para esto recordaremos en primer lugar el tan repetido pasage de S. Juan, en que Cristo dijo «quien come mi carne... permanece en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por mi Padre, así el que me come, vivirá por mí» [1]. No olvidemos y tengamos presente que es Cristo, quien esto dice, y que Cristo es Dios y hombre, y por tanto, al decir que permanecía en quien comiera su carne, y que éste viviría por él, significó su estancia y permanencia como hombre y como Dios, con su cuerpo, alma y divinidad.

De este mismo pasaje y raciocinio se sirven los teólogos, para probar la real presencia y permanencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía; oigamos al eximio Suárez «Pero hay que decir, escribe, que todo Jesucristo y toda su sustancia está en este sacramento (Eucaristía)... Es de fé, y primeramente puede deducirse de las palabras de Cristo..... quien me come, vivirá por mí; luego bajo las especies de pan está contenido y se come á todo Jesucristo; y del mismo modo hablan los Santos Padres, cuando tratan de este sacramento... Objetarás que también se dice que Cristo estuvo en el sepulcro, aunque allí no estaba la sangre, ni el alma. A esto se responde que las palabras no se han de considerar desnuda y abstractamente, sino según la intención de los que las hablan, y pensadas todas las circunstancias; y así consta que Cristo habló de sí mismo, viviente y perfecto Dios y hombre, cuando dijo, el que me come...» [2].

Estamos conformes; pero es el caso que el mismo Jesucristo vivo, Dios y hombre, en la misma ocasión, con el

1 S. Joan. VI, 57, 58.
2. In 3.am partem D. Thomae. q. LXXVI, art. II disp. LI, sect. 1.ª

mismo motivo y hablando á los mismos, no solo dijo, como hemos visto, *quien me come*, sino que añadió: *viva por mí y quien come mi carne, permanece en mí y yo en él*; luego, si el pronombre *me*, de quien me come, significa á todo Jesucristo, también lo han de significar el de *permanece en mí* y *yo en él* y el de *vivirá por mí*; pues no es posible que una misma palabra varíe de significado, tenga distintas acepciones, estando en una misma oración, ó en dos, de la que una es complemento de la otra, y habiendo sido dichas por uno mismo, en la misma ocasión, con igual motivo y circunstancias. Por tanto, si de haber dicho Cristo, *quien me come*, se deduce, como es verdad, que todo él con su cuerpo, alma y divinidad está y permanece en la Eucaristía, con la misma razón de haber dicho que permanece en quien come su carne y que éste vivirá por él, debe de deducirse que permanece todo él con su cuerpo, alma y divinidad en quien comulga dignamente.

Por esto, al tratar de su permanencia en nosotros, mediante sola la divinidad, dijo: «Si alguno me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos á él y haremos mansión en el» [1]. ¿Porqué esta diferencia de lenguaje? Porqué aquí dice que permanecerá con su Padre en quien le ame, y, al hablar de su mansión en quien come su carne, afirma que permanecerá él, sin hacer mención alguna del Padre? Sin duda alguna, porque en el primero está con permanencia que le es común con las otras divinas personas, ó sea, mediante la divinidad, mientras que en el segundo está de una manera propísima de él, ó sea, mediante su humanidad.

Significó esto mismo, cuando, después de haber comulgado sus Apóstoles en la última cena, dirigiéndose á su

1 S. Joan. XIV, 23.

eterno Padre, le dice: «Yo estoy en ellos y tu en mí» [1]. En estas palabras expresó Jesucristo una estancia propísima de él, y que no le era común con el Padre, pues de no ser así, mejor hubiera dicho—tú y yo estamos en ellos.—Y no se diga que ciertamente Cristo estaba en los Apóstoles con su cuerpo, pero que esto era mediante el sacramento, pues que aún no se habían corrompido las especies sacramentales; porque ya en otro lugar queda probado que, al decir Cristo —yo estoy en ellos;—habló de su estancia estable y perpetua.

Más claramente enseñó ésta su permanencia corporal, cuando dijo á las turbas, al principiar su sermón eucarístico: «Procurad, no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará» [2].

Oigamos bien: el alimento, la comida, que nos había de dar el Hijo del hombre, ó sea Jesucristo, permanece hasta en la vida eterna. Pero la comida que nos dió, fué su propia carne; «y el pan, dijo, que yo os daré, es mi carne... mi carne es verdaderamente comida» [3]. Luego la carne ó el cuerpo de Jesucristo, de suyo permanece hasta la eternidad en quien le come y, por concomitancia, su alma y divinidad.

En el tiernísimo sermón, que predicó á sus Apóstoles en la última cena, después de haberles dado su cuerpo, les dice: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» [4], que es como si dijera: así como los sarmientos, estando corporalmente unidos á la vid, reciben vida de ésta, así también vosotros, estando unidos á mi cuerpo, vivís por mí; por eso continúa diciendo: «el que permanece en mí y yo en él, este da mucho

1 S. Joan. XVII, 23.
2 S. Joan. VI, 27.
3 S. Joan. VI, 52 y 56.
4 S. Joan. XV, 5.

fruto» [1], aludiendo, sin duda, á lo que antes había dicho «quien come mi carne, permanece en mí y yo en él». Así interpretan varios SS. Padres estos pasajes.

S. Cirilo, refutando á Arrio, quien, abusando de las palabras referidas, quería inferir que Cristo no era consustancial con el Padre y sí inferior, escribe «porqué, pues, niega (Arrio) que nosotros somos llamados sarmientos según la carne ¿ó no puede convenientemente decirse que la humanidad de este (Cristo) es la vid y nosotros los sarmientos por la identidad de naturaleza? pues la vid y los sarmientos son de la misma naturaleza. Así, *ya espiritual, ya corporalmente*, nosotros somos sarmientos y *Cristo vid*» [2]. «Cristo, dice S. Hilario, tomó carne, para que nosotros, hombres, pudiéramos, como sarmientos, *ser ingeridos en aquella carne*, como á la vid» [3]. La vid y los sarmientos, afirma S. Ambrosio, son de la misma naturaleza. Por lo que, siendo Dios (el Verbo), de cuya naturaleza no somos, se hizo hombre, para que *fuese vid en la naturaleza humana*, de la que nosotros, hombres, pudiéramos ser sarmientos» [4].

Resulta, pues, que Jesucristo es la vid, y lo es en cuanto hombre, ó por razón de la naturaleza humana; toda vez que para eso se revistió de nuestra carne, según San Cirilo, S. Hilario y S. Ambrosio, y la razón de esto es, porque la vid y los sarmientos son de la misma naturaleza, y, por tanto, que, si Cristo ha de ser la vid y nosotros los sarmientos, es necesario que tengamos una misma naturaleza, mediante la que nos unamos. ¿Y qué naturaleza tenemos común con Cristo? no es la humana? luego, según dichos Santos Padres, nos unimos á la naturaleza humana de

1 S. Joan. XV, 5.
2 Lib. X in Joan., cap. XIII.
3 Libro IX de Trint.
4 Tract. 80, in Joan.

Cristo, ó sea, á su cuerpo y alma; como terminantemente lo afirma S. Cirilo, diciendo que no solo espiritual, sino corporalmente, nosotros somos sarmientos y Cristo vid, y San Hilario, afirmando que somos ingeridos en la carne de Cristo.

Y es de advertir que los testimonios de S. Cirilo, San Hilario y S. Ambrosio no tienen, ni pueden tener sentido místico, espiritual é hiperbólico. En dichos pasages ó testimonios se proponían refutar al impío Arrio, quien, según S. Cirilo en el lugar ya citado, refiriéndose á las palabras de Cristo: «Yo soy la vid», decía: «ni en verdad conviene esto racionalmente á la humanidad de Cristo: no fué, pues, llamada por él vid su carne, sino su deidad. Está claro, pues, porque nuestros cuerpos no dependen de la carne de Cristo, como los sarmientos de la vid. Ni el fruto de los Santos es corpóreo, sino mas bien espiritual. Luego la deidad del Hijo es la vid, de donde pendemos por la fe». Esto afirmaba Arrio; luego, sí, según el impío heresiarca, Cristo no es la vid según su carne, porque nuestros cuerpos no dependen de ésta; y sí según su divinidad, porque de ésta pendemos mediante la fé, es evidente que, cuando los Santos Padres, al refutarle, afirman que somos sarmientos y Cristo la vid, en cuanto á los cuerpos, y que nos ingerimos en la carne de Cristo, sus palabras tienen sentido literal y deben de entenderse como suenan; porque, de otro modo, lejos de refutar al impío heresiarca y de contrariar sus razones, convenían con él y confirmaban y ratificaban su argumento. Interpretar, pues, mística ó hiperbólicamente los testimonios de los referidos SS. Padres, sería, en expresión de Vázquez, hacer su argumento ilusorio y necio. Es, pues, evidente que la intención de S. Cirilo, S. Hilario y S. Ambrosio fué decir que realmente nos unimos é ingerimos al cuerpo de Cristo. ¿Y cuándo y cómo podemos ingerirnos á la carne de Cristo, para vivir de su vida, como el sarmiento

de la vid, sinó cuando le comemos en el Sacramento? «Quien me come, dijo, vivirá por mí».

El Apóstol, tratando de los efectos de la Eucaristía, escribe: «El cáliz de bendición, que bendecimos, ¿por ventura no es la comunión de la sangre de Cristo? y el pan, que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor? Porque uno es el pan, muchos somos un cuerpo, todos los que participamos del mismo pan» [1].

Según, pues, S. Pablo, todos los que comemos el pan de bendición, ó sea, la Eucaristía, somos un cuerpo, y lo somos precisamente porque comemos este pan, ó lo que es lo mismo, porque nos unimos todos en el cuerpo de Jesucristo.

Que nos unimos realmente á éste, y nos hacemos una carne con él, á semejanza de los casados, lo expresa terminantemente el Apóstol, cuando exhortando á éstos á que amen á sus esposas, les dice: «Pues nadie aborreció jamás á su propia carne, antes bien la sustenta y cuida; así como Cristo á la Iglesia: Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» [2]. Repetimos que en estas palabras enseña terminantemente el Apóstol que nos unimos realmente al cuerpo de Cristo y nos hacemos una carne con él; ya porque no se contenta con decir que somos miembros de su cuerpo, sino que recalca y añade, *y de su carne y de sus huesos*; ya porque esto lo alega como razón, de porque Cristo sustenta y cuida de su Iglesia, que es la misma por la que, según él, los casados deben de sustentar y cuidar de sus consortes, que es la de ser su propia carne; y de este modo procede el argumento de paridad y semejanza de que se sirve S. Pablo. Por esto afirma S. Agustín, según luego veremos, que, cuando el Apóstol dijo á continuación de las palabras citadas «serán dos en una carne», se refería principalmente á Cristo y su Iglesia.

1. I ad Corinth. X, 16 y 17.
2. ad Ephe. V, 29 y 30.

Pero, para hacernos una carne con Cristo y miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos, no conocemos, ni hay en la tierra otro medio que el de comerle en la Eucaristía. Por lo que Sto. Tomás, según ya vimos, afirmaba que, á más de los otros sacramentos, convenía que Cristo hubiera dejado uno, en que real y personalmente estuviera contenido, para que la unión de la cabeza con los miembros fuese perfecta.

CAPITULO XVI

Pruébase la unión real con el cuerpo de Jesucristo, efecto de la Eucaristía, con testimonios de SS. Padres.

San Agustín, tratando como el Apóstol, de la unión de Cristo y su Iglesia, dice: «En los miembros de Cristo, Cristo. Y para que conozcais que el mismo Cristo se dice cabeza y cuerpo suyo, él mismo dice, cuando se trata de este matrimonio: serán dos en una carne. Por tanto, ya no dos, sino una carne, pero quizá diga esto de cualquier matrimonio. Oye al Apóstol Pablo: y serán dos, dice, en una carne. Este sacramento es grande, yo digo en Cristo y en la Iglesia. Se hace, pues, como una sola persona de dos, de la cabeza y de los miembros, del esposo y de la esposa. Ensalza también la unidad admirable y excelente de esta persona Isaías, profeta, (capítulo LXI) pues hablando en él Cristo en profecía, dice: así como á esposo me ciñó la mitra, y como á esposa me adornó con ornamento; se llama esposo y esposa y ¿porqué él esposo y esposa, sinó porque dos en una misma carne?» [1].

1. In. Psalm. 30, concion. 1.ª

Según, pues, el Aguila de Hipona, Cristo y su Iglesia no solo son una carne, sino que constituyen como una sola persona. Dijimos, al terminar el capítulo anterior, que, según el mismo S. Agustín, cuando el Apóstol dijo «serán dos en una carne», se refería principalmente á Jesucristo y su Iglesia, y tal se ve en las palabras que acabamos de referir. Pues, al hacerse en estas la observación de que Jesucristo pudiera referirse á cualquier matrimonio, al decir serán dos en una carne, contesta: «oye al Apóstol, serán dos, dice, en una carne. Este sacramento es grande, yo digo en Cristo y su Iglesia»; en lo que bien significa que la mente del Apóstol fué referirse principalmente á Cristo y su Iglesia.

El mismo S. Agustín, según vimos en otro lugar, exponiendo las palabras del Verbo encarnado «yo soy pan vivo», dice: «háganse cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo no vive sino el cuerpo de Cristo..... ¿Quieres, por tanto, tú vivir del Espíritu de Cristo? Está en el cuerpo de Cristo» [1]. Los partidarios de la unión mística, y real, pero con sola el alma de Cristo, conociendo la fuerza que contra ellos tienen estas palabras de S. Agustín, afirman que no deben de entenderse literalmente; porque de lo contrario el Aguila de Hipona enseñaría el absurdo de que el cuerpo de Cristo estaba á la vez en muchos hombres; y, por eso, el mismo Santo Padre cuidó de decirnos que sus palabras tenían sentido místico, cuando escribe: «Mas el Apóstol dice y dice verdad: saber según la carne, es muerte. El Señor nos da su carne á comer: y saber según la carne es muerte: diciendo (Cristo) de su carne que allí está la vida eterna; no debemos, por tanto, entender la carne, según la carne» [2].

1. Tract. 26 in Joan. hacia el medio.
2. Tract. 27 in Joan.

En cuanto al absurdo, que dicen seguirse, ya queda probado que no es absolutamente imposible, que no envuelve contradicción alguna que un cuerpo esté á la vez en muchos lugares, y, por tanto, que el de Cristo esté en muchos hombres. Por lo que hace al testimonio, que citan, de S. Agustín, no tiene ni mucho menos el sentido que ellos le dan, y esto, por dos razones poderosísimas. Es la primera, que de entenderse como ellos quieren, entonces si que se seguiría ciertamente el absurdo de que el Aguila de Hipona enseñaba con los herejes sacramentarios, que, en el augusto Sacramento del Altar, no comíamos real y verdaderamente la carne de Jesucristo. La segunda razón es que el mismo S. Agustín explicó en qué sentido decía que no debía de entenderse la carne según la carne, esto es, que no había de comerse de una manera sangrienta, dividiéndola en trozos, como la carne de los animales. Y esto sí que cuidó de advertirlo; pues á continuación de las palabras, en que se apoyan nuestros contrarios, escribe: «El secreto de Dios nos debe de hacer atentos, no contrarios: más éstos (las turbas) luego faltaron, cuando el Señor, Jesucristo, habló tales cosas. No creyeron al que decía algo grande, y al que ocultaba alguna gracia en aquellas palabras: así entendieron á manera de hombres «que Jesús disponía dar á los que creían en él, *como partida la carne*, con que se había revestido el Verbo» [1]. Es, pues, á todas luces cierto que lo que S. Agustín niega, es que hayamos de comer la carne de Cristo partida ó de una manera sangrienta, mas no que nos unamos realmente á la carne del cordero sin mancilla; porque esto lo afirma repetidas veces, y especialmente en el primer testimonio que citamos, cuando dice que el Apóstol se refiere principalmente á Jesucristo y su Iglesia, al decir que serán dos en una carne.

1. Tract. 27 in Joan.

Tanto dista de favorecerles el gran Obispo de Hipona que más bien está en su contra, echando por tierra uno de sus principales fundamentos, y que son las siguientes palabras de Cristo: «El Espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha.» Ya vimos en otro lugar que Suárez se sirve de estas palabras en favor de la unión mística y para combatir la real con el cuerpo de Jesucristo. Pues, bien, S. Agustín, exponiendo estas palabras, escribe «.... si la carne nada aprovecha, el Verbo no se haría carne, para habitar entre nosotros; si por la carne de Cristo nos aprovechó mucho ¿de qué modo la carne nada aprovecha? Pero, por la carne, el Espíritu obró algo por nuestra salvación, la carne fué el vaso» [1]. Entendámoslo bien; según S. Agustín la carne de Cristo nos aprovecha mucho en cuanto que, unida al espíritu, es el vaso, instrumento, mediante el que nos vivifica; luego repetimos que es á todas luces cierto que, según el gran Obispo de Hipona, para vivir del Espíritu de Cristo, es necesario que seamos del cuerpo de Cristo, que nos unamos realmente á su carne.

Esta misma doctrina enseñaron el Crisóstomo, S. Hilario, los dos Cirilos, S. Gregorio Niceno, S. Lorenzo Justiniano, S. León Papa, con palabras tan claras y terminantes que las citaremos sin hacer comentario alguno.

Dice el Crisóstomo: «Pues no le bastó (á Cristo) hacerse hombre... sino que *se mezcla el mismo con nosotros*, y no solamente por la fé, *sino realmente nos hace su cuerpo*... Piensa de qué mesa gozas. Lo que los Angeles, viendo, se llenan de sobrecogimiento... esto comemos nosotros, y á este nos unimos y *nos hacemos un cuerpo y una carne de Cristo*» [2]. Continúa hablando el mismo S. Juan Crisóstomo: «Es necesario, amadísimos, aprender el milagro de los

1. Tract. 27 in Joan.
2. Homil. 60 ad pop. Antioquenum.

misterios, qué sea y para qué se dió, y cuál su utilidad. Nos hacemos un cuerpo: miembros, dice, de su carne y de sus huesos. Para que así, no solo por la caridad nos hagamos esto, sino que también *en realidad seamos mezclados en aquella carne:* esto, pues, se verifica por la comida que nos dió... Por tanto, *se mezcló el mismo con nosotros* y *atemperó su cuerpo á nosotros*, para que seamos una misma cosa, como el cuerpo unido á la cabeza..... *Nos hizo cuerpo suyo*» [1].

San Hilario después de afirmar que Cristo está naturalmente en nosotros, y nosotros en él y que vivimos *por su carne*, continúa diciendo: «.... y el Hijo *permanente carnalmente en nosotros*, y nosotros unidos en él corporal é inseparablemente» [2].

«La misma doctrina del bienaventurado Pablo, dice San Cirilo de Jerusalen, parece bastar abundantemente, para hacer fé cierta de los divinos misterios: de los que, hechos dignos, os haceis, por decirlo así, *concorpóreos* y *consanguíneos* de Cristo .. Pues en la especie de pan nos da el cuerpo... Y así, pues, nos hacemos cristíferos, esto es, que llevamos á Cristo en nuestros cuerpos» [3].

Mucho más explícito S. Cirilo de Alejandría escribe: «O quizá piensa (Arrio) que nos es desconocida la virtud de la mística bendición, la que, cuando se hace en nosotros, ¿por ventura no hace que Cristo *habite también corporalmente en nosotros* por la comunicación de la carne de Cristo? ¿porqué, pues, los miembros de los fieles son miembros de Cristo?... Pues así como, si uno infunde á cera derretida otra cera, necesariamente se mezcla la una con la otra; así el que recibe la carne del Señor, se une con él de tal modo,

1. Homil. 61 ad pop. Antioquenum.
2. Lib. VIII de Trint.
3. Catequesis mistgo. 4.

que Cristo está en él y él en Cristo» [1]. Y en otro lugar dice: «Por tanto, para unirnos á cada uno de nosotros entre nosotros y Dios, aunque distamos á la vez en cuerpo y alma, sin embargo encontró un medio conveniente el consejo del Padre y su sabiduría; pues á los que creen en su cuerpo, bendiciéndolos por la comunión mística, nos hace *un solo cuerpo, ya con él*, ya entre nosotros. ¿Quién, pues, tendrá por ajenos de esta unión natural á los que están unidos en solo Cristo con la unión de un santo cuerpo? Pues si todos comemos un pan, *todos nos hacemos un cuerpo; pues Cristo no permite ser dividido* y *separado*» [2]. «*Por la bendición mística el Hijo se une corporalmente á nosotros como hombre*, y *espiritualmente como Dios*» [3]. «Convenía que él se uniese en cierto modo á nuestros cuerpos por su sagrada *carne* y preciosa sangre» [4].

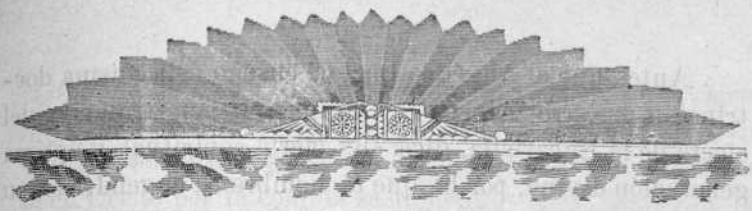
«El cuerpo inmortal, dice S. Gregorio Niceno, cuando está dentro del que lo tomó, todo lo trasforma en su naturaleza. Pero de ningún otro modo puede hacerse que una cosa esté dentro del cuerpo, sino se mezcla en las entrañas por la comida y bebida» [5].

San Lorenzo Justiniano, admirado del grande amor que Cristo nos mostró en la Eucaristía, exclama: «¡oh Señor! cuán admirable es tu amor, que quisiste *incorporarnos totalmente con tu cuerpo*, para que tuviéramos unidos inseparablemente contigo, un corazón y un ánimo» [6].

1. Lib. X. in Joan. cap. 13.
2. Lib. XI in Joan, cap. 26.
3. Lib. XI in Joan. cap. 27.
4. Carta á Celosirio.
5. In orat. cathechumenorum.
6. Lib. de Recond. divini amoris.

Y el gran Papa, León I escribe: «En aquella mística distribución del alimento espiritual, esto se dá, esto se toma, que, recibiendo la virtud de la comida celestial, *nos convirtamos en la carne del mismo que se hizo* nuestra carne» [1]. Por último, el Damasceno «purgados, dice, por aquel (Sacramento) nos *unimos al cuerpo* del Señor y al Espíritu del mismo, y nos hacemos cuerpo de Cristo» [2].

1. Epist. 22.
2. Lib. 4 de Fide, cap. XIV.



CAPITULO XVII

Confírmase lo dicho con varios testimonios de teólogos escolásticos

El príncipe de éstos, Sto. Tomás, haciendo suyas las palabras de S. Cirilo anteriormente citadas, escribe «el Verbo de Dios vivificativo, uniéndose á la propia carne, la hizo vivificativa; convenía, pues, que en cierto modo se uniese á nuestros cuerpos por *su sagrada carne* y sangre preciosa, que recibimos en la bendición vivificativa en el pan y en el vino» [1]. Esta doctrina enseña en casi todas sus obras y muy principalmente en el Opúsculo del Sacramento, en donde entre otras cosas, dice: «Esta es, pues, la propiedad de la púa del buen árbol, si se ingiere al tronco silvestre, que, prevaleciendo por virtud natural, convierte en su dulzura y nobleza la amargura de aquél. Así *el cuerpo de Cristo, ingerido en nosotros*, evacúa nuestros defectos y nos trae á su bondad» [2].

1. 3.ª pars. q. LXXIX, art. I. in corp.
2. Opusc. 58. de Sacram. cap. 20.

Antes que el Angélico Doctor, enseñó esta misma doctrina su maestro, Alberto el Grande, quien tratando del efecto de la Eucaristía, dice: «Es cierta espiritual y óptima generación divina, por la que el hombre es engendrado en cuerpo y miembro de Cristo; esto se verifica teniendo *unión indisoluble é inmediata con el Cuerpo*, para que esté en el Cuerpo, y en él mismo sea animado, y viva, y ya no se repute sino que es del cuerpo» [1].

«La carne del Verbo, dice S. Pascasio, se hace comida y alimento de los fieles en este misterio, cuando se cree que es verdaderamente la carne por la vida del mundo, ni otra cosa alguna que la carne del *cuerpo de Cristo, por el que Cristo permanece en nosotros*, para que nosotros *por ella* seamos transformados en aquel, que no fué hecho otra cosa que Dios carne por su dignación, para habitar en nosotros» [2].

Breves, pero muy significativas, son las siguientes frases del célebre teólogo inglés y controversista Stapletón: «Pues aquí, (en la Eucaristía) nos unimos á Cristo, no solamente por la fé, ó la caridad, ó demás dones del Espíritu Santo, sino del todo *natural* y *corporalmente*. Así lo hemos oido ya há tiempo de Cirilo, Crisóstomo é Hilario» [3].

Y nuestro insigne Torquemada, hablando del efecto del Sacramento de amor, hace suyas las palabras de San Hilario, ó mejor dicho, las explica y dice: «Este sacramento obra la unión natural de nosotros con Cristo; pero la llama unión natural, esto es, verdadera unión de naturaleza, por la que, por este Sacramento, *Cristo permanece en nosotros por una y otra naturaleza*, y nosotros en él por el cuerpo y

1. De Euchart. dist. III, tit. 1.°, cap. IV, núm. 5.°, tom. 21.
2. De corp. et Sang. Domini, cap. 1.°
3. Orat. Cathedratic. de venerat. sacramenti.

el alma, que son como dos naturalezas en nosotros; ciertamente *Cristo está verdaderamente en nosotros por la divinidad y humanidad*, y nosotros permanecemos espiritualmente en Cristo por la comida sacramental» [1]. Y Salmerón llama á la carne de Cristo vivificatriz [2].

El docto Miguel Bibien, recogiendo, como la abeja, cuanto los SS. Padres y teólogos han dicho sobre el particular, después de afirmar que Cristo tiene dos cuerpos, natural uno, y místico el otro, y que á aquel está unido hipostáticamente y á éste místicamente por la fé y por la gracia, pasa á hablar de otra tercera unión mayor que la mística y menor que la hipostática, unión que, según él, produce la Eucaristía; dice, pues: «Más en la Eucaristía nos unimos á Cristo como el cuerpo adaptado á la cabeza, no en unidad de persona, como en la Encarnación, sino con cierta especie de unión mayor que aquella, con la que se une Cristo al cuerpo místico. No solo con ésta, sino que *en realidad nos hace su cuerpo*. Esta unión la llama Cirilo de Jerusalén *concorporación*; Cirilo de Alejandría, *incorporación*; S. Hilario, *mistión*; Tertuliano, *coencarnación*; Pascasio, *invisceración*..... la unión del sacramento rivaliza ó imita á la unión hipostática..... encontró, pues, el amor divino otro amor sobre manera semejante á sí por el cual se uniese á cada uno de los hombres, para que aquella unión hipostática se extendiese igualmente á todos y á cada uno..... El Hijo de Dios no debió unirse personalmente á cada una de las humanidades; en la Encarnación tomó *la humanidad, á la que nos unimos* en el sacramento, con unión tan perfecta, que imita la indivisibilidad, ya de la humanidad de Cristo con el Verbo divino, ya la del Hijo con el Padre Eterno en la Trinidad» [3].

1. In can. In Cristo Pater, 72, dist. 3 ª de Consecat.
2. In Evang. historic. tom. VIII, tract. 26.
3. In suo Tertuliano praedicante tom. I, concio V, de Eucaristh. § Dei filius.

Esto va sin comentarios, toda vez que casi en las mismas palabras y términos expresó el docto Miguel Bibien mucho antes que nosotros la misma doctrina. Maldonado, sobre aquellas palabras—vivirá por mí—escribe: «Así como por aquella unión hipostática se verifica que aquella vida divina... se hace de la naturaleza humana de Cristo; así, por nuestra unión *con el cuerpo de éste*, se hace nuestra» [1].

Con estudio hemos dejado para el último el testimonio del Emmo. Card. Toledo, ya porque le tenemos por uno de los mejores expositores del Evangelio de S. Juan, ya porque en distintos lugares sostiene y afirma claramente toda la doctrina propuesta. Sobre aquellas palabras de Cristo—el que come mi carne permanece en mí—dice: «Pero en estas palabras está oculto un gran sentido, que se explicará si tenemos en cuenta la gran diferencia entre esta comida y la común. El que recibe la comida y bebida común, se dice que tiene dentro de sí la comida y bebida, y sin embargo, no permanece él en la comida y bebida, y sí más bien la comida y bebida permanecen en él; pues se corrompen, y se convierten en sustancia del que come y bebe; más la comida de Cristo no es así. Primeramente, permanece el que la come, porque *la carne de Cristo* no pasa á ser sustancia del que la come, *pero permanece*. En segundo lugar, no recibe vida del que la come, como la reciben los alimentos comunes; sino que más bien él da la vida al alma del que come; por cuya razón afirma Ambrosio que se llama pan vivo; por tanto, *permanece en el que come, porque se une á él de tal modo, que no se corrompa*» [2]. Entendámoslo bien; según el Card. Toledo, la carne de Cristo, comida en la Eucaristía, se une y permanece en nosotros de tal modo, que no se

1. In cap. VI Joan. n° 143.
2. In cap. VI Joan.

corrompe; en lo que bien significa que el cuerpo de Cristo no desaparece, corrompidas las especies sacramentales, sino que continúa en quien le come, pues de otro modo carecía de objeto decir que la carne de Cristo no se corrompe. Pero no interrumpamos al Emmo. Purpurado, quien, comentando las palabras de Jesucristo «Así como tu, Padre, en mí y yo en tí, para que ellos sean una misma cosa en nosotros», dice: «Esta unidad la expone doctamente Cirilo: más distingue una unidad en cuanto á las almas y *otra en cuanto á los cuerpos*; las almas, dice que se unen ciertamente con la unidad del Espíritu Santo; pues todos los creyentes en Cristo participan un mismo Espíritu Santo, y se unen en él, y por él se dice que están en Dios: no, en verdad, recibiendo la misma divinidad *per se*, sino participativamente, por la gracia, fé y caridad... Otra es *la unidad de los cuerpos*, puesto que *también los cuerpos de los creyentes se hacen una misma cosa* en Dios, y *esta unidad, en la que se unen y se hacen una misma cosa, es la misma carne de Cristo* dada realmente á los mismos creyentes en el sacramento; para que no por participación sean una misma cosa, como se verificó en la primera unidad, en la que se daba el Espíritu Santo por razón de los dones; sino real y sustancialmente el mismo Cristo se dá en comida. Más, por razón de esta unidad, es mayor la semejanza con la unidad del Padre y del Hijo; *pues por esta carne y sangre, Cristo permanece realmente en nosotros y nosotros en él*, y en cierto modo *nos hacemos corporalmente una misma cosa*» [1].

Finalmente, exponiendo las palabras de Cristo «y yo les he dado la claridad que me diste», escribe: «Esta claridad es la divinidad del mismo Hijo, la que, como hombre, dice que él recibió del Padre por la unión hipostática: esta divinidad, unida á su carne, nos dió Cristo en el sacramento.....

1. In cap. XVII, Joan. anotat. 13.

por el que, en grado supremo, se unen (los fieles) entre sí y en Dios, *en cuanto á cierta unión real y corporal*..... explica la manera de verificarse esta unión de la claridad y divinidad. Yo, dice, *estoy en ellos por mi carne*, dada á ellos en comida verdadera y real; más, tu estás en mí, porque tu divinidad está unida á mi carne: si, pues, la divinidad está en la carne, y *la carne está en los creyentes*, síguese que en los creyentes está también la divinidad, *mediante la carne de Cristo: tienen*, pues, *en sí los creyentes la carne de Cristo* y por ésta la divinidad; y se hacen una misma cosa, y *tienen cierta unidad por Cristo, por razón de su carne*, y así se consuman en una misma cosa: esto es, se hacen perfectamente una misma cosa; uniéndose entre sí y con Dios, no solamente en cuanto á las almas, lo que se verifica por el Espíritu Santo, *sino que también en cuanto á los mismos cuerpos*» [1].

Esto vá sin comentarios; una sola cosa advertiremos y es, que aquí no hay lugar á interpretaciones místicas y que las palabras del Emmo. Card. Toledo tienen sentido literal y deben de entenderse como suenan; pues no es posible que, si en ellas no hubiera querido expresar que nos uníamos real y permanentemente al cuerpo de Cristo, insistiera y repitiera tantas veces afirmando tal cosa, porque sería ignorar el estilo y lenguaje que deben usarse en toda obra científica ó didáctica; y esto mismo cabe decir de los otros teólogos y SS. Padres, cuyos testimonios hemos aducido.

Coronaremos este capítulo con un testimonio de toda excepción, que es el de la Iglesia, nuestra Madre, quien en la Liturgia de la Santa Misa parece enseñar la misma doctrina. En la oración, que reza el celebrante, al purificar sus

1. In cap. XVII Joan. v. 22 y 23.

dedos, dice: «Tu cuerpo, Señor, que tomé, y sangre que bebí, se adhiera á mis entrañas».

Después de lo dicho parécenos que podemos formar el siguiente dilema; los SS. Padres y teólogos, cuyos testimonios hemos aducido, ó supieron y sintieron lo que escribieron, ó no; si lo primero, por su número y autoridad hacen, al menos, verdadera y sólidamente probable que comulgando dignamente, nos unimos á todo Jesucristo con unión real, inmediata y de suyo estable y permanente; si lo segundo, entonces no solo es probable, sino cierta ó casi cierta dicha doctrina, porque es cierto ó casi cierto que el Espíritu Santo movió ó dirigió sus plumas cuando tales cosas escribieron; pues de otro modo no tiene fácil explicación que tantos hombres sabios prudentes y los más de ellos santos, sin darse cuenta, ni sentir lo que decían, convinieran en afirmar con tanta insistencia una misma cosa y en materia tan importante y tan trascendental.

CAPÍTULO XVIII

Resuélvense algunas dificultades, con lo que se patentiza más la doctrina propuesta.

Sin duda que alguno, al leer los testimonios por nosotros aducidos, ha dicho para sí; en vano trabajas, pues no prueban lo que intentas, por dos razones. La primera, porque dichos testimonios no tienen sentido literal y sí místico, espiritual é hiperbólico. La segunda razón es que, aunque tuvieran sentido literal, significarían la unión real con el cuerpo de Jesucristo mediante el sacramento; en cuanto que, existiendo en éste realmente la carne de Cristo al comerle, toca realmente á nuestra carne por breves instantes.

Así los explican, efectivamente, los partidarios de la unión mística y real con sola el alma de Jesucristo, pero sin fundamento y contra toda razón. Ya al citar algunos de los referidos testimonios, probamos que no podían tener otro sentido que el literal; más ahora lo haremos de todos ellos en conjunto.

El uso comun de hablar, las reglas del buen decir y escribir, y la misma razón dicta que deben entenderse literal-

mente aquellos escritos, en que, repetidas veces, se usan unas mismas palabras, expresiones y conceptos, y principalmente, cuando dichos escritos son obras didácticas, científicas y, mucho más, cuando en ellos se combate algun error, ó herejia. Ahora bien, Cristo, el Apóstol, SS. Padres y teólogos por nosotros citados, al tratar de un punto doctrinal importantísimo, cual es el efecto propio de la Eucaristía, y alguno de ellos refutando la herejía de Arrio, usan repetidas veces las mismas palabras ó expresiones y emiten los mismos conceptos; luego sus testimoniós ó palabras tienen sentido literal propio y tal deben de entenderse.

Una de las principales reglas de interpretación dice que toda palabra, escrita ó pronunciada, debe de entenderse literalmente, á no seguirse algún absurdo, y tanto más, si, literalmente entendida, expresa una doctrina útil al hombre y digna de Dios; es así que queda probado que la unión real y de suyo estable y permanente con el cuerpo de Jesucristo es posible, utilísima al hombre y muy digna de la bondad, omnipotencia y sabiduría infinita de Dios; luego deben de entenderse literalmente todos aquellos pasajes y testimonios en que se dice y afirma que, comulgando dignamente, nos incorporamos á Jesucristo con dicha unión.

Ciertamente tienen sentido literal propio todos aquellos testimonios ó pasajes, en que se enseña una doctrina, que, á más de ser posible, útil al hombre y digna de Dios, está conforme con otras verdades enseñadas por el mismo autor ó escritor: es así que los testimonios de Sagrada Escritura, SS. Padres y teólogos, en que se dice que nos unimos realmente al cuerpo de Jesucristo y de una manera permanente están conformes, según veremos en los capítulos siguientes, con lo que la Sagrada Escritura, la Iglesia, SS. Padres, teólogos y expositores sagrados enseñan acerca del amor que Cristo mostró al hombre en la institución de la Sagrada

Eucaristía y que Jesucristo es cabeza y esposo de la Iglesia y ésta esposa y cuerpo de Jesucristo con más propiedad que los casados; luego ciertamente tienen sentido literal propio.

Necesariamente deben de entenderse tal, como suenan, todos aquellos pasajes ó testimonios, que, lejos de seguirse inconveniente alguno de interpretarles literalmente, se sigue de no entenderlos así. Ahora bien, queda probado en los primeros capítulos, al refutar las opiniones de Suárez, Mendoza y Cienfuegos, que tal sucede de no entender literalmente los testimonios y pasajes, en que se dice que nos ingerimos é incorporamos realmente á Jesucristo, comiéndole en la Eucaristía; luego necesariamente deben de entenderse tal como suenan.

Finalmente, S. Hilario afirma que los testimonios de Jesucristo tienen sentido literal propio. Probando contra Arrio la unidad de esencia del Padre y del Hijo por la unión íntima que el sacramento de amor produce en nosotros, exponiendo aquellas palabras de Jesucristo: «Para que sean una misma cosa, así como nosotros somos una misma cosa», pregunta á Arrio: «¿Porqué introduces aquí igualdad de voluntad y de corazón? pues tenía (Cristo) abundancia y propiedad de palabras, para, si quería que fuesen una misma cosa por voluntad, haber rogado: Padre, así como nosotros queremos una misma cosa, así ellos quieran una misma cosa, y seamos todos una misma cosa por concordia. O, ¿acaso el que es el Verbo y la verdad no supo hablar cosas verdaderas? y el que es la sabiduría, ¿erró hablando neciamente?, y el que es poder ¿fué tan débil que no pudo decir lo que quería que se entendiese?» [1].

A estas razones concluyentes de S. Hilario añadimos nosotros que Jesucristo, siempre que habló en sentido

1 Lib. VIII de Trint. hacia el principio.

figurado y sus oyentes no lo entendían, cuidó de explicar sus palabras. Así lo hizo cuando habló á Nicodemo del renacimiento por el bautismo; cuando á sus discípulos les dijo que tenía una comida que ellos no sabían; y cuando les habló del sueño de Lázaro y de la levadura de los fariseos. Sí, pues, al hablar del efecto de la Eucaristía, punto importantísimo, mucho más que algunos de los citados, hubiera hablado metafóricamente, es indudable que hubiera explicado el sentido de sus palabras; porque, de no hacerlo, hubiera dado lugar á que errásemos en materia tan trascendental.

Queda, pues, probado que los pasajes y testimonios por nosotros aducidos tienen sentido literal propio y que tal deben de entenderse, y con esto, contestado al primer miembro de la objeción presentada. Réstanos probar que en dichos pasajes y testimonios no se significa que nos unimos realmente á la carne de Cristo, mediante el sacramento, en cuanto que, existiendo realmente en este, al recibirle mediante él, tocamos al cuerpo de Cristo.

Basta leer los pasajes y testimonios citados, para ver que en ellos se trata de la unión con la carne ó cuerpo de Jesucristo, como efecto de la Eucaristía; y por tanto de una unión de suyo estable y permanente, porque de suyo estable y permanente es el efecto de todo sacramento, á más de que muchos de los SS. Padres y teólogos citados expresamente la llaman estable, y otros inseparable, indisoluble y algunos duradera hasta en la otra vida, como S. Agustín, S. Hilario, el Crisóstomo, S. Pascasio, Torquemada y otros, y muy principalmente el mismo Jesucristo al decir «procurad el alimento no que perece, sino que permanece hasta en la vida eterna y que el Hijo del hombre os dará; quien come mi carne permanece en mí y yo en él.» Luego ciertamente ni Jesucristo, ni los SS. Padres y teólogos en los pasajes citados

hablaron, ni pueden entenderse de la unión mediante el sacramento; porque ésta no es de suyo estable y permanente y sí transitoria é instantánea.

La unión con la carne de Cristo, mediante el sacramento, ni es inmediata, ni verdadera unión y sí solo contacto, como contacto es el de las especies sacramentales con el copón. Ahora bien, es cierto que los SS. Padres y teólogos en los pasajes citados tratan de una unión verdadera, real é inmediata con la carne de Cristo; toda vez que dicen que nos ingerimos, incorporamos, coencarnamos é invisceramos con Cristo, y que nos hacemos una misma carne con él con tanta verdad como los casados, y que nos mezclamos con su cuerpo y carne, como se mezclan dos trozos de cera derretidos y como una gota de agua sumergida en una gran vasija de vino, y que dicha unión rivaliza con la hipostática, y Alberto el Grande la llama inmediata; de todo lo cual se deduce clara y terminantemente que sus testimonios no pueden entenderse de la unión mediante el sacramento y sí de una unión real é inmediata con la carne y cuerpo de Jesucristo.

Finalmente, la unión mediante el sacramento lo mismo se verifica con el digno que con el indigno suscipiente; luego á no decir Jesucristo, SS. Padres y teólogos escolásticos inconveniencias y enseñar errores, fuerza es convenir que en sus testimonios no hablaron, ni pueden entenderse de la unión con el cuerpo de Jesucristo, mediante el sacramento.

Después de esto, como última contestación á los dos miembros que abraza la dificultad propuesta, haremos un brevísimo resúmen de los testimonios citados, conservando sus mismas palabras, para que el lector, teniéndolas presentes, juzgue.

Según algunos SS. Padres y varios teólogos, comulgando dignamente, Cristo nos une inmediatamente á su

cuerpo, á su humanidad; nos asume corporalmente como hombre y espiritualmente como Dios; nos incorpora total é inseparablemente á su cuerpo; nos ingiere en su carne; su cuerpo inmortal se mezcla con el nuestro, como se mezclan dos trozos de cera derretidos, se inviscera en nuestras entrañas; nos hace cuerpo de su cuerpo, carne de su carne, huesos de sus huesos; no solo por caridad, sino que realmente nos hace su cuerpo, con unión tan perfecta, que rivaliza con la hipostática é imita la indisolubilidad del Verbo con su humanidad, y la del Hijo con el Padre; por lo que esta unión se llama concorporación, incorporación, coencarnación é invisceración. De suerte que Cristo habita y permanece indivisible é inseparablemente en nosotros por una y otra naturaleza, divina y humana, con tanta verdad como permanece en el Padre. Y permanece para que vivamos de su vida, vida permanente, no transeunte.

Hasta aquí el brevísimo resúmen. ¿Podrán entenderse estas palabras de una unión mística, ó real mediante las especies sacramentales ó con sola el alma de Jesucristo, y no de una unión real inmediata y con todo Jesucristo, sin violentarlas y sin que merezcan el calificativo de sumamente exageradas? El lector dirá, pero antes que emita su parecer, queremos que sepa cual es el de Vázquez.

Este célebre teólogo, después de referir los herejes y católicos que dan sentido figurado é hiperbólico á los referidos testimonios, dice: «Yo no dudo, en verdad, que con distinto motivo los herejes y católicos admiten un lenguaje figurado é hiperbólico en los predichos testimonios: pues los herejes les dan sentido figurado en lo que se refiere á la verdad de la presencia de Cristo en el sacramento; más los católicos no en este sentido, sino solo la admiten en lo que se refiere á la unión especial de nuestra carne con la carne de Cristo. Pero aunque en esto no yerren, como los herejes,

sin embargo no carecen de culpa. Primeramente, porque Hilario, disputando contra los arrianos, suponía *tan cierto que la carne de Cristo se unía á la nuestra* de tal manera que fuéramos llamados sus miembros, de su carne y de sus huesos, como lo es que Cristo según su sustancia está en la Eucaristía: pues para deducir contra los arrianos que entre el Padre y el Hijo no hay unión de sola caridad y afecto, toma como principio que entre nosotros y Cristo, en virtud de haber recibido dignamente la Eucaristía, hay mayor unión que de afecto; si, pues, en esto, que afirma ser mayor nuestra unión con Cristo que por afecto, se admite alguna figura, su argumento sería frívolo; pero si se dice que es hiperbólico, no sólo sería más frívolo sinó que también necio: pues ¿qué otra cosa puede inferirse de un principio, que se sienta por hipérbole sinó un consiguiente también hiperbólico? Además los Padres hablan no menos afirmativamente del efecto de aquella unión, esto es, de *nuestra carne con la carne de Cristo,* que de la verdadera presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Pues, habiendo dicho el Crisóstomo que *el cuerpo de Cristo se atemperaba al nuestro* de tal manera que nos hacíamos una cosa con este, dá la razón diciendo: pues esto es propio de los que aman ardientemente, esto es, unirse al amado. Más ¿quién dirá que esto fué dicho por hipérbole, de tal modo que exceda la verdad, y no más bien que el Crisóstomo *sentía que verdaderamente es así?*» [1]

Con esto no solo queda contestada la observación propuesta, sino que también probado que, según dijimos al principio, la doctrina sentada no es nueva, sino en la forma de tratarla; pues en cuanto á la sustancia fué ya enseñada por Jesucristo, SS. Padres y varios teólogos escolásticos.

1 In tertiam partem, q. LXXIX, art. 2.° disp. CCIV. cap. 3.°

No habremos de repetir aquí la objeción, que pudiera hacerse, fundada en la imposibilidad aparente de que el cuerpo de Jesucristo esté á la vez en muchos hombres, porque este punto queda ya suficientemente discutido en otro lugar; pero sí nos haremos cargo de otras dificultades que pudieran ocurrir á nuestros lectores.

Es doctrina católica que con el cuerpo y sangre de Jesucristo se pone por concomitancia en la hostia y en el cáliz su alma: y la razón de esto es, según Sto. Tomás «porque si dos cosas están realmente unidas, donde está una, tiene que estar la otra» [1]. Dedúcese, pues, que si recibiendo dignamente la Eucaristía nos unimos á todo Jesucristo con unión real y permanente, debemos estar por concomitancia con él en el augusto sacramento; lo que ciertamente no es verdad. A esta dificultad contestaremos proponiendo la doctrina de los teólogos acerca de este particular. Vázquez, tratando de lo que por concomitancia se pone en la sagrada Eucaristía, escribe: «Más dícese que está allí (en la Eucaristía) por concomitancia y natural connexión aquello que está naturalmente unido, esto es, aquello que, por virtud natural del mismo cuerpo, de alguna manera está unido con él» [2]; y el Concilio de Trento dice que se pone el alma bajo las dos especies, en virtud de aquella natural connexión y concomitancia, por la que están unidas entre sí las partes de nuestro Señor Jesucristo, que ya resucitó de entre los muertos, para nunca más morir [3]. Es decir que se pone en el sacramento por concomitancia todo lo que está naturalmente unido al cuerpo y sangre de Jesucristo y constituye parte esencial ó integrante de aquella humanidad sacratísima, viviente y subsistente en la persona del Verbo divino. Esta

1 3.ª p., q. LXXVII, art. 1.º in corpore.
2 In tertiam partem, q. LXXVI, art. 2.º, dispt. CLXXXV, cap. 2.º.
3 Ses. XIII, cap. 3.

es la doctrina de los teólogos, incluso Santo Tomás, quien á dicha unión se refiere, cuando dice que si dos cosas están realmente unidas, donde está una, tiene que estar la otra. Ahora bien; nuestra unión con la carne de Cristo, efecto de la Eucaristía, aunque real, no es natural, sino sobrenatural, y aunque formamos un todo, un cuerpo con él, no constituimos parte substancial ni integral de aquella Humanidad sacratísima. Y por esta razón, aunque Cayetano y otros varios teólogos sostienen que entre el cuerpo de Jesucristo y las especies sacramentales hay unión real, á nadie se le ha ocurrido decir que en cada una de las hostias consagradas estén las especies sacramentales de todas las demás. A más de esto, según Suárez, de potencia absoluta puede un cuerpo que está en varios lugares, estar en uno sin algunas propiedades que tiene en otras; y, según el mismo Suárez, varios teólogos sostienen que esto puede suceder naturalmente [1]. Y si puede estar sin aquellas cosas que le son propias, mejor podrá estar sin aquellas que, aunque realmente unidas, no le pertenecen por naturaleza.

Quizá reponga alguno deducirse de la doctrina propuesta que debe de ser adorado con culto de latría aquél que comulga dignamente, porque tal culto se tributa á la cruz por el contacto que tuvo con el cuerpo de Jesucristo. Ciertamente que tal debiera ser si se atendiese únicamente al contacto que una cosa tuvo con el cuerpo de Jesucristo, para tributarle culto de latría, pero que no es así bien lo prueba el que ni los fieles, ni la Iglesia tributan dicho culto á la Virgen Santísima, no obstante haber estado más íntimamente unida con el Hijo de sus entrañas que la cruz. La razón de esta diferencia está en que la Virgen Santísima y quien comulga dignamente son criaturas racionales, y el culto que

1 In 3.ª part. q. LXXV, art. 1.° dist. XLVIII, sect. V.

se tributa á estas, es por su propia excelencia; no es relativo; de donde si se las tributase culto de latría, se daba ocasión á que se creyese que era por su propia dignidad y grandeza, lo que no puede tener lugar, cuando se tributa á la cruz ú otro atributo de la pasión de Cristo; porque siendo estos criaturas irracionales y por tanto careciendo por sí mismos de toda excelencia que les haga dignos de ser adorados, se ve que el culto que se les tributa, es relativo. Por lo demás es indudable que quien comulga dignamente, es digno de gran veneración y respeto, por hallarse su cuerpo y alma como consagrados y deificados por la unión con Cristo.

Por esto el Apóstol, escribiendo á los de Corinto, les dice: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo. Luego quitando los miembros de Cristo, los haré miembros de una prostituta?» [1].

Existe una tradición, según la que por un privilegio especialísimo en la Virgen Santísima permanecían sin corromperse las especies sacramentales de una comunión á otra.

Si fuera verdad que, corrompidas estas, permanece todo Jesucristo en aquel que comulga dignamente, dicho privilegio sería inútil y supérfluo. No sabemos qué tenga de verdad dicha tradición; pero, aún suponiendo que sea verdadera, nada tendría de inútil y supérfluo tal privilegio; siempre sería una prueba de amor especial que Jesucristo daba á su Santísima Madre, permaneciendo con ella y en ella no solamente por la unión efecto del sacramento, sino que también sacramentalmente; pues prueba de grande amor es por parte del amante estar con el amado de varios modos. Por eso Dios está en el justo no sólo por esencia, presencia y potencia, como lo está en todas las criaturas, sinó que además está de otro modo por la gracia.

1 I ad Corint. VI, 15.

Ultima instancia; si tan grandes gracias confiere la Eucaristía ¿porqué la Iglesia priva de ellas á los infantes bautizados negándoles la comunión? Porque, sobre no serles debidas, ni necesarias para obtener la vida eterna, hay peligro cierto de irreverencia y profanación del augustísimo Sacramento. Lo que prueba la dificultad propuesta es que debe administrárseles la comunión tan pronto como puedan recibirla sin dicho peligro, como quiere la Iglesia, y no esperar á que tengan doce, catorce ó más años, como sucede por desgracia con alguna frecuencia.

CAPITULO XIX

Confírmase la misma doctrina con varias razones teológicas

Es doctrina corriente y cierta que, en virtud de las palabras de la consagración, se pone en la hostia solo el cuerpo, y en el cáliz sola la sangre de Jesucristo, y por concomitancia, el alma y divinidad; de tal suerte, que la razón formal del sacramento de la Eucaristía está en el cuerpo y en la sangre; tal afirman los teólogos.

Por eso Sto. Tomas, contestando á una dificultad, dice: «á lo primero respondo diciendo, que porque la conversión del pan y del vino no se termina á la divinidad, ó al alma de Cristo, es consiguiente que la divinidad ó el alma de Cristo no está en este sacramento en virtud del sacramento sino por real concomitancia...; por tanto, si se hubiese celebrado este sacramento en aquel tríduo de la muerte, no hubiera estado allí el alma de Cristo ni en virtud del sacramento, ni por real concomitancia. Pero como Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere, su alma está siempre unida á su cuerpo. Y, por tanto, en este sacramento ciertamente está el cuerpo de Cristo por virtud del sacramento, más su alma por real concomitancia» [1].

1. 3.ª p., q. LXXVI, art. 1.° ad 1.um

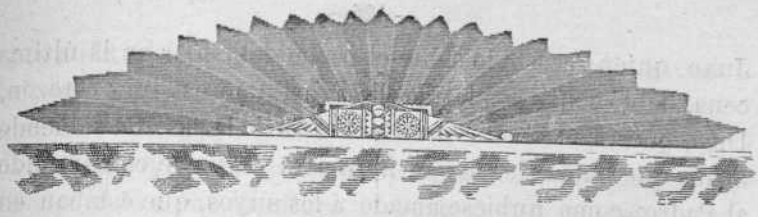
La razón, pues, del sacramento de la Eucaristía está en el cuerpo de Jesucristo, ó más claro, lo que la Eucaristía contiene en sí primario y *per se*, como sacramento, es el cuerpo y la sangre de Cristo. Ahora bien; todo sacramento, lo que primaria y principalmente confiere, es lo que, como tal, contiene; y siendo común sentencia de los teólogos, que el efecto principal y primario de la Eucaristía es unirnos con Cristo, debe unirnos *per se* y principalmente, no con el alma, como quiere Cienfuegos, y sí con el cuerpo.

Acabamos de ver que, según Sto. Tomás, y según todos los demás teólogos, si los Apóstoles hubieran consagrado el pan en uno de aquellos tres días de la muerte de nuestro Redentor, se hubiera puesto en la hostia solo el cuerpo de Cristo sin su alma. Supongamos por un momento que los Apóstoles consagraron y comulgaron en uno de esos tres días; preguntamos ¿en este caso el sacramento produciría su efecto? Sin duda alguna, y ¿cuál sería éste? ¿Unirlos con sola el alma de Cristo? Si no estaba allí; ¿unirlos con sola la divinidad, como quieren los partidarios de la unión mística? Pero, si la divinidad de Cristo no está en el sacramento primario y *per se*... Por otra parte, afirmar que en el caso propuesto se hubieran unido los Apóstoles á sola la divinidad, equivaldría á decir que el sacramento de amor no producía su efecto propio y peculiar y sí únicamente la gracia santificante ó aumento de ésta.

Resta, pues, que, de producir su efecto en el supuesto, bajo que caminamos, no pudo ser otro que el de unir á los Apóstoles con el cuerpo de Cristo, y, mediante éste, con su divinidad.

Finalmente, según vimos en el primer capítulo, es doctrina de SS. Padres y teólogos que el efecto propio de la Eucaristía es unirnos á Jesucristo; empero la unión mística y afectiva no es verdadera unión y sí concordia de voluntа-

des; y á más de esto no tiene fundamento alguno en la sagrada Escritura y tradición; por lo que á muchos les parece inadmisible. La unión real con sola el alma de Jesucristo tampoco tiene hoy partidarios, y como que ha sido relegada al olvido, porque tampoco tiene fundamento sólido en la revelación divina y porque hoy están inseparablemente unidos en Cristo su cuerpo y alma, y por esta misma razón dicha unión no puede ser tampoco con solo el cuerpo; luego debe de ser con todo Jesucristo.



CAPITULO XX

El amor que Cristo mostró al darse en comida al hombre, confirma la doctrina propuesta.

Es indudable que Dios en sus obras no está obligado á lo mejor, á lo sumo, pero también es verdad, que puede hacerlo, cuando le place; como lo verificó en la institución del augusto sacramento del Altar, en que dió pruebas de amar al hombre hasta lo sumo; amor, que confirma cuanto dejamos dicho en los capítulos anteriores. Y para que mejor se vea la fuerza de este argumento, formaremos el siguiente silogismo.

Cristo, al darse en comida al hombre, significó amarle hasta lo sumo, cuanto era posible; es así que no sería tal, si cuanto está de su parte, no une con todo él al que come dignamente su carne, con unión suma, la mayor posible y de suyo estable y permanente hasta en la otra vida; luego, quien dignamente comulga, se une á todo Jesucristo con dicha unión. La consecuencia es á todas luces legítima y verdadera, dada la verdad de las premisas.

Que el amor que Cristo mostró al hombre, al darle su cuerpo en comida, fué sumo, lo enseña el Evangelista San

Juan, quien recostado sobre el pecho del Señor en la última cena, debió sentir los latidos de aquel amorosísimo corazón. Dice, pues, así: «Antes del día festivo de la pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre: como hubiese amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Terminada la cena..... sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que salió de Dios y á Dios vá...» [1].

Los expositores sagrados afirman unánimemente que en estas palabras expresa el Evangelista el amor sumo, que Cristo mostró á los suyos en la última cena, y que en esta hizo obras de amor infinito para con el hombre, y para convencernos de esto, bastará hacernos cargo del sentido que encierran dichas palabras.

En estas se dice que Jesús sabía que era llegada la hora de su muerte, momento en que todo buen padre da á sus hijos las mayores pruebas de amor, y, por eso, dice el Evangelista que, llegada esta hora, Jesús amó á los suyos hasta el fin, esto es, sobre todo en esta hora y mejor, según quieren otros, los amó hasta lo sumo que pudo amarlos. Nos dice también que Jesús en ese momento supremo sabía, tenía presente que su eterno Padre había puesto en sus manos todas las cosas, ó lo que es lo mismo, que le había dado su omnipotencia, omnímoda facultad para hacer en beneficio del hombre, cuanto quisiera, sin ponerle tasa, ni medida; nos dice, en fin, que Jesús sabía que venía de Dios, esto es, que era Hijo natural de Dios, y, por tanto, que debía de hacer obras propias y dignas de tal Hijo y de tal Padre; y que á Dios volvía, significando en esto que se le terminaba el tiempo que Dios Padre le había concedido para que hiciera en beneficio del hombre cuanto quisiera.

Recojamos ahora cuanto hemos dicho. Cristo ama á los

1. S. Joan, XIII, 1.° y sig.

suyos en la última hora de su vida hasta lo sumo; es omnipotente, y sabe que no tiene tasa, ni límite alguno para hacer bien al hombre, y sabe que se va á terminar su misión en la tierra, y visto esto, quiere hacer una obra digna de su poder y de su amor, digna y propia de todo un Dios. ¿No es esto decir y afirmar que Cristo en aquel momento supremo hizo la obra más grande de amor que pudo hacer en obsequio de los suyos? Sí y mil veces sí. ¿Y qué obra hizo en la última cena que agotase intensivamente su poder y sabiduría infinita, y que fuera el colmo de su amor para con el hombre? ¿No fué la institución del augusto sacramento, darse él mismo en comida?

Por eso, en aquella noche, reunido con sus Apóstoles, les dice: «Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros, antes que padezca» [1]. ¿Y porqué deseaba con tanta vehemencia celebrar la última pascua con sus discípulos? sin duda, porque, abrasado su corazón en amor para con el hombre, deseaba que llegase el momento de desahogarle, obrando la maravilla de amor, dándose en comida, instituyendo el augusto Sacramento del Altar.

Que la Eucaristía, el darse Cristo en comida, es el colmo, lo sumo del amor del Verbo Encarnado para con el hombre, es doctrina corriente y admitida por todos los Santos Padres y teólogos. Tertuliano dice que el amor de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, fué elevado hasta la consumación, y que vió el fin de toda consumación [2]. Lo mismo afirma Santo Tomás, quien, ponderando los beneficios recibidos de Cristo, escribe: «Grande es darse por compañero, mayor en precio de redención, pero lo sumo, cuando se da en comida [3]. De donde, para que íntimamente se insculpiese en los corazones de los fieles la inmensidad de su caridad, en la última

1 S. Luc. XXII, 15.
2 Lib. contra Judæos cap. XIV.
3 Opusc. 58 cap. V.

cena... instituyó este sacramento...., el máximo de los milagros obrados por él» [1]. Cornelio A Lapide, exponiendo las palabras de S. Juan «les amó hasta el fin», dice: «El último extremo, lo sumo, la suma perfección, el extremo, la cumbre, lo más alto, el no más allá de amor» [2]. Por fin: el Concilio de Trento afirma que Cristo, en el sacramento de la Eucaristía, como que derramó las riquezas de su divino amor para con los hombres [3].

La razón dicta que es prueba de sumo amor agotar uno su poder y sabiduría en favor del amado, y Cristo intensivamente agotó su omnipotencia y sabiduría infinita, al instituir el augusto sacramento del Altar; puesto que en él suspende las leyes, que rigen y gobiernan el mundo; por lo que Sto. Tomás y la Iglesia toda con el Concilio de Trento le llaman el compendio, el memorial de las maravillas del Señor; y por eso, en fin, se le llama por antonomasia el sacramento de amor. En él, pues, expresó Cristo el amor sumo, con que amaba al hombre. Más no sería tal, si, al darse en comida á los suyos en dicho sacramento, no les uniese, cuanto está de su parte, con todo él con unión la más íntima posible y de suyo estable y permanente. Y estamos en la menor del silogismo, con que principiamos este capítulo.

El amor por naturaleza ó esencialmente tiende á unir entre sí á los amantes, de tal manera que la intensidad de aquél da la medida de la unión por él producida; si es sumo, suma será esta, á no mediar obstáculo, que lo impida. Por más que esto sea una verdad notoria y que cada quien sienta y experimenta en sí mismo, oigamos lo que dicen sobre el particular los Santos Padres y filósofos.

San Dionisio Areopagita llama al amor virtud unitiva [4];

1 Opusc. 87.
2 In Joan. cap. XIII, 1.°.
3 Ses. XIII, cap. II.
4 De divin. nomino cap. IV.

y San Agustín dice: «.....el amor es como cierta juntura que une dos cosas, ó que desea unirlas, conviene á saber, al amante y á lo que se ama» [1]. Sto. Tomás, después de exponer varias especies de unión, dice· «Pero cierta unión es efecto del amor; y esta es la unión real, la que el amante busca de la cosa amada; y en verdad, esta unión es según la conveniencia del amor. Pues, como afirma el Filósofo, II Polit., cap. II, Aristófanes dijo, que los amantes desearían de ambos hacerse uno» [2]. Finalmente, Vázquez afirma que «el amor, por su naturaleza, tiende á la unión real de los amantes entre sí, del modo que puede hacerse» [3].

Si, pues, el amor, de suyo ó por naturaleza, tiende á unir realmente entre sí á los amantes, en términos que, si fuera posible, haría de los dos uno, síguese necesariamente que cuanto mayor sea aquél, mayor será la unión por él producida, á no impedirlo causa alguna. Por tanto siendo el amor, que Cristo mostró al hombre, al darse en comida, tan vehemente, grande é inmenso, que llegó al colmo, al límite, al no más allá; dedúcese que, al darse en comida, se da no para ser únicamente nuestro compañero, nuestra redención, porque esto, según Sto. Tomás, sería grande, pero no lo sumo del amor; se da, pues, para unirse con la unión más íntima posible y hacerse una cosa con nosotros.

En este supuesto se ve claramente la razón de por qué Jesucristo, después de haber dado á los Apóstoles su cuerpo y sangre, les dijo: «os doy un nuevo mandamiento: Que os améis unos á otros, como yo os he amado» [4]. Mandamiento nuevo, porque el motivo de amarse no era el ser prójimos é imagen y semejanza de Dios, sino el ser ya, cuanto era

1 Lib. VIII de Trint. cap. X.

2 I.ª 2.ªe q. 28 art. 1.° ad 2um.

3 Dip. CCIV, cap. IV.

4 S. Joan XIII, 34.

posible, una misma cosa entre sí y con Dios, por serlo con Jesucristo á causa de haberle comido; razón efectivamente nueva y que no existía en la ley de temor, y sí únicamente en la ley de gracia. Y por eso nuestro amadísimo Jesús, después de haber impuesto este nuevo precepto á sus discípulos, orando por estos á su Eterno Padre, según ya vimos en otro lugar, dijo: «Para que sean una misma cosa, así como tu Padre en mí y yo en tí, así y ellos sean una misma cosa en nosotros..... Y yo les di la claridad que me diste, para que sean una misma cosa, así como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y tu en mí, para que sean consumados en la unidad» [1].

¡Oh caridad inmensa, oh piélago infinito de amor! no se contentó el Hijo del hombre con redimir al hombre, devolverle la gracia y la gloria que había perdido; quiso más, quiso igualarle con él, según que era posible, para que donde abundó el delito sobreabundase la gracia, y para que Satanás, que quiso burlarse de nuestros padres, prometiéndoles que serían dioses, fuera él el burlado.

Bien probasteis, Jesús mio, que eráis mediador entre Dios y los hombres; pues, buscando en todo la gloria de vuestro Eterno Padre, en nada descuidasteis la de vuestros hermanos según la carne, comunicándoles sin envidia, y cuanto fué posible, vuestra misma grandeza y gloria. Esto es propio del que mucho ama; y si amor con amor se paga ¿quién no amará á Jesús? «Quien no ame á Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, Maran Atha» [2].

1 S. Joan. XVII, 21 et seq.

2 I Corinth. XVI, 22.

CAPÍTULO XXI

Último argumento fundado en que Cristo es esposo y cabeza de la Iglesia y ésta esposa y cuerpo de Jesucristo.

QUE Cristo es esposo y cabeza de la Iglesia, y ésta su cuerpo y esposa, es una de las verdades más conocidas de los fieles, como contenida en las Sagradas Escrituras y enseñada por SS. Padres y teólogos escolásticos.

Todos los expositores, dice Belarmino, latinos, griegos, hebreos y hasta la paráfrasis caldáica enseñan con suma unanimidad que el Salmo 44 ó sea «Eructavit cor meum» es un epitalamio en que se celebran las bodas de Cristo Rey con la Reina su esposa, la Iglesia, y esto mismo dicen del Cantar de los Cantares, pues, aun aquellos expositores, según quienes el sentido literal de dicho libro se refiere á las bodas de Salomón con la hija del Rey de Egipto, afirman que el objeto principal del Espíritu Santo fué describir los desposorios del Verbo Encarnado con la Iglesia y las almas santas.

El mismo Jesús, defendiendo á sus Apóstoles de la acusación que los discípulos de Juan les hacían porque no ayunaban, dice: «¿Acaso los hijos del Esposo pueden llorar,

mientras el Esposo está con ellos?» [1]. Y el Santo Precursor oyendo á sus discípulos, que por envidia acusaban á Cristo de que bautizaba, les dice: «vosotros mismos sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo..... El Esposo es aquel que tiene la esposa; más el amigo del Esposo, que está y le oye, se llena de gozo al oir la voz del Esposo [2]. El Profeta de Patmos escribe: «... gocémonos y saltemos de júbilo... porque llegaron las bodas del Cordero y su esposa se preparó» [3]

Que Cristo es esposo y cabeza de la Iglesia, con más propiedad y verdad que los casados, lo enseña el Apostol, cuando hablando de los deberes de estos dice: «Las casadas estén sujetas á sus maridos como al Señor: Porque el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia... Así también los maridos deben amar á sus mujeres como á sus propios cuerpos..... Pues nadie aborreció jamás á su carne; antes bien la sustenta y cuida, así como Cristo á la Iglesia: Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre y se juntará á su mujer: y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, más yo digo en Cristo y en la Iglesia» [4]. Esta misma doctrina enseña casi en todas sus cartas; pero nos bastan las palabras referidas. En ellas expresa el Apóstol no solo que Cristo es esposo y cabeza de la Iglesia, sino que lo es con más propiedad y verdad que los casados, ya porque pone como tipo de la unión de estos la unión de Cristo con su Iglesia, ya porque dice que este sacramento es grande pero en Cristo y la Iglesia, ya en fin porque como vimos en otro lugar, según el gran Obispo de Hipona, al decir serán dos en una carne, se refiere primaria y principalmente á Cristo y su Iglesia.

1. S. Math. IX, 15.
2. S. Joan. III, 28 y 29.
3. Apoc. XIX, 7.
4. A los de Efeso, V, 22 y sig.

¿Y cuándo y cómo Cristo se une tan íntimamente á su Iglesia, que se constituya cabeza y esposo de ella, con más propiedad y verdad que los casados? Sin duda alguna cuando las almas santas, comiendo su carne, se unen á todo él con unión real y de suyo estable y permanente; porque en este caso y sólo en este caso nuestra unión, y por tanto la de la Iglesia con Cristo, no sólo es carnal como la de los esposos, sino que además los lazos y vínculos que nos ligan son más estrechos y estables que los que unen á los consortes; pues la unión carnal de éstos es momentánea, mientras la cópula y sus vínculos se rompen con la muerte; mientras que la de Cristo con su Iglesia, según la doctrina propuesta, es contínua, constante y de suyo eterna; cumpliéndose al pié de la letra la doctrina del Apóstol, esto es que la unión de Cristo con la Iglesia es tipo de la de los casados y que el sacramento del matrimonio es más grande en Cristo y en su Iglesia, y por tanto que el Verbo Encarnado es cabeza y esposo de ésta con más propiedad y verdad que los consortes.

Sí, no lo dudemos, en el bautismo nos desposamos con Cristo, haciéndole entrega de nuestro cuerpo y alma y él dándonos derecho al suyo; pero comiéndole en la Eucaristía, se consuma el matrimonio, haciéndonos una carne con Cristo con más propiedad y verdad que los casados al consumar el suyo.

Y siendo así, se ve con cuanta razón y fundamento afirman los SS. Padres y expositores que el Salmo 44 y el Cantar de los Cantares son el epitalamio, el poema sublime del amor puro, casto, santo y sin igual de Cristo á su Iglesia: de las bodas del Cordero sin mancilla con las almas santas. Porque á solo Cristo y su Iglesia convienen con toda exactitud y sin exageración cuanto de la hermosura y amores de tales esposos se refiere en dichos Salmo y libro. Pues Cristo y solo Cristo es el escogido entre millares y quien

vence y subyuga con sola su hermosura y quien derramó su sangre por adquirirse una Iglesia sin mancha ni arruga, y el único esposo que alimenta á la esposa con su propia carne, para comunicarla cuanto es y cuanto tiene.

En conclusión; parécenos queda suficientemente probado que es posible, útil al hombre y digno de Dios unirnos á todo Jesucristo, esto es, á su cuerpo, mediante éste á su alma y divinidad, con unión real de suyo estable y permanente hasta en la otra vida; y que esto que fué posible, útil al hombre y digno de Dios, Cristo lo realizó, dando á la Eucaristía la virtud de producir dicha unión; y por tanto que, si no cierto, es verdadera y sólidamente probable que la gracia sacramental, el efecto propio del sacramento de la Eucaristía es unirnos real y de una manera de suyo estable y permanente á todo Jesucristo y hacernos, cuanto es posible y dado á la flaqueza humana, una misma cosa con él.

2.ª PARTE

De los grandes é inestimables bienes que reporta al hombre en esta y en la otra vida la unión real con Cristo, efecto de la Eucaristía

De ser verdad la doctrina propuesta en la primera parte, grande sobre toda ponderación sería la gracia que Cristo hiciera al hombre, uniéndole á él con unión real y permanente; pero esto no sería más que el canal por donde le comunicara otros mayores é inestimables bienes.

El Rey Sabio dice que con la sabiduría le vinieron todos los bienes [1]; y siendo Cristo la sabiduría eterna, por quien fueron hechas todas las cosas y sin quien nada hay real y positivamente bueno, ¡con cuánta más razón puede decir, quien comulga dignamente, que con Cristo le vinieron todos los bienes!

Y aquí pudiéramos hacer punto final, dejando al lector que desentrañase y ponderase qué sea tener consigo al sumo bien, pero habremos de ayudarle enumerando y describiendo particularmente y á grandes rasgos, alguno de los frutos que produce en nosotros la unión con Cristo.

1. Sap. VII, 11.

CAPITULO I

Por la unión real con Cristo, efecto de la Eucaristía, participamos, cuanto es posible, de la filiación natural, dignidad y grandeza del mismo Hijo de Dios

POR la gracia santificante nos hacemos hijos adoptivos de Dios; pero esta filiación adoptiva puede, mediante la Eucaristía, perfeccionarse y crecer de tal modo que llegue á participar, de alguna manera, de la filiación natural. Efectivamente; la humanidad de Cristo, por estar unida hipostáticamente al Verbo divino, se dice y es hija natural de Dios, y de ella se predica lo que es de la divinidad; luego, guardada proporción, nosotros, uniéndonos realmente á Cristo, comiendo su carne, debemos de participar de su filiación natural, divinidad, grandeza y rango. Pues, como dice Lesio. «El amor de Dios es omnipotente; y, por tanto, eficaz de aquello que quiere; así como si el rey, que quiere adoptar á alguno fuese omnipotente, pondría en él su alma, y de este modo le instituiría hijo suyo. En este caso la adopción sería mucho más perfecta, que la que ahora se hace; pues el adoptado sería semejante al hijo natural, y, en cierto modo, partícipe de la misma naturaleza del mismo adoptante» [1].

1. De perfect. divin. Lib. XII, cap. XI, n.° 77.

Que tal efecto produzca la Eucaristía, no nos sorprenderá si recordamos que de ella dice Alberto el Grande que «es cierta espiritual y óptima generación divina, por la que el hombre es engendrado en cuerpo y miembro de Cristo», y aplica á esto las palabras del capítulo primero del Evangelio de S. Juan «más á todos los que le recibieron, les dió la potestad de hacerse hijos de Dios» [1]. El Cardenal Hugo dió á estas palabras el mismo significado; pues, exponiéndolas, dice: «á todos los que le recibieron dignamente en el sacramento» [2]. S. Pascasio afirma que *«en el sacramento de la Eucaristía nos dió Cristo la potestad de hacernos hijos de Dios, porque en él nacemos de Dios»* [3]. Y ciertamente como tales hijos naturales de Dios nos trató al darnos en el Sacramento alimento propio de tales hijos; pues, como dice S. Clemente de Alejandría, «en Cristo somos regenerados; el que nos regeneró, nos nutre con leche propia, conviene á saber, con el Verbo. Pues todo el que engendra, debe al momento dar alimento conforme al que es engendrado» [4].

Y la Sabiduría eterna nos invita á esta regeneración mediante su carne, cuando dice: «venid á mi todos los que me deseais, y sereis llenos de mis generaciones... Los que me comen, aun tendrán hambre; y los que me beben, aun tendrán sed» [5]. Nos invita, si, á participar de sus dos generaciones, divina y humana, comiendo su carne y bebiendo su sangre; por eso el Cardenal Hugo y Cornelio A Lápide con otros varios expositores aplican á la Eucaristía las referidas palabras del Eclesiástico.

El Reverendo Padre Fray Gabriel Casanova en su obra «La Eucaristía, filosófica y teológicamente considerada» trata

1. De Euchar. dist. III, tract. 1.° cap. III, n.° 2.
2. In cap. I, Joan.
3. Lib. de corp. et sang. Domini, cap. XX.
4. Lib. I pedagogii, cap. VI
5. Eclesiástico XXIV, 26 y sig.

de una manera elocuente esta materia; dice, pues: Nuestra naturaleza, hastiada de las cosas de aquí abajo, suspira por las de arriba, y no se aquieta sino con recibir á Dios en su seno, identificarse con El, comerle, en una palabra. Pues nada menos que esto quiere hacer con Dios nuestra naturaleza: unirse á El, transformarse en El, comérsele, para vivir identificada con la divinidad». Y explicando como Cristo satisfizo en la Eucaristía las aspiraciones de nuestra naturaleza, dice: «La Eucaristía, no es otra cosa que una continuación del misterio de la Encarnación; y así como Dios, encarnándose, divinizó nuestra especie, quedándose sacramentado para que le recibiéramos en nuestro pecho, diviniza al individuo humano, sublima nuestro *yo* personal, lo levanta hasta los cielos, al mismo tiempo que engendra en él una vida inmaculada y perfecta... Esto es lo que hace del hombre la Eucaristía; convertirle en santo, en ángel, en Dios, por la participación de la naturaleza divina...: en el sacramento quedan abolidas todas las diferencias, desaparecen todas las distinciones, se destruyen las murallas que separan al Redentor de los redimidos, quedando solo el infranqueable muro de la diversidad de esencia, si bien enpequeñecido por la participación de los dones divinos, que hace á los hombres ser otros tantos dioses... Quien come á Jesús Sacramentado, vive la vida de Dios, á quien se une como el fuego al incandescente hierro, como el alimento al cuerpo, que de él se nutre, como el óxigeno al hidrógeno en la composición del agua. En la Eucaristía, ha dicho Bosuet, el Hijo de Dios toma la carne de cada uno de nosotros, comunica á nuestro ser las propiedades divinas del suyo...» [1].

Si en la ley, según el Verbo encarnado, se llaman dioses aquellos, á quienes Dios habló, y la Escritura no miente [2];

1. Lib. cit. impresión de Madrid 1896, disc. VI, pág. 217 y sig.
2. S. Joan. X, 35.

¿con cuanta más verdad y propiedad deben serlo aquellos, á quienes no solo habló, sino que comunica todo su ser, haciéndose, según que es posible, una cosa con ellos? Por esto Jesucristo, después de haber dicho que, entre los nacidos de mujer, ninguno había sido mayor que Juan Bautista, continuó diciendo: «pero el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él» [1]. Sí, el menor en los reinos de los cielos, ó sea en la Iglesia de Jesucristo, el menor de los cristianos es mayor que el Bautista, porque éste, no habiendo comido la carne de Cristo, no se hizo una cosa con él, como se hace el último de los fieles comulgando dignamente.

Reconoce, pues, oh cristiano, tu gran dignidad; lo que no se concedió á los Patriarcas y Profetas, ni al Bautista, esto se concede á tí, el ser, cuanto es posible, Dios é Hijo del Altísimo.

1. S. Math. XI, 11.

CAPÍTULO II

Mediante la unión real con Cristo, se multiplican y avaloran casi hasta lo infinito nuestras buenas obras

Otro de los grandes frutos de la unión real con Cristo es multiplicar y avalorar nuestras buenas obras, haciéndolas más gratas á Dios y meritorias de vida eterna; pues, así como las obras de la humanidad del Verbo Encarnado fueron de un mérito infinito y gratísimas al Eterno Padre, en virtud de la unión hipostática; así, guardada proporción, lo han de ser las nuestras por la unión, efecto de la Eucaristía, mediante la que, según dijo el mismo Jesucristo, vivimos por él, obrando él en nosotros y con nosotros, de tal modo, que nuestras acciones procedan de ambos como de un solo principio. Por lo que el Apóstol pudo decir con toda verdad: «vivo yo, más no yo, sino que vive Cristo en mí» [1], y «cumplo en mi carne lo que resta á la pasión de Cristo» [2].

Y de la unión, de la influencia de Cristo en nosotros nacen esas virtudes heróicas, de que pocos ejemplos hubo en la ley de temor, y que parecen propias y exclusivas de la

1 ad Galat. II, 20.
2 ad Colos. I, 24.

ley de gracia; cuales son, la castidad perpétua, la obediencia y humildad profundísima hasta el desprecio de si mismo, el deseo de sufrimientos, de la cruz y del martirio, para el que se fortificaban nuestros innumerables mártires recibiendo la sagrada Eucaristía. Todas las cuales virtudes, repetimos, son propias y características de la ley de gracia, de aquellos que comen con las disposiciones debidas la carne del Cordero inmaculado.

Que la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, avalora nuestras obras, lo significó claramente el Angélico Doctor, cuando, después de expresar la propiedad de la buena púa ingerida en un tronco silvestre, dice: «Así el cuerpo de Cristo ingerido en nosotros evacúa nuestros defectos y nos trae á su bondad, para que cuales hojas, flores y frutos de santidad él hizo, tales hagamos nosotros por él» [1].

Cuáles sean estos frutos, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, lo expresa el venerable Padre Luis de la Puente; quien, después de haber ponderado los muchos é infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo, dice: «Y con este riquísimo tesoro viene á este Sacramento (Eucaristía) para enriquecernos con él, y aplicarnos sus merecimientos, á fin de que se aumenten mucho los nuestros: y cuando fueres á comulgar, has de imaginarte que vas á recibir el mar inmenso de los merecimientos de este Señor, para suplir con ellos la falta de los tuyos, y para unir los tuyos con estos tan inmensos, á fin de que sean más bien recibidos» [2]. Después de esto expone cómo el divino Sacramento perfecciona y aumenta las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad y la vida de la gracia, probándolo con las palabras del mismo Jesucristo «el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna», y con las siguientes de San Cirilo: «porque la carne del

1. Opusc. 58 del Sacram. cap. XX.
2. De la perfección del Cristiano, trat. IV, cap. III, meditación V. punto 1.°

Salvador está unida con el Verbo divino, que es la misma vida: de aquí viene que nos vivifica cuando la comemos. Y por esta causa, cuando Cristo, Nuestro Señor, resucitaba á los muertos, no solamente usaba de su palabra é imperio como Dios, sino también algunas veces los tocaba con su carne, como tomó por la mano á la hija del Arquisinagogo, diciéndole; doncella levántate; para que se entendiese que también su cuerpo podía dar vida. Pues, si los muertos resucitan con tocar su cuerpo... ¿cómo no viviremos nosotros comiendo su carne?». Después de estas palabras de S. Cirilo continúa diciendo el venerable La Puente: «y de aquí es que este divino Sacramento realza mucho la otra vocación para ejercitar las buenas obras, produciendo frutos dignos de penitencia y dignos de perfecto cristiano, y haciendo que todos sean frutos sanos, nuevos y durables y muy copiosos..., porque su virtud es como la del árbol del paraiso celestial, del cual dice San Juan que lleva doce frutos en los doce meses del año... ¿Y qué es esto sino decirnos la eficacia de este divino árbol en el que dignamente comulga?..... Una vez producirá en ti frutos nuevos moviéndote y levantándote á nuevos modos de oración y trato interior, y á nuevos ejercicios que antes no habías practicado; otras veces producirá los frutos ordinarios, pero renovados, comunicándote nuevo gusto y nuevo fervor en hacerlos... Y si quieres saber que doce frutos son los que producirá en tí este benditísimo árbol y los que tu has de producir con su ayuda, recuérdate de los doce que San Pablo llama frutos del espíritu, en que están encerrados todos los demás, y entiende que en la comunión brotan con grande excelencia. Fruto de ella es la caridad, que nos junta íntimamente con Dios y con el prójimo; el gozo en el Espíritu Santo que alegra y confirma el corazón; la paz que sobrepuja á todo sentido, poniendo en paz á la carne con el espíritu, y al espíritu humano con el divino; la paciencia,

que se alegra en los trabajos; la benignidad, que hace bien á todos, y á los mismos enemigos; la bondad, que con dulzura se hace amable á ellos; la longanimidad, que espera largo tiempo; la mansedumbre, que refrena la ira; la fe, que cree con gran certeza lo que Dios ha revelado y confía alcanzar lo que ha prometido; la modestia, que compone todos los movimientos del cuerpo exterior; la continencia, que tiene á raya á los ímpetus de las pasiones; y la castidad, que santifica cuerpo y alma con pureza de Angeles. Todas estas virtudes y sus actos heróicos son fruto de este Sacramento... Y de este modo podemos entender lo que dijo Cristo Nuestro Señor, que, quien le come, tiene en si la vida eterna, porque puede vivir una vida que sea retrato de la bienaventuranza.

Porque así como Eliseo, dice S. Juan Crisóstomo, recibió por grande herencia la vestidura de Elías,y con ella su fervoroso espíritu, que la Escritura llama espíritu doblado; y desde entonces había como dos Elías, uno en el cielo, á donde fué arrebatado, y otro en la tierra, revestido en el espíritu de su discípulo, el cual profetizaba y hacía milagros como su maestro; así tambien, cuando Cristo Nuestro Salvador, subió al cielo, dejó por herencia á su Iglesia, y cualquier justo de ella, la vestidura preciosísima de su carne... Y con su comida nos hace otro Cristo por la semejanza, comunicándonos su espíritu doblado, conviene á saber, espíritu de amor de Dios y amor del prójimo; espíritu de huir del mal y de proseguir el bien; espíritu de ejercitar las obras de la vida activa y las de la vida contemplativa; espíritu de mortificación y de oración; espíritu de obrar y de enseñar; finalmente, espíritu de gracias y virtudes para nuestro provecho, y de gracias *gratis datas* para provecho de otros. De suerte, que por la virtud de la comunión el discípulo sea perfecto como su maestro, y haga las obras

maravillosas, que él hizo; porque, así como Eliseo con la capa de Elías dividió las aguas del Jordán... así también en virtud de la carne de Cristo, que recibimos en la comunión, venceremos todas las dificultades que hay para alcanzar la perfección; haciendo obras tan esclarecidas, que por ellas digan los demás justos; verdaderamente el espíritu de Cristo ha descansado en este hombre, y no vive ya en sí, sino Cristo vive en él; y por él obra ahora lo que obró por sí mismo, cuando vivía en el mundo» [1].

Con el P. La Puente concuerda el P. Casanova. «En la comunión sacramental, dice, Cristo Jesús realiza en nuestro ser la purificación más sagrada, y lleva á cabo la deificación más inefable. Su carne asume nuestra carne, depositando en ella los gérmenes de la vida inextinguible á que será llamada el día venturoso de la resurrección de los muertos. Su sangre se mezcla con nuestra sangre, circula por nuestras venas y arterias, y trasmite á todos nuestros miembros su savia celestial y bendita. Su santísima alma se apodera de la nuestra y la comunica sus pensamientos y deseos, sus aficiones y cariño, é infundiendo en ella su caridad, la enseña incesantemente á amar á Dios con un amor desinteresado, como el sacrificio, profundo, como los grandes abismos, y extenso, como el espacio. Sus potencias, tanto humanas como divinas, se juntan con las nuestras, á las que enriquece con sus mayores carismas y perfecciona con sus gracias; y así perfeccionadas y enriquecidas, se preparan, el entendimiento para la fé, la voluntad para el amor, y los sentidos para las obras de mortificación y penitencia. Y, por último, su divinidad circunda, penetra y embebe nuestro ser, absorbiéndole como el sol á la perla del rocío, para que en todo viva, piense y obre con arreglo á eternos principios grabados en su conciencia. De suerte que, como la esponja sumergida

1. Perfección del Cristiano, trat. IV, cap. IV, § 2.° y 4.°

en el profundo del mar respira por todos sus poros las aguas del océano, así nuestra alma y nuestro cuerpo después de haber dignamente comulgado, no pronuncian palabra que no vaya dirigida á mayor gloria de Dios, ni desean, ni se mueven sino según el beneplácito divino» [1].

En estas elocuentes frases, si bien se fija el lector, no parece sino que el P. Casanova ha hecho el epílogo de cuanto dejamos dicho, ya respecto de la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, ya de los frutos que esta produce. Pero en obsequio de la verdad hemos de confesar que, según se desprende de su escrito, el P. Casanova no parece partidario de la unión real inmediata y permanente con la carne de Cristo; pero así y todo sus palabras vienen al propósito para el que las hemos citado; pues si la unión mística ó real mediante las especies sacramentales producen tales y tan grandes efectos, ¿cuánto mejores y mayores no los producirá la unión real inmediata con todo Jesucristo?

San Ignacio de Loyola, en el autógrafo de las Efemérides en que escribió los favores de Dios, hechos á su alma, mientras escribía las Constituciones, entre otras cosas refiere: «24, Lunes. En Misa con gran devoción, calor y lágrimas y perdiendo algunas veces el hablar, y en las oraciones al Padre, me parecía que Jesús las presentaba, ó las acompañaba, las que yo decía delante del Padre, con un sentir. y ver que no se puede explicar.—26, Miércoles. Estando en la capilla en oración, un sentir, ó más propiamente ver fuera de las fuerzas naturales, (en otra parte: conocía, sentía, ó veía, *Dominus scit,*) á la Santísima Trinidad y á Jesús, así mismo representándome, ó poniéndome, ó seyendo medio junto á la Santísima Trinidad, para que aquella visión intelectual se me comunicase... Después asimismo sentir á

1. Lib. cit. disc. VII, pág. 266 y 267.

Jesús haciendo el mismo oficio en el pensar de orar al Padre, pareciéndome que El hacía todo delante del Padre y de la Santísima Trinidad».Oraba, pues, Jesús en S. Ignacio y con S. Ignacio, y siendo gratas á Dios las oraciones del justo, porque en este, según S. Pablo, pide el Espíritu Santo con gemidos inenarrables [1], mucho más han de serlo las de aquel, en quien y con quien, á más del Espíritu Santo, obra, ruega y pide el Hijo de Dios, en quien el Padre tiene todas sus complacencias y quien por su reverencia fué siempre oido en sus súplicas [2].

1 ad Rom. VIII, 26.
2 ad Hebr. V., 7.

CAPITULO III

De los gozos y alegrías inefables, fruto de la unión con Cristo.

El tercer fruto de la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, son los gozos, alegrías y placeres, de que se ven inundadas las almas que le reciben dignamente.

Dice la Sagrada Escritura que el maná tenía todos los gustos y sabores, que querían los justos; pero el maná no era más que sombra y figura del pan eucarístico; por eso Jesucristo dijo á las turbas: «Moisés no os dió pan del cielo, sino mi Padre os da pan verdadero del Cielo» [1]; y la Iglesia, en el oficio del Sacramento, dice: «Les diste pan del cielo, que tiene en sí todo deleite ¡oh Señor, cuán suave es tu espíritu! quien, para demostrar á los hijos tu dulzura, llenas de bienes á los hambrientos, dándoles pan suavísimo del cielo. De tu altar, Señor, tomamos á Cristo, en quien nuestro corazón y carne saltan de gozo. Pingüe es el pan de Cristo y dará delicias á los reyes.»

«Por virtud del Sacramento, dice Sto. Tomás, el alma se refecciona espiritualmente, porque el alma espiritualmente se deleita y en cierto modo se embriaga de la dulzura de la bondad divina, según aquello del Cantic, 5, «comed, amigos, y bebed y embriagaos, carísimos» [2].

1. S Joan. VI, 32.
2. 3.ª pars. q. LXXIX, art. 1.º ad 2.um

Describe magistralmente estos deleites y embriaguez el venerable P. La Puente. «Más por mucho, dice, que nuestra meditación descubra de las grandezas de este santísimo Sacramento, siempre se queda maná escondido, porque de él dijo el mismo Señor, que le prometió, «que ninguno le conoce, sino quien le recibe», porque todo el conocimiento que estriba en discursos y meditaciones, es muy pequeño respecto del conocimiento que se alcanza con el gusto y experiencia de los dones que comunica cuando se recibe.....

Así como ninguno, dice S. Basilio, puede bien conocer la dulzura de la miel, que está en la mesa, por mucho que le digan de esta, hasta que toma un poco y la prueba; así también ninguno conocerá la suavidad de este divino maná sino le prueba y gusta. Y por esto, Cristo Nuestro Señor, cuando en la noche de la cena instituyó este sacramento, no se contentó con decir de palabra á sus Apóstoles, que aquel era su cuerpo, sino también les dijo: Tomad, y comed; como si dijera: Este manjar del cielo no es sólo para mirarle, ó respetarle y adorarle; sino para recibirle y comerle; y por los efectos que causará en vuestras almas, y por el sabor que tiene, conocereis su inmensa dulzura, y la divinidad y omnipotencia que encierra. Por lo cual y como los Apóstoles lo comiesen, fué tanto lo que sintieron dentro de sí con la presencia de aquel pan vivo, que como vivo, hervía dentro de sus corazones, que admirados dijeron: *¿quid est hoc?* ¿qué sabor es este? ¡Qué dulzura, qué eficacia, qué fervor el que sentimos! No hay lengua que pueda declararlo, ni entendimiento que pueda comprenderlo..... Escondido maná, dice Ricardo, se llama, porque está encubierto á los hijos de este siglo y á los tibios; no á los hijos de Dios y á los fervorosos; escondidos está para la carne, que no le gusta; pero no para el espíritu, que le prueba; porque para este ya está algo descubierto, aunque es tanto lo que siente, que, admirado

de la novedad, dice: «¿Qué es esto, que dentro de mi experimento? ¿Quién pensara que tenía Dios tanta dulzura dentro de este sacramento?

Pero más hay que ver en la voluntad de esta alma santísima, en quien están también los tesoros de los deleites celestiales; porque bebe del río caudaloso de los goces de Dios hasta hartar sus deseos con suma hartura; y con tanta plenitud que, de lo que la sobra, puede llenar á todos de alegrías.

Ella verdaderamente es maná escondido con inmensa dulzura, donde están todos los sabores y todos los modos de suavidad posibles para el regalo y recreación de los justos; y entrando en ellos por la comunión, les comunica la parte que su disposición merece» [1].

De muchos santos se lee haber sido tantos y tan grandes los trasportes de goces y alegrías, en que rebosaba su corazón después de haber comulgado, que su pecho se dilataba hasta dislocarse sus costillas, como se refiere de S. Felipe Neri, y tener que pedir á Dios mitigase algún tanto el torrente de delicias, si no habían de morir; otras veces los hacía derramar torrentes de dulces lágrimas y comunicaba á sus cuerpos cierto resplandor; y á veces, para mitigar algún tanto el fuego en que se sienten abrasadas sus almas, los hace prorrumpir en exclamaciones de amor, que parecen á los ojos del mundo ímpetus de locura ó de un alma que está fuera de sí, como refiere el P. Segneri de un alma santa que solía exclamar: «¿Por qué, oh Dios mio, no tengo yo mil lenguas para poder celebrar mejor tus divinas perfecciones? Quien me diera poseer todos los corazones ó reunir en el mio las llamas, en que se abrasan todos los demás, para amarte más perfectamente que lo hago? ¿Por qué no tengo en mi

1. Perfección del Cristiano. Trat. IV, cap. II § 2.° y cap. III, medit. 4.ª, punto 3.°.

poder todos los imperios, coronas y cetros del universo mundo, para sacrificarlos é inmolarlos todos á los pies de tus altares? ¿Por qué yo sola no tengo tantas virtudes, méritos y perfecciones, cuantas tienen todos los justos, que pelean en la tierra, y todos los bienaventurados, que triunfan en los cielos; para que yo sola pueda darte tanta gloria, cuanta recibes particularmente de cada uno?» [1].

Sí, es imposible explicar y menos enumerar los gozos inefables, con que Cristo suele embriagar á las almas en el sacramento de amor; esto mejor se siente que se explica, y hay que decir con el Salmista: «Gustad y ved, cuán suave es el Señor» [2].

Pero estos goces y dulzuras son especialmente para aquellas almas que se acercan á la sagrada mesa fervorosas, y que, después de haber recibido á Cristo, permanecen largo rato con él, sentadas á sus pies, cual otra María Magdalena, dándole gracias, hablando con él y escuchando sus divinas inspiraciones; y aún mucho más para aquellas que son tan amantes de Dios que preferirían mil muertes antes que ofenderle con pecado venial, completamente deliberado.

1 Sermón 2.° del Cristiano instruido
2 Salmo XXXIII, 9.

CAPITULO IV

De algunos efectos singulares y muy especiales de la unión con Cristo

Otro de los efectos, aunque no tan común como los anteriores, pero sí más sorprendentes y admirables, producidos por la unión con Cristo, son aquellos favores especialísimos, hechos á algunos Santos, como á San Pablo, San Francisco, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa y otros varios, según se lee en su historia ó vida, y que hoy se dan también en algunas almas; tales son la contemplación altísima con todas sus propiedades y efectos del recogimiento, silencio espiritual, quietud, reposo y suavidad interior; noticieros, según Sta. Teresa, de los gustos de la gloria [1]; sed y embriaguez del amor divino, éxtasis, raptos, visiones, coloquios, llagas, heridas y otras amorosas impresiones, que Dios hace en el corazón y en los miembros exteriores de algunos siervos suyos; entre los que, según dejamos dicho, se cuentan S. Pablo y S. Francisco, quienes tuvieron la dicha inefable de llevar impresas en sus pies, manos y costado las llagas amorosísimas de Jesús, y nuestra mística Doctora, Sta. Teresa, cuyo corazón fué transverberado.

1 En su Vida, cap. VIII.

Decimos que todas estas gracias singularísimas, con que Dios regala á algunos de sus siervos y con las que les hace ya partícipes de las dichas inefables, que les esperan en el cielo, son efecto de la unión con Cristo, producida por la Eucaristía; como bien lo prueba el haberse verificado dichos favores y gracias en aquellos santos, muy amantes de Jesús Sacramentado, á poco ó después de haberle recibido.

Y es de notar que, según los autores místicos, los desposorios y matrimonio espiritual del alma con Dios se verifican siempre con Jesucristo; en lo que bien se significa que esta gracia singularísima es efecto de la unión con el Verbo divino, producida por el sacramento; pues, de no ser así, y si fueran efecto de la gracia santificante dichos desposorios y matrimonio espiritual, se verificarían indistintamente con cualquiera de las tres divinas Personas; toda vez que, mediante la gracia, habita en nosotros la santísima Trinidad. Y esta y no otra es la razón de por qué en los santos de la Ley antígua, aunque varones insignes por su santidad y virtudes, no se dieron, sino en rarísimos casos, los raptos, éxtasis y nunca los desposorios y matrimonio espiritual; de lo que bien se puede deducir que dichos favores son propios y característicos de la Ley de gracia, del sacramento de amor. Por esto San Lorenzo Justiniano, buscando la causa de la trasformación del Apóstol en Cristo, y de los raptos y demás favores, que recibió, alega la de haber comido la carne del Cordero sin mancilla: «Había recibido, dice, en su corazón al Verbo, y por eso afirmaba; vivo yo, ya no yo, sino que vive en mí Cristo» [1].

Esta misma doctrina enseña el Venerable P. La Puente: «Luego mirarás, dice, la memoria y entendimiento del alma benditísima del Salvador, en quien, como dijo S. Pablo,

1. De casto connubio, cap. XIII.

están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; porque, con la lumbre de la gloria que tiene, ve claramente la divina esencia con suma excelencia y perfección; y además de esto, tiene todas las ciencias sobrenaturales y naturales de todas las cosas, con toda la eminencia que conviene al alma, que está unida con el Verbo divino, sabiduría del Eterno Padre, de quien procede toda la sabiduría y ciencia que hay en los ángeles y hombres. Y en el sacramento viene para comunicar á las almas la parte que les conviene, y así en entrando, abre los tesoros de su sabiduría celestial, y arroja ilustraciones admirables con que descubre sus secretos, abre el sentido para entender las divinas Escrituras, concede muy subidas contemplaciones, y avenidas de meditaciones, y á veces raptos, suspensiones y éxtasis, por la abundancia de la luz, que comunica á los entendimientos, según la disposición de humildad, que tienen los que comulgan. Y como los discípulos de Emmaus abrieron los ojos, y conocieron en el partir del pan que el peregrino era el mismo Cristo; así por la comunión se abren los ojos del alma para conocer la presencia del Señor, que como peregrino, entra en ella» [1].

Santa Teresa, refiriendo una de las muchas gracias y favores recibidos de su amado Jesús, dice: «Pues vengamos ahora á tratar del divino y espiritual matrimonio... La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras personas se da por otra forma; á esta, de quien hablamos, se le representó el Señor acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo, que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por

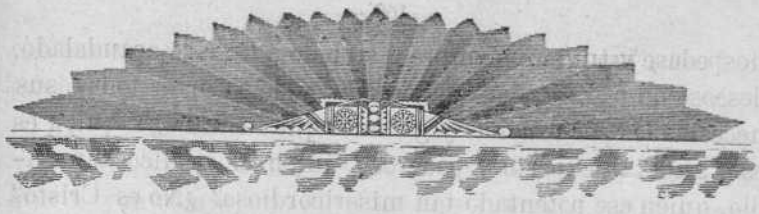
1 De la perfec. del cristiano, Trat IV, cap. III, medit. 4.ª, punto 2.º

suyas, y él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras, que son más para sentir, que para decir». Y después de patentizar la Santa con varios ejemplos adecuadísimos la unión tan íntima que produce el matrimonio espiritual con Cristo, concluye diciendo: «Y ansí cuando una vez Jesucristo, Nuestro Señor, por sus Apóstoles, no sé donde es, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo, Nuestro Señor, está en el Padre, y el Padre en El. ¡No sé que mayor amor puede ser que este! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque ansí dijo su Majestad. No solo ruego por ellos sino por todos aquellos que han de creer en mi también, y dice: Yo ostoy en ellos. ¡Oh válame Dios, que palabras tan verdaderas! Y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas sino fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo, Nuestro Rey y Señor, no pueden faltar: mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está insculpida» [1]

Tres cosas dice la mística Doctora que vienen á nuestro propósito; es la primera, que, depués de comulgar, fué la visión que refiere, y revelación del matrimonio espiritual; la segunda es, que cuando Cristo en la oración que hizo á su Padre, dijo: «yo estoy en ellos», se refería á su permanencia por efecto de haberle comido; y, finalmente, que todos conoceríamos y entenderíamos ser verdad que Cristo permanecía en nosotros, sino pusiéramos obstáculos; todo lo cual prueba que, cuanto está por parte de Cristo y del sacramento, en todos cuantos comulgan dignamente, se producirían dichos efectos, y el no producirlos, es debido, según la Santa, á que no nos disponemos, ni nos desviamos de todo lo que puede embarazar la luz con que nos veríamos en el divino

1 Libro de las Moradas, Morada VII, cap. II.

espejo. Pues debemos tener presente que, según indica santa Teresa y enseñan los autores de mística, estos favores y efectos extraordinarios de raptos, éxtasis, desposorios y matrimonio espiritual, etc., solo se dan en aquellas almas, que están ya completamente purgadas, y muertas al mundo, y que sólo viven para Dios; y aún estas no todas reciben dichos favores y gracias, al menos de una manera sensible, porque quiere Dios llevarlas por otros caminos más seguros para ellas. Estas almas quiere Cristo que le representen, no en el Tabor, sino en el Calvario. Pero aún esto no sucede sin que en medio de sus sufrimientos, sientan allá en el fondo de su corazón un no sé qué de gozo y dulzura inexplicables que las abrasa en deseos de padecer más y más por Jesús y las hace exclamar con el Apóstol: «reboso de gozo en toda tribulación».



CAPITULO V

De otros bienes, fruto de la unión permanente con Cristo.

FINALMENTE, de la doctrina propuesta en la primera parte síguese el gozo y consuelo inefables de tener siempre y en todos los momentos en nosotros y con nosotros á Jesucristo, como compañero inseparable en la peregrinación por este valle de lágrimas, por este mar borrascoso, cubierto de escollos y peligros; y poderle abrazar y estrechar contra nuestro corazón, hablar con él en todos los instantes y momentos, darle gracias por los beneficios recibidos y hacerle presente todas nuestras necesidades, pedirle que las remedie, en la seguridad de ser oidos y socorridos, si así nos conviniere.

¡Qué confiado y tranquilo camina el viajero que se ve acompañado de un guía fidelísimo, experto y conocedor de todas las sendas y caminos, valiente, esforzado y poderoso, capaz de allanar y vencer cuantos obstáculos pudiera encontrar en su marcha! ¡Qué traquilo no estaría el enfermo que tuviera constantemente á su cabecera un médico sapientísimo, conocedor de todas las enfermedades y de sus remedios, y con poder suficiente para calmar y curar todas sus dolencias! ¡Qué consolado no estaría el pobre y desvalido que

hospedase y tuviera siempre á su lado á un rico acaudalado, deseoso de pagar todas sus deudas y de socorrer todas sus necesidades por muchas y grandes que fueran! ¿Y quién es este guía tan experto y poderoso, quién el médico tan sabio, quién ese potentado tan misericordioso? ¿No es Cristo?

Sí, porque por él fueron hechas todas las cosas; Él, la sabiduría del Eterno Padre que estaba presente cuando fueron preparados los cielos, cuando se marcaron los términos al mar y se asentaron los cimientos á la tierra; Él, por quien fueron ensalzados los montes y humillados los valles; quien trazó las sendas y caminos y quien sostiene el brazo del guerrero. ¿Y no es Él, quien crió al médico y á la medicina, quien hiere y sana, mata y da la vida? ¿Y quién fabricó el oro y escondió en las entrañas de la tierra los tesoros y la perla del mar? ¿No es Él, quien hace al rico y al pobre? Sí, Él fué quien acompañó y dirigió á Abrahám en su peregrinación por tierra extraña, librándole de todos los peligros y haciéndole sumamente rico en posesión de oro, plata y ganados. Él, quien dirigió á José en Egipto hasta elevarle de la cárcel al trono. Él, quien libertó al pueblo hebreo, de la esclavitud de Faraón, abriéndole paso por el Mar Rojo y sepultando en las aguas á todos sus enemigos; y quién, mediante la columna, que de día hacía sombra y de noche iluminaba, le guió por espacio de cuarenta años en el desierto, hasta introducirle en la tierra de promisión, alimentándole con el pan bajado del cielo. Él, en fin, quien curó á la hemorroisa, al siervo del Centurión y al hijo del Arquisinagogo, quien resucitó á la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín y á Lázaro, y quien remedió á cuantos ciegos, cojos, mancos, tullidos, enfermos y endemoniados le pidieron auxilio, y quien alimentó á las turbas varias veces en el desierto.

Y siendo esto así, ¿no habrá de obrar con nosotros, si

nos conviene, todas estas maravillas y muchas más, estando á él tan íntimamente unidos? ¿Acaso se ha abreviado su mano ó agotado su poder? ¿O será que no quiere? Puede y quiere; y con toda verdad pueden exclamar todos los que hayan comulgado dignamente: «¡Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?»; todo lo puedo en aquel que me conforta, que es Cristo; si se levantan contra mí ejércitos, no temblará mi corazón; si se levantan batallas, en él esperaré; todo lo tengo, nada me falta, pues que tengo al sumo bien.

Con bastante frecuencia se oye decir á muchas almas piadosas: ¡Oh, qué felices fueron todos aquellos que tuvieron la dicha de ver á Jesucristo, hablar y tratar con él! Si yo hubiera vivido entonces, le hubiera adorado con los pastores y reyes; con la Magdalena le hubiera lavado y ungido los piés; hospedado en mi casa como Zaqueo y Marta, y con María me hubiera sentado á sus piés, para oir sus palabras de vida eterna; hubiera tenido el gusto de acompañarle, tratar y conversar con él como los Apóstoles y piadosas mujeres; yo, en fin, hubiera clamado á él como la Cananea; y como la hemorroisa, tocado sus vestidos.

A estas almas, que tal dicen, yo las contesto: ¿Es verdad cuanto decís? Pues comulgad dignamente, y podréis hacer, cuanto hicieron los pastores, Magos, Apóstoles, la Magdalena y cuantos vivieron y conversaron con Cristo; y esto, cuantas veces queráis, y en cualquier hora y lugar; pues con vosotras está, con vosotras anda, obra, come, descansa y duerme; no necesitáis emprender largos viajes, surcar los mares, subir al cielo, ni bajar á los abismos; está dentro de vosotras mismas, dispuesto á oiros y hablaros, á comunicaros los más íntimos secretos y haceros partícipes, cuanto es posible, en la tierra, de sus grandezas, y comunicaros sus dulzuras inefables; en una palabra,

dispuesto á socorrerte en todas tus necesidades; pues, para terminar, te diré con S. Ambrosio, quien, hablando de los efectos de la Eucaristía, escribe: «Si huyes de las tinieblas, del error y de la ignorancia, Él es luz: si te abrasa la fiebre de tus concupiscencias, es fuente de aguas vivas; si quieres curar tus heridas, es Médico; si te sientes oprimido por el peso de tu iniquidad, es víctima; si buscas alimento, es comida; si necesitas de auxilio ó socorro, es virtud; si temes la muerte, es vida; si aspiras al cielo, Él es el camino [1].

1 Libro de Sacramentis.

CAPÍTULO VI

De los goces y gloria inefables, que reporta al hombre en la otra vida la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía.

GRANDES é inestimables, según vimos en los capítulos anteriores, son los dones y frutos, que consigue el hombre en esta vida, comiendo á Cristo en la Eucaristía; pero mayores, sobre toda ponderación, le esperan en la otra, en donde recibirá por premio ser glorificado en cuanto al alma y cuerpo con los esplendores de gloria, que el Hijo de Dios le comunicará.

Poco tendremos que decir sobre el particular, toda vez que esta doctrina es una consecuencia legítima é inmediata de cuanto dejamos ya probado. Ciertamente; perseverando en la otra vida, á no mediar pecado mortal, la unión con Cristo, efecto de la Eucaristía, para algo será, algún objeto ha de tener; ¿y cuál será este? Sin duda el mismo que expresó Jesucristo, cuando dijo: «el que me come vivirá por mí» esto es, vivirá de mi propia vida, y siendo esta gloriosa en el cielo, participará de mi misma gloria, según que es dado á la criatura.

Todas las gracias, dones y virtudes que Dios confiere

al hombre en la tierra y que no perecen, como la caridad, sino que perseveran en el cielo, en este tienen el mismo objeto, que tuvieron en la tierra; permaneciendo, pues, en la patria celestial la unión con Cristo, y teniendo esta acá en el suelo vivir de la vida de Cristo este mismo objeto ha de tener en el cielo, en donde nuestros cuerpos serán penetrados por los esplendores del cuerpo glorioso de Jesús y nuestras almas inundadas de los goces de su alma benditísima.

Refiere el Evangelista S. Mateo que, cuando se transfiguró el Señor en el monte Tabor, sus vestidos brillaron de blancos como la nieve; y si tal gloria comunicó á estos, unidos á él por solo contacto, cuando solo manifestó un pequeño destello de su gloria, ¿cuál no comunicará á los que con él están íntimamente unidos en el cielo, en donde se presenta con todo el esplendor de la gloria del Padre? Si una luz por débil, que sea, encerrada en una bombilla, toda la penetra é ilumina; si un aroma, contenido en un vaso, todo lo embalsama con su fragancia, ¿no ha de compenetrar, iluminar é inundar Cristo con los esplendores y aromas de su cuerpo y alma gloriosos el alma y cuerpo de los que con él están íntimamente unidos, y hacer que broten por todos sus poros?

Es doctrina corriente que, á más de la gloria esencial, consistente en la visión intuitiva de Dios, cada bienaventurado ha de tener una gloria especial y accidental, una aureola peculiar, según las virtudes, que en él resplandecieron, y cargos, que desempeñó; así, una ha de ser la aureola que corone á los Patriarcas y Profetas; otra á los Apóstoles y Mártires; distinta la de los Confesores y especial la de las Vírgenes, etc; y ¿no la habían de tener los que partieron de este mundo unidos á Cristo por haber comido su carne? Si así no fuera, habría que decir que el sacramento de los sacramentos; que lo que constituye como el ápice y el no más

allá de la religión cristiana; que lo que eleva al hombre al sumo grado de grandeza á que puede aspirar en la tierra; y que el acto más sagrado, cual es acercarse á la sagrada Mesa, comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo, no tenía correspondencia, relación ó referencia alguna con la gloria como á su fin; y ¿es posible admitir tal cosa, cuando todo lo que el Hijo de Dios hizo en la tierra, lo encaminó á la gloria de su Padre Eterno y á la eterna felicidad del hombre? ¿Será posible que la acción más sagrada y sublime, cual es comulgar, haya de quedar sin premio especial en el cielo, cuando le ha de tener el vaso de agua dado en nombre de Cristo? ¿Y lo que constituye el compendio de las maravillas, que Dios obró en favor del hombre, no ha de tener en la gloria aureola peculiar? Imposible de toda imposibilidad.

Según el R. P. Houdry es doctrina de los SS. Padres y teólogos, basada en la promesa del Salvador: «Que una de las causas principalísimas de la Resurrección de los cuerpos de los cristianos ha de ser el uso del sacramento (Eucaristía) por dos razones principales; de las que una está tomada de la íntima unión, que nuestros cuerpos contraen con Jesucristo, quien hace que seamos uno y el mismo cuerpo con Él; de aquí que, así como la carne de éste es vivificante por sí misma, y tiene también la virtud de producir la inmortalidad en los cuerpos, no de otra manera que la gracia en las almas; debe por esta unión derramar su operación en los cuerpos, que se hicieron sus miembros; la otra razón de este derecho está tomada de las impresiones de gloria y santidad, que el cuerpo y sangre de Jesucristo dejan en los cuerpos de los cristianos, en los que permanecieron por el uso de este Misterio: pues si en la Cruz, en donde murió, y en el sepulcro, en que fué sepultado, quedan hasta hoy día no sé qué vestigios de su presencia, que los hacen no solamente venerables á los ojos de los hombres,

sino que también expectables en la providencia de Dios; ¿por qué no se ha de decir que nuestros cuerpos, en este sacramento, contraen cierta consagración y dignidad moral, cuyos vestigios se retendrán hasta en el sepulcro, y las impresiones de vida que permanecerán en sus cenizas, los han de hacer expectables en presencia de la justicia de Dios, de tal manera que merezcan su resurrección y gloria?» [1].

Tenemos pues, que, según los SS. PP. y teólogos en sentir de Houdry, nuestros cuerpos tienen derecho especial á ser resucitados y glorificados por haber comido la carne de Cristo, y esto por doble concepto, ya por la unión que se entabla entre Cristo y nuestros cuerpos, ya por cierta consagración, impresión de gloria y santidad causada en nosotros por el sacramento; y según hemos probado, la unión con Cristo persevera en la gloria. ¿Y cómo no ha de permanecer, cuando, según los SS. PP. y teólogos, las impresiones causadas en nuestros cuerpos por la carne de Cristo permanecerán hasta en el sepulcro y en las cenizas de aquellos? Luego, si por haber comido la carne de Cristo, nuestros cuerpos contraen cierta consagración y dignidad y tienen especial derecho á ser resucitados, mejor nos dará derecho á ser coronados con una aureola especial. ¿Y cuál ha de ser esta sino la de vernos inundados interior y exteriormente de los resplandores y goces inefables, de participar de la misma gloria del Hijo del Altísimo?

Dijimos y probamos que Cristo, al darse en comida al hombre, le mostró que le amaba con todo el amor posible; y, por tanto, que mediante la Eucaristía, se unía á nosotros, cuanto está de su parte, con unión suma posible, porque el amor es unitivo; pero si une, es precisamente para comunicarse los amantes todo cuanto son y hacerse partícipes, según que sea posible, de sus mismos goces, de sus

1 Bibliot. Concionatorum, de Myst. Eucharist. § VI.

dichas y placeres; luego uniéndose Cristo con nosotros y nosotros con él, mediante la Eucaristía, y permaneciendo esta unión en el cielo, nos ha de comunicar sus mismos goces, su gloria, según seamos capaces de ésta.

Y no se diga que nos hará partícipes de su gloria en cuanto que, viendo su belleza y hermosura, nos gozaremos de élla; porque esta gloria la han de tener los bienaventurados que no participaron de la carne de Cristo. Ni se replique que dicha aureola especial ha de consistir en un aumento de gloria; porque en este caso nada especial se nos concedería por el sacramento de amor; pues el aumento de gloria corresponde á todo aumento de gracia; aumento que se consigue por la recepción de cualquier sacramento y por cualquier obra buena, hecha en amistad de Dios.

Cristo, nuestro bien, en la última cena, que celebró con sus Apóstoles, á raiz de haberles dado su sangre en bebida, les dijo: «Mas os digo que desde ahora no beberé ya más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que le beberé nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» [1].

Maldonado, exponiendo estas palabras, afirma que, según Orígenes, S. Cipriano, el Crisóstomo, S. Epifanio, S. Jerónimo, S. Agustín, Beda, Eutimio, y Teofilacto, Cristo aludía á su cuerpo y sangre; y tal parece deducirse del mismo Evangelio, puesto que en él se encuentran las palabras citadas, según dejamos dicho, á continuación de aquellas, con que Cristo consagró el cáliz; siguiéndose de aquí que, al decir Jesús que no bebería de aquel germen de la vid hasta no beberle nuevo con sus Apóstoles en el reino de los cielos, afirmó que en estos bebería con sus discípulos su sangre, como con ellos la bebió en la última cena; pero en el cielo no se ha de beber la sangre de Cristo. ¿Qué significó, pues, en las palabras referidas? A no dudar, que,

1 S. Mat. XXVI, 29.

cuando estuvieran en el reino de su Padre, recibirían juntos el fruto, el efecto de haber comido su carne y bebido su sangre, percibiendo entonces toda la fragancia, néctar y ambrosía que, al comerle en la tierra, comenzaban á gustar; que en el cielo serían embriagados con la abundancia y torrentes de delicias que de su cuerpo y sangre habrían de brotar; porque esto significó al llamar nuevo el germen de vid, que con sus discípulos había de beber en el reino de su Padre; pues sabido es que, en lenguaje bíblico, nuevo, en el caso presente, significa escogidísimo, sumamente dulce y agradable; luego los que comen la carne de Cristo han de tener en la gloria goces y delicias que no disfrutarán aquellos que no la comieron, ó que, habiéndola comido, pecaron y puestos en gracia no comulgaron.

Finalmente, la gloria, el esplendor con que brilla en los cielos y es bienaventurada la Humanidad de Jesucristo, es debida á la unión hipostática con el Verbo divino; de consiguiente, estando unidos en el cielo con Cristo, los que en la tierra comieron su carne, es indudable que, guardada proporción, han de ser glorificados con la misma gloria que aquella humanidad sacratísima.

A estos grandes y ricos bienes aludía la Sabiduría eterna, cuando clama diciendo: «Oh varones, á vosotros es á quien estoy contínuamente clamando, y á vosotros, hijos de los hombres, dirijo mis palabras..... Escuchad, porque voy á hablar de cosas grandes..... Yo amo á los que me aman y me hallarán los que madrugaren á buscarme. En mi mano están las riquezas y la gloria....; pues más valen mis frutos que el oro y las piedras preciosas. Yo ando por los caminos y sendas de justicia; á fin de enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros..... Edifiqué una casa (su Iglesia), inmolé las víctimas, mezclé el vino y preparé la mesa. Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os

tengo preparados [1]. Esto es, su cuerpo y sangre sacratísimos.

Sí, dulcísimo Jesús mio, vos sois el verdadero esposo, que, introduciendo á vuestra esposa, la Iglesia, á las almas santas en vuestras bodegas, las embriagáis con vuestros exquisitos vinos, con vuestra preciosísima sangre, para con ésto comunicarles todo cuanto sois y hacerlas partícipes de vuestra misma gloria. Y ¿cómo os pagaremos tantos y tan grandes bienes como nos concedéis en la Eucaristía? El joven Tobías se creyó incapacitado de pagar al Arcángel San Rafael los beneficios, que le hizo, acompañándole en su viaje, dándole esposa, librando á ésta del demonio, y á él del pez que le quiso devorar, haciendo ver á su padre la luz del cielo y colmándoles de bienes. Pero Jesucristo en la Eucaristía se dá él mismo por esposo y compañero inseparable, en el viaje que hacemos á la eternidad, nos libra del dragón infernal y nos hace ver la verdadera luz del cielo con sus ilustraciones é inspiraciones y nos colma de todo género de bienes en esta vida y en la otra. ¿Podremos, pues, pagarle tantos beneficios? no, pero él se dá por satisfecho con que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Amémosle, pues, porque nobleza obliga.

1 Prov. VIII y IX.

EPÍLOGO

Expusimos, caro lector, en primer lugar, las tres opiniones, habidas hasta el presente, acerca del efecto propio de la Eucaristía, ó sea, de la unión afectiva ó moral; de la real, mediante las especies sacramentales, y con sola el alma de Cristo; tomándolos de Vázquez, Suárez y Cienfuegos, presentamos los argumentos de autoridad y de razón en que se fundan. Refutados éstos, propusimos y explicamos nuestro parecer, pasando luego á demostrarlo.

El lector imparcial puede haber visto, por lo que enseñan las Sagradas Escrituras, algunos SS. Padres y varios teólogos escolásticos, que la unión entre Cristo y el que recibe dignamente la Eucaristía es más elevada y de una intensidad mayor, que la producida por la unión moral; asemejándose, en cuanto es posible, á la unión hipostática é informativa; y de aquí la dicha incomparable del alma cristiana al recibir en su pecho al Dios de bondad, encerrado en las especies sacramentales. Y es claro que, no rompiéndose esta unión más que por el pecado mortal, es de suyo estable y permanente hasta en la otra vida; como se colige reflexionando un poco sobre los testimonios de las Sagradas Letras, SS. Padres y teólogos, que así lo confirman; siendo de escaso valer la razones que suelen alegarse en contra.

No teniendo por más fundado el parecer de aquellos, que sostienen que dicha unión es mediante las especies sa-

cramentales, y que no es más que con el alma de Cristo, sentamos que es inmediata y con todo Jesucristo, esto es, con su cuerpo y, mediante éste, con su alma y divinidad. Para comprobar esta doctrina, aducimos no pocos testimonios de autoridad y de razón, resolviendo las dificultades que contra ella se oponen.

Viene después la demostración fundada en el amor inmenso que Jesucristo mostró al hombre al instituir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; y en que, según la propuesta doctrina, se verifica que Cristo es cabeza y esposo de su Iglesia, y ésta cuerpo y esposa de Jesucristo con más propiedad y verdad, que los consortes; y diremos, respecto al particular, con el Beato Juan de Avila: «acá ser hijo de Dios adoptivo es gran dignidad; tener su gracia, cosa dichosa; mas ser cuerpo de Cristo, y estar unido con Él con tal unión, que se llamen una persona y se llamen un Cristo, esta dignidad es cosa admirable: y este no estar el hombre arrimado á sí, ni tener nombre propio, ni sonar como tal, es grande ganancia y grande riqueza, porque en lugar de ello es levantado el hombre á ser miembro vivo de Jesucristo Nuestro Señor y á ser llamado por nombre de El; y por ser cosa de Cristo, es mirado del Padre con amorosos ojos y tiene cuidado como de cosa tan conjunta á su Hijo» [1]. Y ponderando el Apóstol de Andalucía la grandeza de la Eucaristía para el que la recibe dignamente, dice en otro lugar: «que no sólo somos hechos salvos por Cristo, mas el mismo Cristo, uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración los Angeles, pues llega á tanto que los hombres sean hechos con Cristo un hombre, una persona, como S. Agustín y San Gregorio lo dicen, y un esposo, y una esposa, y un cuerpo,

1 Tom. 3.°, trat. 20, pág. 393, de la nueva edición de las obras del B Juan de Avila por el Dr. D. José Fernández Montaña, Madrid, 1895.

y una alma, y para que digamos, en una palabra, la grandeza de la bondad divina, que con los suyos usa, súbelos á tanta honra que no solamente se llaman cristianos, mas se llaman Cristo, el cual nombre, tan lleno de soberana honra, no sólo compete á todos los miembros vivos de la Iglesia Católica Romana, mas aún á cada miembro por sí» [1]. Palabras que compendian lo dicho por nosotros.

Ya se deja entender que esta unión avalorará muchísimo las obras buenas, que hagan las almas después de la recepción de la Sagrada Eucaristía, y que, á veces, otorgará Dios á sus escogidos tales favores, que pertenecerán á lo que suele conocerse con el nombre de Teología mística, por lo inusitados, sorprendentes y sobremanera grandes.

Y si esto acaece en esta miserable vida, juzgue el piadoso lector lo que sucederá cuando veamos á Dios como es en sí, cara á cara, en las mansiones eternales de la gloria.

Y ahora, antes de terminar nuestro modesto trabajo, permítasenos que, dirigiéndonos á todos los cristianos, les digamos con toda la efusión de nuestro corazón: ¡Oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis de estúpido corazón? ¿por qué amáis la vanidad y vais en pos de la mentira? Oid, escuchad los clamores, con que la Sabiduría eterna, el Verbo divino, hecho hombre os llama, os convida al gran banquete, á la gran cena, que os tiene preparada, y en la que se os dará la carne, no de toros y carneros, sino la del Cordero sin mancilla; no manjares de la tierra, sino el verdadero maná, bajado del cielo, el pan de Angeles, la carne del Hijo del Altísimo; venid, pues, comed y gustad cuán suave es el Señor; pues seréis llenos de sus generaciones, de sus frutos, que son más dulces que la miel y más suaves que el panal; venid y seréis llenos de honores y dignidades y poseeréis todos los tesoros de naturaleza, de gracia y de gloria; venid todos, ri-

1 Lut cit trat. 21, pág. 406.

cos y pobres, señores y vasallos, sabios é ignorantes; venid, porque á todos se os dá en comida, sin que os cueste oro ni plata, el Rey de Reyes y Señor de cuanto tiene ser.

¡Oh Jesús de mi vida! ya que tan pródigo os mostrasteis con el hombre, dándole tu cuerpo en comida, para comunicarle todas tus grandezas y hasta tu misma gloria; no permitáis, Jesús niño, que tantas finezas de amor, que tal derroche de gracias sean inútiles y queden sin efecto para muchos hombres. Haced, Señor, que todos vengan á vuestro sagrado banquete, obligadles á que entren y á que coman el pan celestial, y, comiéndole, se unan á Vos y se hagan una misma cosa con Vos, y de este modo reinéis en todos los corazones y se establezca vuestro reinado social en el universo mundo, y con él la paz y prosperidad, que hoy tanto necesitan los pueblos y naciones; paz y prosperidad, que sean presagio de la que nos tenéis prometida en el cielo.